RACHEL FALLEN



Seda y Ceniza

SEDA Y CENIZA

RACHEL FALLEN

CAPÍTULO 1

Nueva York no despertaba; simplemente rugía para recordar que nunca se había dormido. Susan Thorne observaba el caos desde el piso 42 de la Torre Hearst con la misma frialdad con la que un general examina un campo de batalla antes de la carga de caballería. Llevaba un traje de sastre en color marfil, tan impecable que parecía repeler las partículas de polvo del aire, y unos estiletos de Louboutin cuyo tacón sonaba contra el mármol como disparos de precisión.

—Dime que el tejido de la colección de otoño ha llegado de Milán, Margot —dijo Susan, sin apartar la vista del horizonte de acero y cristal. Su voz era un susurro aterciopelado, pero con el filo suficiente para cortar el diamante.

Margot, su asistente, tropezó con sus propios pies mientras intentaba seguirle el ritmo, sosteniendo un iPad y un café que humeaba peligrosamente.

—Eh... hubo un problema en la aduana, Susan. Dicen que los pigmentos del carmesí no cumplen con la normativa de...

Susan se detuvo en seco. El silencio que siguió fue más aterrador que cualquier grito. Se giró lentamente, bajando sus gafas de sol Celine para clavar sus ojos gélidos en la joven.

—¿Normativa? —repitió Susan—. No me hables de leyes, Margot. Ese carmesí es la sangre de esta temporada. Si no tengo ese tejido en el taller a las seis de la tarde, la única "normativa" que te va a preocupar es la de tu subsidio de desempleo. ¿He sido clara?

—Cristalina, Susan. Voy a llamar ahora mismo —balbuceó Margot, palideciendo.

—No llames. Ve allí. Hazte la víctima, soborna a alguien o encadénate a un contenedor. No me importa el "cómo", solo el "cuándo". Y el "cuándo" es ayer.

Susan retomó su marcha hacia el ascensor privado. Su mente ya estaba tres pasos por delante, calculando la luz de la sesión de fotos del jueves. Ser la directora creativa de Thorne & Mode no era un trabajo, era una religión, y ella era la suma sacerdotisa que no aceptaba sacrificios defectuosos.

***

Mientras tanto, a veinte calles de allí, en el corazón del West Village, el ambiente era radicalmente distinto. En la cocina de L'Artiste, el calor era una entidad física que te golpeaba la cara nada más entrar. Jasper Vane estaba inclinado sobre una placa de inducción, moviendo una sartén con una muñeca tan ágil que parecía estar realizando un truco de magia.

Jasper no vestía de seda. Llevaba una chaqueta de chef con las mangas remangadas, revelando antebrazos marcados y una cicatriz que le recorría el pulgar, recuerdo de un duelo contra una lubina en sus tiempos de aprendiz en París. Su cabello oscuro estaba ligeramente humedecido por el sudor y sus ojos castaños estaban fijos en una reducción de vino de Oporto como si en ella se leyera el futuro de la humanidad.

—¡Oído, chef! ¡Dos coq au vin y el carpaccio para la mesa cuatro! —gritó un camarero entrando como un torbellino.

—¡No me grites, Marcus! —rugió Jasper sin mirar atrás—. La salsa nota tu ansiedad. Si tú estás nervioso, ella se corta. Y si ella se corta, yo te corto a ti. ¡Más despacio con ese emplatado!

Jasper cogió una cuchara de plata, probó la emulsión y cerró los ojos un segundo. Casi podía saborear la estrella Michelin que tanto ansiaba. Solo necesitaba que los críticos adecuados se

sentaran en sus mesas. Pero el destino, que tiene un sentido del humor retorcido, estaba a punto de enviarle a la crítica más feroz de Manhattan, aunque ella no llevara un cuaderno de notas, sino una cartera de mano de cinco mil dólares.

—Chef, tenemos un problema —dijo Marcus, volviendo a entrar, esta vez con cara de pánico.

—Si no es un incendio forestal en la despensa, no quiero saberlo —gruñó Jasper.

—Es una reserva de última hora. Una VIP. De las de "si no me gusta el mantel, compro el edificio y lo demuelo".

Jasper dejó la cuchara y se giró, limpiándose las manos en el delantal. Una sonrisa arrogante se dibujó en su rostro.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es esa reina de Saba?

—Susan Thorne.

Jasper se quedó inmóvil. Había oído hablar de ella. La "Emperatriz de Hielo". La mujer que había hecho llorar a tres diseñadores en la última Semana de la Moda.

—Que pase —dijo Jasper, sintiendo una descarga de adrenalina—. Vamos a ver si su paladar es tan fino como su lengua. Preparad la mesa del rincón. Voy a cocinarle algo que no pueda olvidar... aunque tenga que atragantarse con su propio orgullo para tragarlo.

***

El reloj del tablero del Maserati de Susan marcaba las ocho y quince de la tarde. La lluvia neoyorquina empezaba a empañar los cristales, transformando las luces de los semáforos en manchas difusas de color neón. Susan odiaba el West Village; odiaba sus calles adoquinadas que devoraban tacones de aguja y esa

pretenciosidad bohemia de los edificios bajos que le hacían sentir que el cielo se le caía encima.

—Es aquí, Susan —murmuró Margot desde el asiento del copiloto, señalando un toldo de color verde bosque con letras doradas caligrafiadas: L'Artiste.

—Parece una tienda de antigüedades que huele a naftalina —sentenció Susan, apagando el motor—. ¿Estás segura de que el inversor francés quiere cenar en este... agujero?

—Sus palabras exactas fueron: "Es el secreto mejor guardado de la ciudad". Dicen que el chef es un genio emergente. Un tal Jasper Vane.

Susan soltó una risa seca mientras se retocaba el labial rojo frente al espejo.

—Genio es una palabra que se usa con demasiada ligereza hoy en día, Margot. Genio fue Cristóbal Balenciaga. Un hombre que fríe cebollas es, simplemente, un hombre con hambre de atención. Quédate en el coche. Si no te llamo en diez minutos para que me rescates, vete a casa y reza para que el carmesí llegue mañana.

Susan bajó del coche y, protegiéndose bajo un paraguas negro, caminó hacia la entrada. Al abrir la puerta de madera pesada, el tintineo de una campana anunció su llegada. El ambiente dentro era asfixiante para sus estándares: luz tenue de velas, paredes de ladrillo visto y un murmullo de gente que parecía estar disfrutando demasiado de la vida.

En el fondo, tras una barra de mármol que separaba la sala de la cocina abierta, lo vio.

Jasper Vane estaba de perfil, concentrado en colocar una brizna de hierbabuena con unas pinzas de precisión sobre un plato que parecía una obra de arte abstracto. El calor del lugar le había hecho desabrocharse el primer botón de la chaqueta de chef, y Susan, a pesar de su desprecio, no pudo evitar notar la línea tensa

de su mandíbula y la forma en que sus manos se movían con una seguridad casi insolente.

Ella se acercó a la recepción con la elegancia de una pantera. El metre, un chico joven que parecía haber visto un fantasma, tartamudeó:

—B-buenas noches. ¿Tiene una reserva?

—Thorne —dijo ella, sin mirarlo, escaneando el local con una mueca de desaprobación—. Y espero que mi mesa esté lo suficientemente lejos de la cocina. No tengo intención de que mi abrigo de Max Mara termine oliendo a fritura de segunda clase.

Desde la cocina, Jasper levantó la vista. Sus ojos se encontraron con los de Susan a través del vapor de una olla. No hubo una chispa de bienvenida, sino un choque eléctrico de hostilidad. Jasper dejó las pinzas lentamente sobre la mesa de acero y se limpió las manos con un trapo antes de caminar hacia el límite de su territorio.

—Lamento informarle, señora Thorne —la voz de Jasper era profunda, con un deje de arrogancia que hizo que a Susan se le erizaran los vellos de la nuca—, que en este "agujero" no servimos frituras de segunda clase. Y aquí, mi cocina es el espectáculo principal. Si quería distancia, debería haberse quedado en su torre de cristal.

Susan arqueó una ceja perfectamente depilada y se acercó dos pasos más, quedando a escasos centímetros de la barra.

—¿Y usted debe de ser el cocinero? —preguntó ella, enfatizando la palabra con un tono despectivo—. Huele a ajo y a ambición desesperada. Me habían dicho que este lugar era exclusivo, pero veo que dejan entrar a cualquiera con una chaqueta blanca y un ego sin cocinar.

Jasper apoyó las manos en la barra y se inclinó hacia ella, invadiendo su espacio personal. Podía oler su perfume: Chanel No.

5.

—Se llama gastronomía, aunque entiendo que para alguien que probablemente vive a base de agua con limón y aire comprimido, sea un concepto difícil de digerir. Mi mesa VIP es la que está justo frente a mi estación. Si se sienta ahí, prometo no salpicarle su precioso abrigo... aunque no puedo prometer que su orgullo salga intacto.

—No voy a sentarme en el mostrador como si fuera una colegiala en una cafetería —replicó Susan, apretando su bolso—. He venido a hacer negocios, no a observar cómo maltrata usted a los ingredientes.

—Entonces el negocio tendrá que esperar —sonrió Jasper de forma lobuna—, porque en L'Artiste las reglas las pongo yo. Siéntese, Susan. O váyase. Nueva York está llena de sitios mediocres donde estarán encantados de besarle el suelo por el que pisa. Yo estoy demasiado ocupado intentando ganar una estrella como para perder el tiempo con alguien que no sabe distinguir un confit de una mermelada de supermercado.

El silencio que cayó entre ambos fue denso. Los clientes cercanos dejaron de hablar. Susan sintió una rabia ardiente, algo que no experimentaba desde hacía años. Nadie le hablaba así. Nadie la desafiaba en su propia ciudad.

—Muy bien, chef Vane —dijo ella, con una sonrisa gélida que prometía venganza—. Me sentaré. Pero le advierto: si ese plato no es la octava maravilla del mundo, me encargaré de que la única estrella que vea sea la que decore el cartel de "Se alquila" de este local antes de que acabe el mes.

Susan se sentó en el taburete de cuero alto con la rigidez de una reina en el exilio. Colocó su bolso sobre el mármol con un golpe seco, desafiando a Jasper a decirle algo sobre el espacio ocupado. Él, por su parte, no dijo ni una palabra; simplemente le dedicó una

inclinación de cabeza casi imperceptible y regresó a su santuario de acero inoxidable.

—Vino —exigió Susan cuando el sumiller se acercó temblando —. Algo seco. Tan seco que me haga olvidar que estoy sentada a medio metro de una freidora.

—Le serviremos un Sancerre de 2018, cortesía de la casa — intervino Jasper desde la cocina, sin levantar la vista de una chalota que estaba picando a una velocidad sobrehumana—. Es lo suficientemente ácido para estar a la altura de su carácter.

Susan apretó los dientes, observando cómo los dedos de Jasper trabajaban. Tenía que admitir, aunque fuera solo para sus adentros, que había una belleza hipnótica en sus movimientos. No era la delicadeza de un costurero de alta costura, sino la precisión de un cirujano. Cada gesto tenía un propósito; no había desperdicio de energía.

—Dígame, Vane —dijo ella, alzando la voz sobre el siseo de una sartén con mantequilla—, ¿siempre es tan encantador con sus clientes o solo reserva este despliegue de testosterona para las mujeres que no caen rendidas ante su delantal?

Jasper dejó el cuchillo y se giró, apoyando una cadera contra la mesa de trabajo. Se cruzó de brazos, y la luz de los focos de la cocina resaltó el sudor que brillaba en su cuello.

—Solo con los clientes que entran en mi casa faltando al respeto al trabajo de quince personas. Usted diseña ropa, Susan. Si alguien entrara en su taller y dijera que sus vestidos son simples trozos de tela para cubrir cuerpos, ¿cómo reaccionaría?

—Mis vestidos son arquitectura para el cuerpo humano — corrigió ella con frialdad—. Y yo no diseño para "cuerpos", diseño para identidades. Lo suyo es... comida. Se consume, se digiere y se olvida.

Jasper soltó una carcajada ronca que vibró en el pecho de Susan de una forma que ella decidió ignorar.

—Esa es la diferencia entre nosotros. Usted busca la inmortalidad en un armario; yo busco la perfección en un instante. Cuando termine de comer, su identidad habrá cambiado, aunque sea solo un poco.

—Qué poético. Casi me hace olvidar que hay una mancha de grasa en su azulejo derecho —mintió ella, buscando cualquier debilidad.

Jasper ni siquiera miró. Sabía que sus azulejos estaban impolutos.

—Marcus, trae el primer tiempo para la señora Thorne. Vamos a empezar con algo que la deje sin palabras, si es que eso es biológicamente posible.

El primer plato llegó: un carpaccio de vieiras con cítricos, perlas de yuzu y un toque de aceite de chile ahumado. Era visualmente perfecto, una composición de colores que incluso Susan habría aprobado para una portada de Vogue.

Ella cogió el tenedor de plata como si fuera un arma blanca. Jasper dejó de cocinar. Se quedó allí, de pie, observándola con una intensidad que hacía que el aire entre ellos vibrara. Quería ver su reacción. Quería ver cómo ese muro de hielo se agrietaba ante el sabor de su talento.

Susan llevó un trozo a su boca. El contraste de la frescura del mar con la explosión ácida del yuzu y el calor persistente del chile fue... insultante. Era delicioso. Era una bofetada de sabor que la obligó a cerrar los ojos por un brevísimo segundo.

—¿Y bien? —preguntó Jasper, con una sonrisa de suficiencia —. ¿Sigue pensando en la mermelada de supermercado?

Susan masticó lentamente, tragó y se limpió la comisura de los labios con la servilleta de lino, recuperando su máscara de

indiferencia.

—Está... aceptable. Aunque el aceite de chile tapa la sutileza de la vieira. Es un recurso un poco burdo, ¿no cree? Como ponerle un lazo rosa a un traje de Chanel para ocultar un mal corte.

Jasper entrecerró los ojos. Sabía que ella mentía. Había visto la dilatación de sus pupilas.

—Burdo, dice. Curioso comentario de alguien que usa logotipos del tamaño de un plato de cena en sus cinturones.

—Eso se llama branding, Vane. Debería aprenderlo. Ayuda a que la gente sepa quién manda antes de que abras la boca.

—Prefiero que mi comida hable por mí —replicó él, acercándose de nuevo al borde de la barra, bajando la voz hasta que solo ella pudo oírlo por encima del ruido del restaurante—. Y ahora mismo, su paladar me está diciendo que se muere por repetir, por mucho que su lengua intente hundirme. Usted es todo fachada, Susan. Pura seda por fuera, pero apuesto a que por dentro está deseando que alguien le sirva algo real de una vez.

Susan sintió un calor repentino que no tenía nada que ver con el clima de la cocina. Se inclinó hacia él, desafiante.

—No se confunda, chef. Lo único "real" que quiero de usted es que termine este suplicio para poder irme a cenar de verdad a un sitio que no tenga delirios de grandeza.

El resto de la cena fue un duelo de voluntades. Jasper sirvió un pichón asado con regaliz y puré de chirivía que Susan diseccionó con la frialdad de un forense, a pesar de que cada bocado le recordaba por qué Nueva York era la ciudad de los placeres prohibidos. Él no dejó de observarla; cada vez que ella levantaba la copa, él estaba allí, con la mirada clavada en ella, como esperando el momento en que Susan Thorne finalmente se rindiera.

—La cuenta —dijo ella, dejando la servilleta de lino arrugada sobre el mármol. No estaba doblada. Era un insulto final.

Jasper se acercó, pero no traía un trozo de papel. Traía una pequeña caja de madera oscura.

—No hay cuenta, señora Thorne. Considérelo una inversión en su educación cultural. He decidido que no puede pagar por algo que no ha sido capaz de apreciar.

Susan se puso de pie, su figura esbelta recortada contra las luces del local.

—¿Se cree muy ingenioso, Vane? Mi tiempo vale diez veces lo que cuesta su menú degustación. Si no me deja pagar, me debe usted dinero a mí.

—Considérelo un empate, entonces —sonrió él, con una confianza que a ella le resultó exasperante—. Pero antes de que se vaya a su mundo de hilos y alfileres, pruebe esto. Es una trufa de chocolate amargo con sal marina y un toque de cardamomo. Un regalo de despedida.

Susan miró la pequeña joya negra. Quiso negarse, quiso darse la vuelta y salir con la cabeza alta, pero el aroma que desprendía la caja la traicionó. Cogió la trufa con dos dedos, rozando deliberadamente la mano de Jasper. Fue un contacto breve, apenas un segundo, pero ambos sintieron una sacudida, un chispazo que ninguno de los dos reconoció como algo positivo, sino como una advertencia de peligro.

Ella se llevó el chocolate a la boca, lo saboreó con una elegancia gélida y, sin decir una palabra, se dio la vuelta y caminó hacia la salida.

Al salir a la calle, la lluvia de Manhattan se había convertido en un aguacero torrencial. El Maserati de Susan no estaba en la puerta. En su lugar, un camión de basura bloqueaba la calle y Margot no aparecía por ninguna parte. Susan sacó su teléfono, furiosa, pero la pantalla estaba en negro. Se había quedado sin batería en el peor momento posible.

—Maldita sea... —susurró, sintiendo que el frío empezaba a calar su traje de seda.

La puerta del restaurante se abrió a sus espaldas. Jasper salió, esta vez con una chaqueta de cuero sobre la ropa de chef y un paraguas grande de golfista. Se detuvo al verla allí, desprotegida bajo el toldo que apenas la cubría.

—¿Problemas en el paraíso de cristal? —preguntó él con una nota de diversión en la voz.

—Mi coche no está y mi teléfono ha muerto —respondió ella, sin mirarlo, manteniendo la barbilla alta—. No es nada que un taxi no pueda solucionar.

—Es viernes noche, llueve a cántaros y estamos en el Village, Susan. Tiene más probabilidades de encontrar un unicornio que un taxi libre en la próxima hora.

Jasper bajó los escalones y abrió el paraguas, extendiéndolo sobre ella. El espacio era pequeño, obligándola a pegarse a su costado. Susan pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo, un contraste violento con el aire húmedo de la noche.

—Mi apartamento está a tres manzanas —dijo Jasper, mirando hacia la oscuridad de la calle—. Y mi moto está aparcada a la vuelta. No es un Maserati, pero tiene dos ruedas y llega antes que cualquier coche.

Susan lo miró como si le hubiera sugerido que se lanzara al Hudson.

—¿Está sugiriendo que me suba a una motocicleta con usted? ¿En este traje? ¿Bajo esta lluvia? Preferiría morir de hipotermia.

—Usted elije, "Emperatriz" — Jasper dio un paso hacia la lluvia, dejando que unas gotas salpicaran el hombro de Susan—. O se queda aquí esperando un milagro, o deja que el cocinero burdo la lleve a casa. Prometo no ir a más de cien... a menos que me lo pida.

Susan miró sus zapatos de mil quinientos dólares, luego miró la calle desierta y finalmente clavó sus ojos en los de Jasper. El odio seguía allí, pero había algo más: una curiosidad peligrosa que empezaba a arder en su pecho.

—Si le pasa algo a este traje, Jasper Vane, compraré su restaurante solo para convertirlo en una tienda de calcetines baratos —sentenció ella, dando un paso hacia él.

Jasper soltó una carcajada que se perdió en el estruendo del trueno.

—Suba, Thorne. Va a ser el viaje más real de su vida.

CAPÍTULO 2

Jasper caminó bajo la lluvia con una zancada segura, obligando a Susan a tropezar ligeramente para mantenerse bajo el radio de protección del paraguas. Doblaron la esquina y allí estaba: una Triumph Boneville negra, clásica, agresiva y goteando agua como una bestia mecánica acechando en un callejón.

—¿Eso es todo? —preguntó Susan, arqueando una ceja mientras contemplaba el vehículo—. Espero que tenga un seguro de responsabilidad civil que cubra daños psicológicos.

—Tiene algo mejor: un motor que ruge más que sus modelos en la pasarela —respondió Jasper con una sonrisa de lado. Sacó un casco negro mate de la maleta lateral y se lo tendió—. Póngaselo. Y no se preocupe por el peinado; la lluvia ya ha hecho el trabajo sucio por mí.

Susan tomó el casco con la punta de los dedos, como si fuera un objeto radiactivo.

—Si esto me deja una marca en la frente, Vane, haré que cierren este callejón y lo conviertan en un vertedero.

Tras una lucha digna de una comedia física en la que Susan intentó encajarse el casco sin perder la dignidad (y fracasó estrepitosamente), Jasper tuvo que intervenir. Se acercó a ella, rompiendo de nuevo esa barrera de seguridad que Susan tanto protegía. Sus dedos, aún calientes por el calor de los fogones, rozaron la barbilla de ella mientras ajustaba la correa. Susan dejó de respirar un segundo. Estaba tan cerca que podía ver las pequeñas motas doradas en el iris de sus ojos y el rastro de una quemadura reciente en su cuello.

—No muerda, Susan. Solo estoy evitando que su cabeza ruede por la Séptima Avenida —susurró él. Sus voces se mezclaban con el sonido del agua golpeando el asfalto.

—Agradecería que terminara antes de que el moho empiece a crecer en mi chaqueta —replicó ella, aunque su voz no sonó tan firme como pretendía.

Jasper subió a la moto y arrancó. El motor cobró vida con un estruendo que hizo vibrar el suelo.

—¡Suba! Y agárrese fuerte. No quiero que se caiga en el primer semáforo; me daría mucho trabajo explicarle a la prensa por qué la mujer más poderosa de la moda está desparramada en un charco.

Susan se sentó detrás de él, sintiendo el cuero frío del asiento y, casi de inmediato, la necesidad de sujetarse a algo. Sus manos buscaron tímidamente la cintura de Jasper. Su cuerpo era sólido, una masa de músculos tensos bajo la chaqueta de cuero.

—¡Más fuerte! —gritó Jasper sobre el ruido del motor—. ¡O me abraza como si me quisiera o se va al suelo!

—¡Ni en sus mejores sueños lo querría, Vane! —le gritó ella al oído, pero acabó rodeando su cintura con fuerza, pegando su pecho contra la espalda del chef.

Jasper metió primera y la moto salió disparada.

Nueva York se convirtió en un borrón de luces rojas y amarillas. Cruzaron el West Village como un rayo negro. La lluvia golpeaba el visor del casco de Susan, pero la sensación de velocidad era extrañamente liberadora. Por primera vez en años, ella no tenía el control. No había conductores, ni asistentes, ni horarios de desfiles. Solo estaba el olor a asfalto mojado, el rugido del motor entre sus piernas y el calor de un hombre al que detestaba, pero que era lo único que la mantenía a salvo en ese momento.

Jasper conducía con una pericia envidiable, inclinando la moto en las curvas con una confianza que Susan encontraba aterradora y fascinante a partes iguales. Se metió entre dos taxis amarillos con apenas unos centímetros de margen, provocando que Susan soltara un grito ahogado y apretara aún más su agarre sobre su abdomen. Él sonrió bajo el casco; podía sentir el corazón de ella latiendo con fuerza contra su espalda.

Finalmente, la moto se detuvo frente a un imponente edificio de preguerra en la zona de Gramercy Park. Jasper apagó el motor y el silencio de la noche volvió a caer sobre ellos, interrumpido solo por el "clac-clac" del metal enfriándose.

Susan se bajó de la moto con las piernas temblando ligeramente. Se quitó el casco y su melena rubia, ahora húmeda y desordenada, cayó sobre sus hombros. Estaba empapada, su traje de seda estaba arruinado y tenía frío, pero sus ojos brillaban con una furia renovada.

—Es usted un maníaco —dijo, recuperando su tono de superioridad—. Conduce como si tuviera un deseo de muerte.

Jasper se bajó también, quitándose el casco y sacudiendo su cabello oscuro. Estaba empapado, pero parecía estar en su elemento.

—Y usted abraza como si tuviera miedo de vivir, Susan. Estamos en paz.

Se miraron bajo la luz mortecina de una farola. La lluvia seguía cayendo, pero ninguno de los dos se movía hacia el portal. Había algo en el aire, una tensión que ya no era solo por el choque de personalidades, sino por la adrenalina del viaje.

—Supongo que aquí es donde me da las gracias y me promete que no destruirá mi carrera profesional mañana por la mañana —dijo Jasper, dando un paso hacia ella.

Susan abrió la boca para soltar una réplica mordaz, pero en ese momento, un estornudo sonoro rompió el dramatismo de la escena.

—Entre —ordenó Jasper, cambiando el tono a uno más práctico—. Antes de que se convierta en una estatua de hielo de verdad. Tengo una toalla y, probablemente, algo de beber que no sea ese veneno que llama vino.

—¿Entrar? ¿A su casa? —Susan lo miró con incredulidad—. Ni aunque fuera el último refugio antes del apocalipsis.

—Susan, mire su traje. Mire sus pies. Si intenta caminar hasta la esquina para buscar un taxi ahora mismo, se va a desmayar. Solo son diez minutos para que se seque y yo pueda llamar a un servicio de coches privado que sí acepte clientes que parecen náufragos.

Susan miró hacia la calle oscura y luego hacia el portal de Jasper. El frío le calaba los huesos.

—Diez minutos, Vane. Y si intenta cocinarme algo más, le denunciaré por acoso.

El ascensor del edificio de Jasper era de esos antiguos, con una reja de tijera que chirriaba con cada piso que subían. Susan se mantenía en la esquina opuesta a él, intentando inútilmente escurrir los bajos de su chaqueta de seda. El silencio entre ambos solo se rompía por el goteo constante del agua sobre el suelo de madera del elevador.

—No me mire así —dijo Jasper, aunque ella estaba mirando fijamente el panel de botones—. Es un edificio con solera. Tiene carácter.

—Tiene termitas y un olor a humedad que me recuerda a los sótanos de la beneficencia —replicó ella, aunque por dentro agradecía el calor relativo del espacio cerrado.

Cuando Jasper abrió la puerta de su apartamento en el cuarto piso, Susan se quedó petrificada en el umbral. Esperaba encontrar

un desorden de soltero, cajas de pizza y una decoración inexistente. En su lugar, se topó con un loft de techos altísimos, paredes de ladrillo visto y una estantería que cubría una pared entera, repleta no solo de libros de cocina, sino de clásicos de la literatura y volúmenes de arte. El suelo era de roble oscuro, pulido y brillante, y el mobiliario era una mezcla exquisita de piezas de mediados de siglo y toques industriales.

—¿Ha robado esto o ha chantajeado a algún decorador? —preguntó Susan, entrando con cautela, sus tacones resonando ahora sobre la madera seca.

—Lo he construido —respondió Jasper, dejando las llaves sobre una mesa de hierro forjado—. Lo cual incluye lijar el suelo y pintar las paredes. Sé que para usted el concepto de "trabajo manual" es algo que solo hacen los becarios, pero algunos disfrutamos viendo cómo las cosas toman forma con nuestras manos.

Jasper desapareció por un pasillo y volvió a los pocos segundos con una toalla blanca, mullida y sorprendentemente limpia. Se la lanzó con un movimiento fluido.

—Tome. El baño está a la derecha si quiere quitarse eso antes de que se le pegue a la piel como una segunda capa de barniz. Le dejaré algo de ropa seca en la puerta.

Susan agarró la toalla, sintiendo su suavidad. Estaba caliente, como si acabara de salir de la secadora.

—No pienso ponerme nada suyo, Vane. No quiero oler a... a usted.

Jasper se detuvo y la miró de arriba abajo, con una chispa de diversión volviendo a sus ojos.

—Usted ahora mismo huele a perro mojado y a desesperación, Susan. Mi sudadera más vieja será una mejora considerable para su olfato. Además —añadió, bajando el tono

mientras se acercaba un paso—, no es que tenga muchas opciones a menos que planee pasar los próximos diez minutos desnuda en mi salón. Y aunque la oferta es tentadora, tengo un estándar que mantener.

Susan le dedicó una mirada que habría fulminado a un ejército entero y marchó hacia el baño sin decir palabra, cerrando la puerta con un estruendo que hizo vibrar los cuadros de la pared.

Dentro del baño, Susan se enfrentó al espejo. Estaba hecha un desastre. Su maquillaje ahumado se había corrido, dándole un aire de heroína trágica de ópera, y su cabello rubio colgaba en mechones lacios. Se desvistió con cuidado, depositando su traje de miles de dólares sobre la tapa del inodoro como si fuera una reliquia sagrada. Al envolverse en la toalla de Jasper, no pudo evitar inhalar. No olía a ajo. Olía a sándalo, a lluvia y a algo profundamente masculino que la hizo sentirse, por un segundo, extrañamente vulnerable.

Un golpe suave en la puerta la sobresaltó.

—He dejado una sudadera y unos pantalones de deporte fuera —dijo la voz de Jasper desde el otro lado—. No son de seda, pero están limpios. He puesto agua a hervir. Sospecho que su sistema nervioso necesita algo más que desprecio para volver a la normalidad.

Susan esperó a oír sus pasos alejándose antes de abrir la puerta apenas unos centímetros. En el suelo encontró una sudadera gris de algodón grueso y unos pantalones negros. Se los puso rápidamente. La sudadera le quedaba enorme; las mangas le tapaban las manos y el bajo le llegaba casi a las rodillas. Se sentía pequeña, una sensación que detestaba, pero el tejido era cálido y reconfortante.

Cuando salió al salón, Jasper estaba en la cocina integrada, de espaldas a ella. Se había cambiado la chaqueta de chef por una camiseta negra de algodón que marcaba la amplitud de sus

hombros. Estaba preparando dos tazas de algo que olía a canela y chocolate.

—No bebo chocolate caliente —sentenció Susan, sentándose en uno de los taburetes de la isla de cocina, intentando recuperar su aire de mando a pesar de parecer una adolescente con ropa prestada.

Jasper se giró, le puso la taza delante y la miró con una sonrisa lenta.

—No es chocolate caliente corriente. Es cacao puro, cayena y una pizca de sal. Pruébelo antes de dictar sentencia, jueza Thorne. En esta casa, los prejuicios se quedan en la puerta.

Susan observó el vapor que subía de la taza. El calor del apartamento y la penumbra del salón, iluminado solo por unas pocas lámparas de diseño, estaban empezando a suavizar sus defensas. Cogió la taza con ambas manos, disfrutando del calor que se filtraba a través de la cerámica.

—¿Por qué hace esto? —preguntó ella de repente, su voz perdiendo parte de su filo—. Después de lo que le dije en el restaurante, debería haberme dejado bajo la lluvia.

Jasper se apoyó en la encimera, frente a ella, con su propia taza en la mano.

—Porque me gusta ganar, Susan. Y ganarle a usted cuando está empapada y tiritando no tiene mérito. Quiero ganármela cuando esté en su mejor momento, con toda su artillería desplegada. Además... —hizo una pausa, recorriendo con la mirada el rostro de Susan, ahora limpio de maquillaje—. Tenía curiosidad por ver qué había debajo de toda esa seda.

Susan dio un sorbo al cacao. El toque de cayena le dio un golpe de calor en la garganta que la obligó a enderezar la espalda. Era complejo, oscuro y agresivo, exactamente como el hombre que lo había preparado.

—Debajo de la seda no hay nada que sea de su incumbencia, Vane —respondió ella, aunque no pudo evitar acurrucarse un poco más dentro de la sudadera gigante. Sus dedos jugueteaban con el borde de la cerámica—. Pero reconozco que el apartamento... no es el desastre que esperaba de alguien que pasa el día gritando a los camareros.

Jasper soltó una risa corta, una vibración baja que parecía llenar el espacio entre ellos.

—Gritar es parte de la coreografía. En una cocina, si no hay tensión, el plato sale muerto. Pero aquí... —señaló con la cabeza hacia los libros— aquí es donde busco el orden. Aquel volumen de ahí, el de lomo azul, es una primera edición de Escoffier. Me costó tres meses de sueldo cuando era un simple pinche en París.

Susan miró el libro y luego a él. Por primera vez, vio algo más que arrogancia. Vio la misma obsesión que ella sentía cuando examinaba la caída de una tela o la estructura de un corsé.

—Entiendo esa sensación —admitió ella en un susurro, casi a pesar de sí misma—. El sacrificio por un objeto que nadie más entiende. Mi padre decía que era una pérdida de tiempo. Que la ropa era para cubrirse y la comida para alimentarse.

—Su padre se equivocaba. —Jasper dejó su taza y se inclinó sobre la isla de mármol, acortando la distancia—. La ropa es la armadura que elegimos para enfrentarnos al mundo, y la comida es lo único que nos conecta con nuestros instintos más básicos. Usted y yo no somos tan distintos, Susan. Ambos vendemos fantasías. La diferencia es que yo permito que la gente se ensucie las manos con la mía.

—Yo no vendo fantasías, Vane. Vendo poder. —Ella lo miró fijamente, desafiante—. Una mujer con uno de mis trajes no necesita pedir permiso para entrar en ninguna habitación.

—¿Y qué pasa cuando se quita el traje? —preguntó Jasper. Su voz había bajado una octava, volviéndose peligrosamente íntima—.

¿Quién queda bajo la armadura de Thorne & Mode? Porque ahora mismo, lo que veo es a una mujer que tiene miedo de admitir que este cacao le ha gustado más que cualquier cena de gala en el Met.

Susan sintió un nudo en el estómago que no tenía nada que ver con el hambre. El ambiente en el loft había cambiado; la lluvia seguía golpeando los cristales, pero el ruido parecía lejano, como si estuvieran atrapados en una burbuja de electricidad estática.

—Lo que ve es a una mujer que está esperando a que su chofer llegue para salir de aquí —mintió ella, aunque sus ojos no se apartaban de los de él.

Jasper no se retiró. Al contrario, extendió la mano y, con una lentitud exasperante, apartó un mechón de pelo húmedo que caía sobre la mejilla de Susan. Sus dedos rozaron la piel de ella, enviando una descarga que hizo que Susan apretara los labios para no soltar un suspiro.

—Usted es una mentirosa excelente —murmuró Jasper, su mirada bajando por un segundo a los labios de ella—. Pero sus ojos la delatan. Está furiosa conmigo por haberla visto así. Desarmada. Sin sus tacones de diez centímetros para mirarme por encima del hombro.

—No necesito tacones para estar por encima de usted, cocinero —replicó ella, aunque su respiración se había vuelto errática.

—Pruébelo —desafió él, su rostro a escasos centímetros del de ella.

El silencio que siguió no fue de tensión, sino de anticipación. Susan podía oler el cardamomo y la piel de Jasper, un aroma embriagador que nublaba su juicio. Estaba a punto de decir algo —quizás un insulto, quizás una invitación— cuando un pitido electrónico rompió el hechizo. El teléfono de Jasper, sobre la encimera, se iluminó.

—Es el servicio de coches —dijo Jasper, rompiendo la cercanía con una brusquedad que dejó a Susan sintiéndose repentinamente helada—. Su transporte está abajo.

Susan parpadeó, recuperando su máscara de hierro en tiempo récord. Se bajó del taburete, alisando la sudadera que le quedaba grande como si fuera un vestido de noche.

—Perfecto. Ya era hora de terminar con esta... excursión a los suburbios de la realidad.

—Le enviaré su ropa al taller mañana —dijo Jasper, observándola caminar hacia la puerta. Ya no sonreía; su expresión era ilegible, casi profesional de nuevo—. Limpia y planchada. No querría que su reputación sufriera por una mancha de agua del West Village.

Susan se detuvo en la puerta, con la mano en el pomo. Se giró solo a medias, permitiendo que la luz de la lámpara dibujara su perfil.

—No se moleste en enviarla, Vane. Puede quedársela. Considérela el pago por el cacao. No suelo usar cosas que ya han sido... contaminadas por el ambiente de otros.

Salió del apartamento sin mirar atrás, dejando a Jasper solo en la cocina con el aroma del chocolate amargo y la sensación de que, por primera vez en su vida, había encontrado a alguien a quien no podía simplemente "cocinar" a fuego lento.

***

El trayecto de regreso al Upper East Side fue un desfile de silencios y luces de neón filtradas por el cristal blindado del Cadillac negro que Jasper había solicitado. Susan se hundió en el cuero del asiento trasero, sintiendo que la sudadera gris de Jasper era un abrazo constante y no solicitado. El olor a sándalo la seguía como un fantasma. Se sentía ridícula, una de las mujeres más influyentes del

mundo de la moda cruzando Manhattan vestida como una universitaria en época de exámenes, pero había algo en esa suavidad de algodón que la hacía sentir, por primera vez en años, que no tenía que sostener el cielo sobre sus hombros.

Cuando entró en su ático, el contraste fue violento. Su apartamento era un templo al minimalismo: todo blanco, cristal y acero. No había libros desordenados, ni olor a especias, ni rastro de calor humano. Dejó las llaves en la consola de la entrada y caminó descalza hacia el ventanal que dominaba Central Park.

—Es un cocinero, Susan. Un hombre que se gana la vida con un delantal —se dijo a sí misma, viendo su reflejo borroso en el vidrio—. Un arrogante, un imprudente y un...

No terminó la frase. Sus dedos rozaron el tejido de la sudadera y recordó la mano de Jasper ajustando su casco. Recordó el calor de su espalda bajo la lluvia. Soltó un suspiro largo y se obligó a ir al dormitorio. Mañana volvería a ser la "Emperatriz de Hielo", pero esta noche, Manhattan parecía un lugar un poco menos frío.

***

Mientras tanto, en el West Village, Jasper terminaba de recoger las tazas. El loft se sentía extrañamente silencioso, como si el aire se hubiera vuelto más denso tras la partida de Susan. Caminó hacia el sofá para apagar la lámpara de pie y se detuvo en seco.

Allí, encajado entre los cojines donde ella se había sentado brevemente, brillaba algo pequeño y dorado. Jasper lo cogió. Era un pendiente, una pieza de diseño único, un diamante engastado en oro blanco con una forma geométrica agresiva y elegante. Era puro "Susan Thorne": caro, afilado y brillante.

Jasper lo sostuvo entre sus dedos, sintiendo el frío del metal. Una sonrisa lenta y victoriosa se dibujó en su rostro. La "Emperatriz"

se había ido dejando una parte de su armadura atrás. No era un pago por el cacao, era un rehén.

—Parece que me vas a tener que visitar otra vez, Susan —susurró Jasper a la habitación vacía.

Se guardó el pendiente en el bolsillo del pantalón. Mañana tendría que enfrentarse a los proveedores, a su segundo de cocina y a la presión de la estrella Michelin, pero ahora mismo, lo único que ocupaba su mente era el plan para devolver ese pendiente de la forma más inoportuna y dramática posible. La guerra solo acababa de cambiar de escenario.

CAPÍTULO 3

La sede central de Thorne & Mode en la Avenida Madison era un búnker de cristal donde el miedo se servía en tazas de café espresso sin azúcar. El aire estaba tan filtrado que apenas parecía oxígeno, y el personal se movía en un silencio sepulcral, conscientes de que un pliegue mal hecho en una muestra podía significar el fin de su carrera.

Susan Thorne estaba en la sala de juntas, rodeada de bocetos y muestras de tela que colgaban de maniquíes sin cabeza. Llevaba un vestido negro de corte arquitectónico que acentuaba su delgadez y su autoridad. Tenía solo un pendiente puesto; el otro lóbulo estaba vacío, una asimetría que ella intentaba ocultar con su cabello, pero que la hacía sentir extrañamente incompleta, como si le faltara una pieza de su armadura.

—Este carmesí es patético, Margot —dijo Susan, señalando una pieza de seda con la punta de un bolígrafo de platino—. Parece el color de un lápiz de labios de oferta en una farmacia de Nueva Jersey. Dije sangre, no puré de tomate.

—Lo sé, Susan, pero el proveedor de Milán dice que la luz del sol este año afectó a la cosecha de los tintes naturales y...

—No me interesan los problemas meteorológicos de Italia —la cortó Susan sin levantar la voz, lo cual era mucho peor—. Si no tengo el tono correcto para el lunes, cancelaré el contrato y haré que esa familia acabe vendiendo pañuelos de papel en las esquinas de Roma. ¿Alguna otra decepción que deba conocer?

En ese momento, la puerta de cristal esmerilado de la sala se abrió. No fue una apertura suave. Fue el tipo de apertura que hace alguien que no ha pedido permiso y no tiene intención de hacerlo.

Jasper Vane entró en el sanctasanctórum de la moda neoyorquina.

No llevaba su chaqueta de chef, pero tampoco se había esforzado en encajar. Vestía unos vaqueros oscuros desgastados, una camiseta gris que se ajustaba a su pecho y una chaqueta de cuero que olía a asfalto y libertad. Su presencia era una mancha de realidad en un mundo de filtros y retoques fotográficos.

Susan se quedó inmóvil. Su corazón dio un vuelco que ella atribuyó inmediatamente a la indignación.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —preguntó, poniéndose de pie con una lentitud letal—. Este es un edificio privado, Vane. No servimos mesas y no aceptamos entregas a domicilio por la puerta principal.

Jasper se detuvo frente a la mesa de juntas, ignorando las miradas de horror de los diseñadores y asistentes. Apoyó una mano en el respaldo de una silla de diseño de mil dólares y sonrió, esa sonrisa lobuna que a Susan le daba ganas de gritar o de acercarse demasiado.

—Buenos días para usted también, Susan. Veo que el humor de "emperatriz" sigue intacto por la mañana —dijo Jasper, su voz profunda resonando en la sala acústicamente perfecta—. He venido a traerle algo que se dejó anoche en mi sofá. Algo que me pareció demasiado... afilado para quedármelo yo.

El silencio en la sala se volvió tan espeso que se podría haber cortado con uno de sus cuchillos de cocina. Margot abrió los ojos como platos. ¿Susan Thorne se había dejado algo en el sofá de un hombre que vestía cuero y olía a peligro?

Susan sintió cómo el calor subía por su cuello. No era vergüenza, se dijo a sí misma; era pura furia volcánica.

—Podría habérselo dado a mi seguridad o haberlo enviado por mensajería —dijo ella, entornando los ojos—. Interrumpir una

reunión de estrategia internacional por una nimiedad es una falta de respeto que no voy a tolerar.

—Oh, no es una nimiedad —Jasper metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó el pendiente de diamante. Lo sostuvo en el aire, dejando que la luz de los focos de la sala arrancara destellos del cristal—. Me pareció que sin esto, su equilibrio estaba... comprometido. Y yo siempre cuido el equilibrio de mis ingredientes.

Caminó alrededor de la mesa, ignorando a los presentes, hasta quedar justo detrás de Susan. Ella se tensó, sintiendo su calor invadiendo su espacio personal una vez más. Jasper se inclinó hacia su oído, bajando la voz para que solo ella pudiera escucharle.

—Anoche se fue muy rápido, Susan. Ni siquiera se despidió de la sudadera. Por cierto, le quedaba mucho mejor que este vestido de funeral.

Jasper depositó el pendiente sobre la mesa con un tintineo metálico que sonó como una campana de ring de boxeo. Se quedó allí un segundo más de lo necesario, lo suficiente para que el aroma de su chaqueta de cuero —mezcla de lluvia, tabaco dulce y piel— borrara el perfume aséptico de la sala de juntas. Luego, con un guiño casi imperceptible, se dio la vuelta y salió del despacho con la misma suficiencia con la que había entrado.

Susan se quedó petrificada. Podía sentir las miradas de su equipo clavadas en ella como alfileres. Margot tenía la boca ligeramente abierta y el jefe de marketing, un hombre que normalmente no se atrevía ni a parpadear sin permiso, carraspeó con incomodidad.

—¿Susan? —aventuró Margot en un susurro—. ¿Ese era... el chef del que hablaban las crónicas del Times?

Susan recuperó el movimiento con una brusquedad eléctrica. Cogió el pendiente y se lo puso con manos que, por primera vez en su carrera, temblaban levemente.

—Es un hombre que no conoce los límites de la propiedad privada —sentenció Susan, clavando su mirada en el equipo—. ¿Qué están mirando? ¿Acaso no tienen una colección que salvar? ¡Fuera de aquí! ¡Todos! Quiero los informes sobre el carmesí en mi mesa en diez minutos o empezaré a recortar personal con la misma alegría con la que ese hombre pica cebollas.

La sala se vació en menos de treinta segundos. Susan se desplomó en su silla de cuero blanco, apretando los puños. La humillación le quemaba en el pecho. Jasper Vane no solo había entrado en su fortaleza, sino que había dejado caer la sugerencia de que algo había pasado entre ellos "en su sofá". El chisme recorrería la Séptima Avenida antes de la hora del almuerzo.

—Margot, quédate —ordenó Susan.

La asistente, que ya estaba en la puerta, se detuvo en seco.

—¿Sí, Susan?

—Dime quién es el crítico gastronómico más despiadado de esta ciudad ahora mismo. No el que busca estrellas, sino el que disfruta destruyendo reputaciones.

Margot consultó su iPad rápidamente.

—Ese sería Julian Vane... perdón, no, Julian Vane es el hermano de Jasper. El crítico es Anthony Bourdain... no, perdón, me refiero a Silas Thorne (sin parentesco contigo) o quizá... ¡Ah, aquí está! Alistair Vance. Dicen que su pluma es un bisturí. Si odia un plato, el restaurante cierra en seis meses.

Susan esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos. Era una expresión puramente depredadora.

—Llama a Alistair. Dile que tengo una primicia sobre un "nuevo talento" en el West Village que es puro humo y arrogancia. Dile que L’Artiste necesita una visita... y que yo estaré allí para ver el espectáculo.

—¿Quieres ir otra vez? —Margot no pudo ocultar su sorpresa.

—Quiero ir para ver cómo su mundo arde, Margot. Ese hombre cree que puede jugar conmigo porque me vio vulnerable por una tormenta. Va a aprender que la seda es mucho más resistente que su delantal de cocina.

Susan se levantó y caminó hacia el gran ventanal. Desde allí veía los taxis amarillos moviéndose como hormigas. Se tocó el lóbulo de la oreja, donde el pendiente recuperado le recordaba el calor de los dedos de Jasper. No era solo venganza lo que sentía; era una necesidad visceral de borrar la sonrisa de suficiencia de la cara de ese hombre.

—Y Margot... —añadió sin girarse.

—¿Dime?

—Averigua qué tipo de vino odia Alistair Vance. Quiero que todo en esa cena sea tan desastroso que ni siquiera el "genio" de Vane pueda salvarlo.

A media tarde, el aire en la cocina de L'Artiste era casi irrespirable, pero no por el vapor de las ollas, sino por la energía maníaca que desprendía Jasper. Desde que había vuelto de su "incursión" en el territorio de Susan, no había dejado de experimentar con un ingrediente que normalmente detestaba: la remolacha blanca.

—Chef, el proveedor de carne está al teléfono por el tema de las costillas —dijo Marcus, el jefe de sala, asomándose a la cocina—. Y los chicos dicen que el postre de higos no está cuajando.

—Que esperen —gruñó Jasper. Tenía una gota de sudor recorriéndole la sien y los ojos fijos en un cazo donde una reducción de vinagre de frambuesa burbujeaba suavemente—. Estoy diseñando algo.

—¿Diseñando? —Marcus arqueó una ceja—. ¿Desde cuándo usamos terminología de pasarela?

Jasper se detuvo y miró a su segundo. En su mente todavía estaba grabada la imagen de Susan en aquella sala de juntas: fría, impecable, rodeada de un lujo que parecía no tener alma. Recordaba cómo se le había acelerado el pulso cuando se acercó a su oído. Era como una seda de alta calidad: hermosa a la vista, pero capaz de quemarte la piel si se frotaba con demasiada rapidez.

—Se va a llamar "La Emperatriz" —dijo Jasper, volviendo al fuego—. Un plato que sea visualmente gélido pero que queme al tragarlo. Necesito que sea elegante como un traje de noche y letal como una crítica de moda.

—¿Te refieres a Susan Thorne? —Marcus soltó una risa nerviosa—. Jasper, esa mujer tiene el poder de borrar este local del mapa con una llamada telefónica. No es una musa, es un huracán de categoría cinco.

—Exacto —respondió Jasper con una sonrisa sombría—. Y yo soy el tipo de idiota que sale a la calle sin paraguas cuando hay tormenta. Prepárame la mesa de pruebas. Si esto sale como espero, vamos a servirle su propio carácter en un plato de porcelana.

Mientras tanto, en la oficina de Susan, el plan ya estaba en marcha. La "Emperatriz" no diseñaba platos, diseñaba emboscadas. Había pasado la última hora al teléfono con Alistair Vance, el crítico gastronómico más temido de la costa este. Alistair era un hombre que odiaba la pomposidad y los chefs con tatuajes y excesiva confianza en sí mismos; es decir, odiaba todo lo que Jasper representaba.

—Iremos el jueves, Alistair —decía Susan, mientras observaba una muestra de tela negra bajo la lámpara de su escritorio—. Quiero que veas por ti mismo lo que Nueva York está llamando "talento". Para mí no es más que un espectáculo de feria con un poco de perejil encima.

—Si tú lo dices, Susan, debe ser un desastre —respondió la voz aguda y flemática de Alistair al otro lado—. Ya sabes que mi

estómago no perdona la mediocridad, y mi pluma mucho menos.

—No te preocupes. Te garantizo que la experiencia será... inolvidable.

Susan colgó el teléfono. Se sentía satisfecha, pero había una inquietud que no lograba calmar. Se tocó inconscientemente el cuello de la sudadera de Jasper, que aún reposaba en una bolsa de papel bajo su mesa (aunque le había dicho a Jasper que se la quedara, la había traído al despacho "por error"). El tacto del algodón le recordaba que ese hombre había visto una versión de ella que nadie más conocía. Y eso era una debilidad que no podía permitirse.

Para destruir a Jasper Vane, tenía que volver a su restaurante. Tenía que mirarlo a los ojos mientras su carrera se hundía. El problema era que, cada vez que pensaba en volver a L'Artiste, lo que más recordaba no era el sabor de la comida, sino el calor de la respiración de Jasper contra su cuello.

***

La noche previa a la cena con el crítico, Susan no pudo dormir. El ático, que siempre le había parecido un refugio de orden, se sentía ahora como una caja de cristal vacía. Se levantó a las tres de la mañana y, por un impulso que se negó a analizar, sacó la sudadera de Jasper de la bolsa de papel. No se la puso, pero la dejó sobre la otomana a los pies de su cama. El suave aroma a sándalo que aún desprendía el tejido parecía burlarse de sus planes de destrucción.

—Es solo un cocinero, Susan. Mañana a esta hora será un cocinero con una crítica nefasta —se recordó, cerrando los ojos con fuerza.

A la mañana siguiente, el jueves amaneció con un cielo de color acero, tan gris y afilado como el ánimo de Susan. Se vistió con lo que ella llamaba su "atuendo de ejecución": un vestido de seda en

color petróleo, ajustado como una segunda piel, y una chaqueta corta de hombreras marcadas. Sus joyas eran mínimas, pero costosas. Parecía una mujer que no conocía la piedad, y eso era exactamente lo que necesitaba ser.

Antes de salir hacia el restaurante, Susan pasó por su taller. Allí, entre costureras que daban puntadas invisibles, se encontró con una sorpresa. Sobre su mesa de corte, alguien había dejado un paquete pequeño envuelto en papel de estraza, atado con un cordel de cocina profesional.

Lo abrió con cautela. Dentro había una sola manzana de azúcar soplado, tan perfecta que parecía de cristal rojo, y una nota escrita con una caligrafía rápida y masculina:

"Para la mujer que tiene todo bajo control. Cuidado, Susan: el azúcar es más frágil que el hielo, pero corta igual de profundo. Nos vemos esta noche. J."

Susan apretó la nota en su puño. La audacia de ese hombre no tenía límites. Él sabía que ella volvería. Quizás incluso sabía que no iría sola. La manzana de azúcar brillaba bajo las luces del taller, una tentación roja que Susan se resistió a romper, aunque moría por ver si el interior estaba tan vacío como ella quería creer que era el corazón de Jasper.

—Margot, dile al chofer que nos vamos —ordenó, dejando la manzana sobre la mesa—. Y llama a Alistair. Dile que nos vemos en la puerta de L’Artiste en veinte minutos.

Mientras el coche bajaba hacia el West Village, Susan observaba el desfile de neones. Sentía una mezcla extraña de anticipación y pavor. Iba a destruir a Jasper Vane, iba a devolverle la humillación de la oficina multiplicada por diez. Sin embargo, una parte traidora de su mente no dejaba de preguntarse qué sabor tendría "La Emperatriz", ese plato que Jasper estaba perfeccionando solo para ella.

Al bajar del coche, el aire fresco del río Hudson le golpeó la cara. Allí, bajo el toldo verde que ahora le resultaba peligrosamente familiar, la esperaba Alistair Vance, con su abrigo largo y su mirada de buitre hambriento por una nueva víctima.

—¿Lista para el sacrificio, querida? —preguntó Alistair, ofreciéndole el brazo con una sonrisa maliciosa.

—Más que lista, Alistair —respondió Susan, enderezando los hombros—. Entremos. Tengo ganas de ver cómo se desmorona un genio.

Cruzaron el umbral y, al fondo de la sala, Jasper levantó la vista. Sus ojos se encontraron a través del tumulto del restaurante. Él no pareció intimidado por la presencia del crítico más feroz de la ciudad. Al contrario, levantó su copa de vino en un brindis silencioso, y la llama en sus ojos le dijo a Susan que él también estaba listo para la guerra.

CAPÍTULO 4

La mesa que les habían asignado era la mejor del local, situada estratégicamente para que Alistair Vance tuviera una vista panorámica de la cocina, pero lo suficientemente íntima para que Susan sintiera el escrutinio de Jasper en cada movimiento. Alistair se sentó con un suspiro de teatralidad, colocando su cuaderno de cuero sobre el mantel con la misma solemnidad con la que un juez coloca el mazo.

—El ambiente es... rústico —sentenció Alistair, pasando un dedo enguantado por el borde de la mesa—. Un poco demasiado "esfuerzo consciente por parecer auténtico", ¿no crees, Susan?

—Es el estilo de Vane, Alistair —respondió ella, quitándose los guantes de seda con parsimonia—. Confundir la falta de pulido con carácter. Ya verás que en la cocina es exactamente igual.

Jasper no se acercó de inmediato. Dejó que el sumiller les sirviera un champán que, para disgusto de Susan, era de una cosecha excepcional que Alistair no pudo evitar elogiar con un gruñido de aprobación. Susan miraba hacia la cocina abierta; Jasper estaba dirigiendo a su equipo con una calma gélida que no le había visto antes. No había gritos, solo gestos precisos. Parecía un director de orquesta antes de un crescendo.

Finalmente, Jasper salió de su santuario. No llevaba la chaqueta de cuero de la otra noche, sino una chaquetilla de chef blanca, impoluta, abotonada hasta el cuello. Se detuvo ante la mesa, ignorando casi por completo a Alistair para clavar sus ojos en Susan.

—Señora Thorne. Qué placer volver a verla —dijo Jasper, su voz bajando un tono, volviéndose privada a pesar de la presencia del crítico—. Veo que ha recuperado su equilibrio. El diamante le sienta bien.

Susan apretó el tallo de su copa.

—He traído a un amigo, Vane. Alistair Vance quería comprobar si los rumores sobre su... cocina son ciertos o simplemente una excelente campaña de relaciones públicas.

Alistair levantó la vista, entornando los ojos tras sus gafas de pasta.

—Chef Vane. He oído que es usted un hombre valiente. Espero que su comida sea tan audaz como su reputación, porque no he venido aquí a comer algo que pueda encontrar en un bistró de aeropuerto.

Jasper sonrió, pero fue una sonrisa dirigida solo a Susan, una promesa silenciosa de que la noche no iba a ser fácil para ella.

—No se preocupe, Alistair. Esta noche no vamos a seguir el menú habitual. He preparado algo especial. Lo llamo "El Menú de las Máscaras". Un recorrido por lo que mostramos y lo que realmente somos.

Se inclinó ligeramente hacia delante, apoyando las yemas de los dedos en el mantel, justo al lado de la mano de Susan.

—Espero que tengan el estómago fuerte. Vamos a empezar con algo que la señora Thorne conoce bien: una estructura impecable que esconde un interior... sorprendente.

Jasper se retiró sin esperar respuesta. Diez minutos después, el primer plato llegó. Era una esfera perfecta de hielo tallado, dentro de la cual reposaba un tartar de atún rojo con una infusión de jengibre y algo que desprendía un humo blanco y denso.

—Visualmente es impactante —admitió Alistair, sacando su pluma—. Pero el hielo es un truco barato si el sabor no perdura.

Susan cogió la cuchara de nácar. Sabía que Jasper la estaba observando desde la barra. Al romper la esfera de hielo, un aroma a mar y cítricos inundó sus sentidos. El primer bocado fue una

explosión de frío que casi entumeció su lengua, pero entonces, un calor profundo y terroso —wasabi fresco y pimienta de Sichuan— empezó a extenderse por su paladar.

Era una contradicción líquida. Era como el beso de alguien que te odia.

—Es... —Alistair se quedó callado un segundo, saboreando—. Es insultante lo bueno que es. La técnica para mantener el calor del aderezo dentro de una cápsula de hielo sin que se derrita es... de primer nivel.

Susan sintió un nudo de frustración. Alistair no debía elogiarlo. Se suponía que debía despedazarlo. Miró hacia la cocina y vio a Jasper apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, observándola con una ceja levantada. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo. Estaba seduciendo al crítico a través de los sentidos de ella.

—Es solo un truco técnico, Alistair —dijo Susan, aunque su corazón latía con una fuerza traicionera—. Cualquiera con un laboratorio de química puede hacer eso. Veamos si es capaz de mantener el nivel cuando llegue la carne.

El murmullo del restaurante parecía haberse desvanecido para Susan. Solo existía el tintineo de los cubiertos de Alistair y la figura de Jasper, que se movía entre las sombras de la cocina con la seguridad de un depredador en su territorio. Alistair estaba inusualmente silencioso, garabateando notas con una rapidez febril que a Susan le ponía los pelos de punta.

—Estás tensa, querida —comentó Alistair sin levantar la vista —. Casi parece que quieres que falle. Y eso es extraño, teniendo en cuenta que tú fuiste quien me descubrió este... diamante en bruto.

—Solo quiero honestidad, Alistair. Nueva York está harta de genios de cartón piedra —replicó ella, bebiendo un sorbo de vino para humedecer su garganta seca.

En ese momento, las luces de la sala parecieron atenuarse un grado más, centrando toda la atención en la figura de Jasper que se acercaba de nuevo. Esta vez no traía a un camarero; él mismo portaba una bandeja de plata. El plato estaba cubierto por una campana de cerámica blanca, lisa y sin adornos.

—El plato principal —anunció Jasper. Se colocó entre Susan y Alistair, pero su cuerpo estaba orientado hacia ella, casi bloqueando la visión del crítico—. Lo he titulado "La Emperatriz".

Con un movimiento dramático, levantó la campana.

Sobre el plato de porcelana negra reposaba un filete de ciervo, de un rojo tan intenso que recordaba a la seda que Susan buscaba desesperadamente para su colección. Estaba rodeado por una corona de remolacha blanca tallada como si fueran encajes de alta costura, y una reducción de frutos del bosque que brillaba como sangre bajo los focos. Pero lo más impactante era el acabado: unas finas láminas de oro comestible que parecían jirones de un vestido desgarrado.

—Es... visualmente agresivo —murmuró Alistair, acercando la nariz al plato—. Huele a tierra, a hierro y a... ¿es eso lavanda?

—Lavanda y ceniza —respondió Jasper, manteniendo la mirada fija en Susan—. Porque el poder siempre deja un rastro de algo quemado a su paso, ¿no es cierto, señora Thorne?

Susan sintió que el desafío le golpeaba en el pecho. Cogió el cuchillo, sintiendo el peso del metal. Cortó un trozo de la carne; era tan tierna que apenas necesitó presión. Al llevarlo a la boca, la complejidad del plato la desarmó por completo. Era salvaje, elegante y profundamente arrogante. Era, en esencia, un retrato comestible de ella misma.

—Es un golpe bajo, Vane —susurró ella, mientras Alistair se llevaba su propia porción a la boca y cerraba los ojos, casi en éxtasis.

—Es la verdad —respondió él en el mismo tono bajo, inclinándose sobre la mesa hasta que sus labios quedaron a pocos centímetros de la oreja de ella—. Usted me pidió seda, Susan. Aquí tiene la seda más cara del mundo, y la he cocinado yo. ¿Todavía piensa que soy un hombre que solo fríe cebollas?

Alistair soltó un gruñido de satisfacción que rompió el momento.

—¡Increíble! Jasper, este plato es una declaración de guerra a la complacencia. La combinación de la lavanda con la ceniza es magistral. Es... —se detuvo, buscando la palabra— es peligrosamente sexy.

Susan dejó los cubiertos con un golpe seco. La rabia y la admiración luchaban dentro de ella, creando una mezcla asfixiante. Jasper le dedicó una sonrisa de suficiencia, sabiendo que acababa de ganarse al crítico y que, al mismo tiempo, había penetrado en la armadura de Susan de una forma que ningún otro hombre se había atrevido a intentar.

—Me alegra que le guste, Alistair —dijo Jasper, enderezándose—. Pero el postre... el postre es donde realmente nos quitamos las máscaras. Espero que Susan tenga sitio para el final. No sería propio de una emperatriz abandonar antes de la ejecución.

Jasper se retiró, dejando a Susan con el sabor de la ceniza y el oro en los labios, consciente de que su plan de destruirlo se había convertido en el pedestal sobre el que Jasper Vane iba a ser coronado rey de Nueva York esa misma noche.

Alistair Vance estaba prácticamente ronroneando. Había llenado tres páginas de su cuaderno y su actitud hacia Susan había pasado de la complicidad maliciosa a una especie de gratitud reverencial por haberlo llevado allí. Susan, sin embargo, se sentía como si estuviera sentada sobre una placa de inducción a máxima potencia.

—Es el mejor uso de la caza que he probado en una década, Susan. Este chico no es un cocinero, es un maldito poeta con un soplete —dijo Alistair, apurando su copa de tinto—. Si el postre mantiene este nivel, mañana la crítica hará que la policía tenga que acordonar la calle para controlar a la multitud que querrá entrar aquí.

Susan no respondió. Sus ojos estaban fijos en Jasper, que estaba dando instrucciones finales a su pastelero. El "postre de las máscaras" llegó poco después. Era una esfera de chocolate blanco, tan lisa y perfecta que parecía una perla gigante, servida sobre una cama de pétalos de rosa cristalizados y una salsa de frambuesa que parecía derramarse como tinta.

—No se come con cuchara —indicó el camarero, dejando una pequeña maza de plata al lado de Susan—. El chef dice que la belleza debe romperse para ser disfrutada.

Susan cogió la maza. Sus nudillos estaban blancos. Miró a Jasper, que la observaba desde la distancia con una intensidad que la hacía sentir desnuda. Golpeó la esfera. El chocolate se fracturó, revelando un interior de mousse de maracuyá, bizcocho de pistacho y un núcleo líquido de caramelo salado que empezó a fluir lentamente.

—Ácido, dulce, amargo y salado —murmuró Alistair, probando una cucharada—. Es la anatomía de una obsesión.

Susan probó el postre y sintió que sus defensas colapsaban definitivamente. La acidez del maracuyá cortaba la dulzura del chocolate como un rayo de luz en una habitación oscura. Era demasiado. Demasiado talento, demasiada audacia, demasiada tensión. Se levantó de la mesa con una brusquedad que hizo que su silla chirriara contra el suelo.

—¿Susan? ¿A dónde vas? —preguntó Alistair, sorprendido.

—Necesito aire, Alistair. Quédate, termina tu "poema". Yo necesito... un momento —mintió ella, aunque sus pies ya la estaban

llevando hacia la parte trasera del restaurante, buscando el pasillo que conducía a las oficinas y a la bodega.

No buscaba aire. Buscaba a Jasper.

Abrió la puerta pesada que bajaba a la bodega de vinos, un espacio subterráneo revestido de piedra y madera vieja donde el frío ayudaba a calmar el incendio que sentía en la sangre. Bajó los escalones, sus tacones resonando en el silencio sepulcral del sótano. Se detuvo en medio de los pasillos llenos de botellas de miles de dólares, respirando el aroma a corcho y humedad.

—Sabía que vendría aquí abajo —dijo una voz desde las sombras.

Jasper salió de detrás de una estantería de Burdeos. Todavía llevaba la chaquetilla de chef, pero se la había desabrochado por arriba, revelando la base de su garganta. Se acercó a ella con pasos lentos, acorralándola contra una de las estanterías de roble.

—¿Qué quería conseguir con esto, Susan? —preguntó él, apoyando una mano a cada lado de su cabeza, atrapándola—. ¿Traer al verdugo para que me cortara la cabeza delante de usted?

—Quería ponerle en su sitio, Vane —respondió ella, aunque su espalda estaba pegada a las botellas frías y su pecho subía y bajaba con rapidez—. Se cree que puede entrar en mi oficina, en mi vida, y que no habrá consecuencias.

—Las consecuencias son que ahora mismo Alistair está escribiendo mi ascenso al Olimpo de la cocina neoyorquina —Jasper se inclinó más, su rostro a centímetros del de ella—. Y la consecuencia real es que usted no ha podido aguantar ni un minuto más sin estar a solas conmigo. Admítalo. Me odia porque le gusto. Y le gusto porque soy el único hombre en esta ciudad que no tiene miedo de ver lo que hay bajo esa seda.

Susan levantó la mano para abofetearlo, pero Jasper la atrapó por la muñeca con una agilidad pasmosa. No fue un agarre violento,

sino firme, una invitación al desafío.

—Suélteme —susurró ella, aunque no hizo ningún esfuerzo por liberarse.

—No —respondió él—. No hasta que deje de mentir.

La respiración de Susan era errática, un eco rítmico en el silencio sepulcral de la bodega. La mano de Jasper que sujetaba su muñeca no cedía, pero sus dedos empezaron a trazar círculos lentos sobre el pulso acelerado de ella. El frío de las paredes de piedra contrastaba violentamente con el calor que emanaba de sus cuerpos, creando una atmósfera tan densa que parecía que el oxígeno se estuviera agotando.

—Es usted un arrogante —susurró Susan, aunque sus ojos no se apartaban de los labios de él—. Ha usado mi nombre, mi presencia y mi paladar para montar un espectáculo.

—Y usted ha traído a un asesino a sueldo con pluma de oro para intentar hundirme —replicó Jasper, acortando la distancia hasta que sus pechos casi se rozaban—. Estamos empatados, Susan. Pero mientras usted juega a la guerra fría, yo estoy ardiendo.

Jasper soltó su muñeca solo para deslizar su mano hacia la nuca de Susan, enredando sus dedos en el moño perfecto que ella siempre lucía. Tiró ligeramente hacia atrás, obligándola a exponer la línea de su cuello. Susan soltó un jadeo, una mezcla de indignación y un deseo que se negaba a reconocer. Estaban en el filo de un abismo, y ambos lo sabían.

—No se atreva... —amenazó ella, pero su voz se quebró al final.

—¿A qué? ¿A besarla? ¿A demostrarle que bajo ese vestido de mil dólares hay una mujer que vibra con la misma intensidad que mis fogones? —Jasper se inclinó, rozando con su nariz la oreja de ella—. Ha perdido, Susan. Alistair me va a dar esa estrella, y usted me va a dar algo mucho más valioso: su atención absoluta.

Susan apoyó las manos en el pecho de Jasper, no para empujarlo, sino para anclarse a la realidad. Podía sentir el latido rítmico y fuerte de su corazón bajo la tela de la chaquetilla blanca. Por un segundo, la "Emperatriz de Hierro" se desvaneció, dejando paso a una mujer que anhelaba ser desafiada, que estaba cansada de que todo el mundo le dijera "sí".

—Si cree que esto cambia algo, está muy equivocado —dijo ella, recuperando un hilo de su habitual frialdad, aunque su cuerpo la traicionaba—. Esto no es el inicio de nada. Es solo un paréntesis.

—Un paréntesis que puede ser muy largo —sonrió Jasper de forma depredadora.

Se apartó de ella con una brusquedad que la dejó sintiéndose repentinamente vacía. Se abrochó el botón de la chaquetilla y recuperó su postura profesional, aunque sus ojos seguían brillando con una luz triunfante.

—Vuelva arriba, Susan. Alistair la espera para brindar por mi éxito. Yo tengo una cocina que limpiar y una nueva vida que empezar mañana, cuando salga el periódico. Pero recuerde una cosa: el sabor de "La Emperatriz" se le va a quedar en la lengua mucho después de que se quite ese vestido.

Susan se alisó la falda con manos temblorosas y recuperó su máscara de indiferencia, aunque sus mejillas conservaban un rubor que ninguna crema cara podría ocultar. Subió las escaleras sin mirar atrás, con el sonido de sus tacones marcando una retirada que sabía a derrota... y a una extraña victoria.

Arriba, Alistair la esperaba con la cuenta ya pagada y una expresión de absoluta satisfacción.

—¿Dónde te habías metido, querida? Te has perdido el brindis. Este lugar va a ser la sensación de la década. Gracias por el soplo, Susan. Realmente tienes un ojo clínico para el talento.

Susan forzó una sonrisa perfecta mientras el coche la esperaba en la puerta.

—De nada, Alistair. Ya sabes que siempre busco lo mejor.

Mientras el coche se alejaba por las calles mojadas del Village, Susan se miró en el espejo retrovisor. Sus labios estaban ligeramente hinchados y su mirada tenía un brillo salvaje. Había intentado quemar a Jasper Vane, pero se había dado cuenta de que, en ese incendio, ella era la que estaba empezando a derretirse.

CAPÍTULO 5

El viernes por la mañana, Nueva York no hablaba de otra cosa. La columna de Alistair Vance en el Times no era una simple crítica; era una oda al pecado carnal y gastronómico. El titular, en letras grandes y elegantes, rezaba: "L'Artiste: El hombre que cocinó a la Emperatriz".

Susan Thorne leyó la frase mientras sostenía su tablet con una fuerza que amenazaba con trizar la pantalla. Estaba en su oficina, rodeada de muestras de seda carmesí que finalmente habían llegado de Milán, pero que ahora le parecían trapos insignificantes comparados con la prosa incendiaria de Alistair. El crítico describía el plato "La Emperatriz" como una experiencia que desnudaba el alma, y mencionaba, con una sutilidad que Susan encontró insultante, que la propia directora creativa de Thorne & Mode había sido la musa inspiradora.

—Margot —llamó Susan, su voz gélida recorriendo el pasillo como una ráfaga de viento polar.

Margot entró casi al instante, escondiendo su propio ejemplar del periódico tras la espalda.

—¿Sí, Susan?

—Dime que el departamento de prensa ya ha emitido un comunicado desvinculándome de cualquier... "inspiración culinaria" de ese hombre.

—Bueno... —Margot tragó saliva—. En realidad, Susan, el departamento de prensa cree que es la mejor publicidad gratuita que hemos tenido en años. Las acciones de la empresa han subido un dos por ciento desde las ocho de la mañana. La gente está

llamando para preguntar si el vestido de "La Emperatriz" estará en la próxima colección.

Susan cerró los ojos un segundo, contando mentalmente hasta diez. Jasper no solo había sobrevivido a su ataque, sino que lo había capitalizado. Ahora, sus mundos estaban oficialmente entrelazados por el cotilleo de la alta sociedad neoyorquina.

—¿Y qué hay de él? —preguntó Susan, fingiendo desinterés mientras se colocaba una gafa de sol para ocultar su mirada—. ¿Cómo va su... "agujero" del West Village?

—Están colapsados —respondió Margot con una mezcla de admiración y lástima—. Han tenido que contratar a dos personas solo para gestionar la lista de espera. Dicen que no hay mesas libres hasta dentro de seis meses. Excepto... bueno, Jasper ha enviado un mensaje personal para ti.

Susan se tensó.

—¿Un mensaje?

—Ha reservado la mesa de la cocina, de forma permanente, todos los martes a las nueve de la noche. A tu nombre. Dice que "una emperatriz no debe esperar cola para su propia ejecución diaria".

Susan sintió un hormigueo eléctrico que recorrió su columna. Era un desafío público disfrazado de cortesía. Si aceptaba, le estaba dando la victoria. Si se negaba, parecería que tenía miedo de enfrentarse a él. Y Susan Thorne no tenía miedo de nada, excepto de perder el control.

—Dile que no iré —sentenció ella, levantándose y caminando hacia el ventanal—. Pero dile también que quiero el menú degustación de esta noche enviado a mi ático a las nueve. Si es tan genio como dice Alistair, su comida debería ser capaz de soportar un trayecto en coche de diez minutos sin perder su... "alma".

—¿Quieres comida para llevar de un restaurante de tres tenedores? —Margot estaba estupefacta.

—Quiero ver si su talento sobrevive a la logística —replicó Susan, aunque en el fondo sabía que lo que quería era volver a saborear ese contraste de lavanda y ceniza sin la presión de una bodega oscura o un crítico observando.

A las nueve en punto, el timbre del ático de Susan sonó con una precisión matemática. Ella se había cambiado su traje de guerra por una bata de seda color perla, larga hasta los pies, y sostenía una copa de un vino blanco tan frío que la condensación empañaba el cristal. Estaba preparada para recibir a un mensajero apresurado con bolsas de papel, pero cuando abrió la puerta, su corazón decidió saltarse un latido.

Jasper Vane estaba allí, apoyado contra el marco de la puerta. No traía bolsas de papel. Llevaba dos maletines térmicos de acero inoxidable y vestía unos pantalones negros rectos y una camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados. Su sola presencia parecía encoger las dimensiones del inmenso recibidor de Susan.

—¿Dónde está el repartidor, Vane? —preguntó ella, bloqueando el paso, aunque sus dedos apretaban el tallo de la copa con nerviosismo.

—Mi comida no viaja sola, Susan. Es demasiado temperamental —respondió él con una sonrisa perezosa, la misma que ella había estado intentando borrar de su memoria todo el día—. Además, le dije a Margot que quería ver si mi talento sobrevivía a la logística. Y la logística soy yo.

Jasper entró sin esperar invitación, moviéndose por el ático con la confianza de quien es dueño del lugar. Se detuvo en la cocina de Susan, un espacio de diseño italiano que parecía más un quirófano que un lugar donde se preparan alimentos. Jasper dejó los

maletines sobre la encimera de cuarzo y soltó un silbido de desaprobación.

—Tiene usted una cocina de cien mil dólares y sospecho que el único fuego que ha visto es el de una vela de aromaterapia —comentó él, empezando a sacar recipientes de porcelana de los maletines.

—No necesito cocinar para entender el buen gusto —replicó Susan, acercándose a la isla de cocina, manteniendo una distancia de seguridad—. ¿Ha venido hasta aquí solo para darme una lección de electrodomésticos?

—He venido porque "La Emperatriz" es un plato que se sirve a una temperatura exacta. Cada minuto que pasa en un coche, su alma se evapora. —Jasper se giró, quedando frente a ella. El aire entre ambos volvió a cargarse de esa estática que Susan encontraba tan irritante como adictiva—. Y porque quería verla en su entorno natural. Es fascinante... todo aquí es tan blanco y perfecto. Da ganas de mancharlo.

Susan sintió un calor repentino que no tenía nada que ver con el vino.

—No se atreva a ensuciar nada en este apartamento, Vane. Ni con su comida ni con su presencia.

Jasper se rió por lo bajo y sacó una pequeña sartén de cobre de su maletín.

—Demasiado tarde. Ya he invadido su territorio. Siéntese, Susan. Voy a terminar el emplatado. Considere esto una cena privada... o un asedio. Depende de cómo se porte con los cubiertos.

Susan lo observó trabajar. En su cocina aséptica, Jasper parecía una fuerza de la naturaleza. Sus manos se movían con una eficiencia brutal mientras reponía la temperatura de una salsa en su propia sartén. Había algo profundamente perturbador —y extrañamente íntimo— en ver a ese hombre, que la había desafiado

frente a toda la ciudad, preparando su cena en el santuario de su hogar.

—¿Por qué esa obsesión conmigo? —preguntó ella de repente, su voz perdiendo parte de su veneno—. Tiene a todo Nueva York a sus pies. Alistair le ha dado la gloria. ¿Por qué molestarse con una mujer que ha intentado destruirlo?

Jasper dejó de mover la salsa. Levantó la vista y la miró con una seriedad que la desarmó.

—Porque usted es la única que no me cree, Susan. Nueva York es fácil de impresionar. Pero usted... usted es el estándar de oro. Y yo no estaré satisfecho hasta que admita que soy lo mejor que ha probado nunca. En todos los sentidos.

Jasper sirvió la cena en la mesa de cristal del comedor, pero no encendió las luces principales. La estancia quedó bañada por el resplandor ámbar de los rascacielos de Manhattan que se filtraba por los ventanales. Susan se sentó frente a él, todavía envuelta en su bata de seda, sintiéndose extrañamente expuesta a pesar de estar en su propia casa.

Él no había preparado "La Emperatriz" esta vez. Había traído algo distinto: un risotto de boletus con trufa negra y una reducción de jerez que llenó el salón de un aroma terroso, denso y embriagador.

—Esto no estaba en el menú de ayer —dijo Susan, observando el plato con cautela.

—Ayer era una declaración de guerra. Hoy es una oferta de paz —respondió Jasper, sentándose frente a ella, aunque no había traído plato para él. Solo la observaba—. Pruébelo. Está hecho para calentar, no para impresionar.

Susan tomó una cucharada. El sabor era profundo, reconfortante, casi como un abrazo líquido. Era un plato que exigía

bajar la guardia. Mientras comía, el silencio entre ambos dejó de ser tenso para volverse pesado, cargado de palabras no dichas.

—¿Sabe cuál es su problema, Susan? —dijo Jasper, rompiendo el silencio mientras se reclinaba en la silla—. Que se ha pasado tanto tiempo construyendo este mausoleo de cristal que ha olvidado lo que es sentir algo que no pueda controlar.

—El control es lo que me ha traído hasta aquí, Vane —replicó ella, dejando la cuchara y mirándolo fijamente a los ojos—. Sin control, solo eres otra persona más en la multitud, esperando que alguien te note.

—Yo no necesito que me noten. Yo necesito que me sientan. —Jasper se levantó y rodeó la mesa, deteniéndose justo detrás de ella. Sus manos se apoyaron en el respaldo de la silla de Susan, y ella pudo sentir el calor de su cuerpo—. Usted cree que el poder es este ático, sus vestidos y su nombre en las revistas. Pero el poder real es ser capaz de hacer que alguien como usted pierda la compostura solo con un sabor... o con un roce.

Jasper deslizó su mano desde el respaldo de la silla hasta el hombro de Susan. El contacto de su piel contra la seda de la bata envió una descarga eléctrica que la obligó a cerrar los ojos. No era una provocación de restaurante; era algo crudo y real.

—Se está extralimitando —susurró Susan, aunque no se apartó. Su cuerpo parecía haber decidido ignorar las órdenes de su cerebro.

—Ambos sabemos que esto no tiene nada que ver con la comida, Susan —murmuró él, inclinándose hasta que su aliento rozó su cuello—. Usted me odia porque la hago sentir viva. Y yo la deseo porque es el único desafío que no puedo ganar con una estrella Michelin.

Él bajó la mano por su brazo hasta atrapar la suya sobre la mesa. Entrelazó sus dedos con una firmeza que la dejó sin aliento. Susan se giró en la silla, quedando frente a él. La distancia entre sus

labios era inexistente. Podía ver el deseo, la arrogancia y una extraña vulnerabilidad en los ojos de Jasper.

—Váyase, Jasper —dijo ella, pero sus manos se cerraron sobre la camisa de él, tirando de la tela hacia sí—. Váyase antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

—No se va a arrepentir —sentenció él, su voz vibrando contra sus labios—. Porque esta noche, por fin, va a dejar de ser la "Emperatriz" para ser simplemente Susan.

El beso no fue una petición, fue una colisión. Susan atrajo a Jasper hacia sí con una urgencia que nació de semanas de represión, y él respondió con la intensidad de quien ha estado acechando una presa durante demasiado tiempo. El sabor del vino, la trufa y el deseo se mezclaron en un choque de lenguas y dientes que borró cualquier rastro de la elegancia fría del ático.

Jasper la levantó de la silla con una facilidad pasmosa, y Susan rodeó su cintura con las piernas, hundiendo sus dedos en el cabello oscuro de él. Los platos caros y la seda perla pasaron a un segundo plano; en ese momento, el poder no residía en las cuentas bancarias ni en las estrellas Michelin, sino en la piel que ardía al contacto.

—A la habitación —susurró Jasper contra sus labios, su voz era un gruñido bajo y cargado de intención.

Susan no dijo nada, simplemente apretó su agarre, guiándolo a través del pasillo en penumbra. Al entrar en el dormitorio principal, un espacio de techos infinitos y vistas al parque, Jasper la depositó sobre la cama con una delicadeza que contrastaba con la furia de sus besos anteriores.

Las puertas dobles de la habitación se cerraron con un golpe seco, dejando al mundo exterior, a la prensa y a sus propias rivalidades fuera de aquel santuario.

Dentro, entre las sábanas de hilo egipcio, la guerra se transformó en algo mucho más profundo. Jasper se deshizo de su camisa con movimientos rápidos, revelando un cuerpo marcado por el trabajo duro y el calor de las cocinas, mientras Susan se liberaba de la seda que la protegía del mundo. Ya no había "Emperatriz" ni "Cocinero"; solo dos personas descubriéndose en la oscuridad, midiendo sus fuerzas en una danza de caricias que quemaban y susurros que confesaban lo que sus lenguas afiladas nunca se atreverían a decir a la luz del día.

Jasper la reclamó con la misma precisión con la que ejecutaba sus mejores recetas: con paciencia, con fuego y con una atención absoluta a cada detalle que hacía vibrar a Susan. Ella, por su parte, se entregó al caos que tanto había temido, descubriendo que perder el control en manos de Jasper era la victoria más dulce que jamás había saboreado.

Jasper se posicionó sobre ella, sintiendo el calor magnético que emanaba de su piel desnuda. Ya no quedaba rastro del frío control que Susan solía exhibir ante el mundo. Su respiración, errática y profunda, llenaba el espacio entre ellos, borrando cualquier rastro de duda. Él bajó la mirada, devorándola con los ojos en la penumbra, antes de atrapar sus labios de nuevo. Esta vez no fue un beso de desafío, sino una entrega total y hambrienta.

Susan arqueó la espalda, buscando activamente el peso de Jasper contra el suyo. Sus manos recorrieron los hombros firmes de él, memorizando cada línea de tensión, cada cicatriz ganada a pulso en las cocinas. El contraste era absoluto: la frialdad estratégica con la que ambos manejaban sus imperios se derretía bajo la fricción de sus cuerpos. Cada caricia era una rendición y, al mismo tiempo, una conquista.

—Mírame —pidió Jasper en un susurro áspero, atrapando las muñecas de Susan sobre la almohada.

Ella abrió los ojos, brillando con una intensidad que rivalizaba con las luces de la ciudad afuera. En esa mirada no había secretos ni

escudos. Jasper rompió la distancia restante y Susan sintió el extremo de su pene en la humedad de su palpitante sexo. Los dedos de Jasper enredaron con algo y abrió un condón con los dientes antes de ponérselo sin apartarla y hundiéndose en ella en un movimiento fluido y decisivo. Susan ahogó un gemido contra su cuello, aferrándose a su espalda

Jasper empezó a moverse dentro de ella, hundiendo una y otra vez su pene dentro de ella, arrastrándola a lo largo del colchón mientras dejaba escapar pequeños gemidos de placer y escuchaba vagamente los que salían entre los labios de Jasper mientras la besaba, mientras sus manos recorrían sus pechos y pellizcaban sus pezones duros y hambrientos.

—¡Jasper! —gimió, clavando las uñas en la espalda de él cuando notó como todo su cuerpo se estremecía, alcanzando un fuerte orgasmo justo en el momento que él se hundía con fuerza dentro de ella, pegando su vientre con fuerza entre sus piernas mientras todo su cuerpo se ponía rígido y eyaculaba, saliendo de su interior y quitándose el condón antes de caer rendido y desnudo a su lado con la respiración acelerada.

Horas más tarde, cuando la luz azulada del amanecer neoyorquino empezó a perfilar los muebles de diseño, el silencio en la habitación era absoluto y cómodo. Susan estaba apoyada en el pecho de Jasper, escuchando el latido rítmico de su corazón, mientras él trazaba líneas perezosas en su espalda desnuda.

—Mañana volveremos a odiarnos, ¿verdad? —preguntó ella con voz ronca, sin levantar la vista.

Jasper depositó un beso en la coronilla de su cabeza y sonrió en la oscuridad.

—Mañana seguiremos siendo enemigos, Susan. Pero ahora Nueva York sabe a qué sabe la paz. Y no pienso dejar que se te olvide el sabor.

CAPÍTULO 6

La luz del sol de Manhattan entró en el dormitorio con una agresividad impúdica, rebotando en las superficies blancas y minimalistas del ático. Susan Thorne se despertó con una sensación que no experimentaba desde hacía una década: desorientación. Su primer instinto fue buscar su teléfono para revisar los índices de ventas, pero su mano tropezó con algo sólido, cálido y cubierto de una piel ligeramente rugosa.

Jasper.

El recuerdo de la noche anterior la golpeó como un espresso doble sin azúcar. Los platos en la cocina, la bodega, la seda perla en el suelo... Susan se incorporó de un salto, envolviéndose en la sábana con una elegancia que rozaba lo cómico dada la situación. Jasper seguía dormido, boca abajo, con un brazo colgando fuera de la cama y una expresión de paz que le resultaba profundamente irritante.

—Vane —susurró ella, dándole un empujoncito con el pie bajo las sábanas—. Vane, despierte. Nueva York no espera a los que se quedan entre las sábanas.

Jasper gruñó, se giró y abrió un ojo, dedicándole una sonrisa perezosa que hizo que Susan odiara su propia falta de autocontrol.

—Buenos días, Susan. Veo que ha recuperado su armadura de sábana de mil hilos. ¿Ya ha llamado a su departamento de estrategia para analizar lo que pasó anoche?

—Lo que pasó anoche fue un error táctico —sentenció ella, levantándose y caminando hacia el vestidor sin mirar atrás—. Un exceso de endorfinas provocado por un risotto demasiado especiado. No se acostumbre.

—Fue el mejor error de su vida y lo sabe —dijo Jasper, sentándose en la cama y pasándose una mano por el pelo revuelto —. Pero tiene razón. Tengo una inspección sanitaria a las diez y una entrega de trufas que vale más que mi vida. Me voy.

Diez minutos después, Susan escuchó el portazo de la entrada. Estaba sola de nuevo. Se miró al espejo: tenía el cabello desordenado y los labios con ese rubor que solo Jasper conseguía provocarle. Se obligó a entrar en la ducha, dejando que el agua helada borrara el rastro de sándalo de su piel. Tenía que volver a ser la "Emperatriz". Tenía un desfile benéfico que organizar y una colección de otoño que aún no estaba cerrada.

Sin embargo, cuando llegó a la oficina, la calma que esperaba encontrar era inexistente. Margot la esperaba en la recepción con una cara que presagiaba una catástrofe de proporciones bíblicas.

—Susan, gracias a Dios que llegas —dijo Margot, siguiéndola a paso ligero hacia el despacho—. Tenemos un problema en el taller. Un problema grave.

—Si es el carmesí de nuevo, juro que quemaré Milán —gruñó Susan, dejando su bolso de Hermès sobre la mesa.

—No es el tejido. Es el sindicato de costureras y el sistema eléctrico. Hubo un cortocircuito anoche. La mitad de los vestidos de la colección cápsula para la gala de mañana están... bueno, no están quemados, pero el humo ha impregnado la seda. Y el sistema de ventilación del edificio está sellado por los bomberos hasta mediodía.

Susan se detuvo en seco. La gala benéfica del Museo Metropolitano era mañana. Era el evento del año. Si sus vestidos olían a chamusquina, su reputación se hundiría más rápido que un soufflé mal hecho.

—¿Humo? —repitió Susan—. ¿Me estás diciendo que la colección estrella de Thorne & Mode huele a barbacoa de patio trasero?

—Peor. Huele a plástico quemado y caucho. Los tintoreros dicen que no pueden tocarlos hasta dentro de cuarenta y ocho horas por el riesgo de dañar las fibras químicas. Susan, estamos acabadas.

Susan se sentó lentamente. Su mente, normalmente un ordenador de alta precisión, se quedó en blanco. Necesitaba un milagro químico. O alguien que supiera cómo neutralizar olores orgánicos sin usar productos industriales.

Inconscientemente, su mirada cayó sobre la tarjeta de visita de L'Artiste que aún estaba sobre su escritorio.

Susan sostuvo el teléfono móvil como si fuera una granada de mano. Margot la observaba desde el umbral con una mezcla de curiosidad y terror. La oficina, normalmente un santuario de orden, se sentía ahora como el centro de una crisis de estado.

—No me mires así, Margot. Es una llamada puramente técnica —mintió Susan, marcando el número personal de Jasper que él mismo había grabado en su agenda antes de irse.

El teléfono sonó tres veces. Cuando Jasper respondió, el ruido de fondo de una cocina a pleno rendimiento —el choque de sartenes, los gritos de "¡oído!" y el siseo del vapor— inundó el auricular.

—¿Susan? ¿Ya me echas de menos? —la voz de Jasper era una mezcla de arrogancia y diversión—. ¿O es que el risotto ha dejado alguna mancha persistente en tu cocina de exposición?

Susan cerró los ojos y apretó los dientes, buscando su tono más profesional y gélido.

—Vane, guarde sus fanfarronadas para sus becarios. Tengo un problema. Un problema que involucra seda de alta gama, humo de cortocircuito y una gala mañana por la noche.

—¿Humo? —el tono de Jasper cambió instantáneamente. El ruido de fondo disminuyó; Susan adivinó que se había apartado a su pequeña oficina acristalada—. Cuéntame.

—Hubo un fuego eléctrico en el taller. Los vestidos están intactos pero huelen a... a zona de guerra. Mis tintoreros no se atreven a tocarlos y el aire de la ciudad no va a limpiar fibras de este gramaje en menos de un día. Usted sabe de química, de olores, de... —hizo una pausa, le costaba decir la palabra— de neutralización. Necesito que venga. Ahora.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Susan podía imaginar a Jasper sonriendo, disfrutando de su posición de poder.

—¿Me estás pidiendo ayuda, Susan? ¿A mí, el "cocinero burdo" con delirios de grandeza?

—Le estoy pagando una consultoría de emergencia, Vane. Ponga su precio, pero esté aquí en veinte minutos con lo que sea que use para quitar el olor a pescado de sus cortinas.

—Llegaré en quince —respondió él, ya recuperando su tono audaz—. Pero el precio no va a ser dinero, Susan. Eso ya tengo de sobra gracias a tu amigo Alistair. Prepárame un pase de seguridad. Y dile a tus costureras que espero que no les importe el olor a vinagre de sidra y ozono.

Quince minutos después, Jasper cruzó la recepción de la Madison Avenue. No traía maletines de cuero, sino dos cajas de plástico llenas de frascos de cristal, atomizadores y lo que parecían ser sacos de carbón activo. Vestía de nuevo sus vaqueros y su chaqueta de cuero, y su presencia rompió la estética minimalista del lugar como una pedrada en un estanque.

Susan lo interceptó en el pasillo que llevaba al taller.

—Gracias por venir. Pero una cosa: si le pasa algo a un solo hilo de esa colección, me aseguraré de que la inspección de sanidad encuentre ratas del tamaño de ponis en tu despensa.

Jasper se detuvo frente a ella, bajando un poco la cabeza para quedar a su altura.

—Buenos días para ti también, Susan. Por cierto, te queda muy bien ese traje gris. Casi oculta lo mucho que te temblaba la voz al teléfono. Ahora, apártate. Tenemos una colección que salvar y yo tengo una cena que preparar.

Entraron en el taller. El olor a quemado era, efectivamente, insoportable. Las costureras miraban los vestidos con desesperación. Jasper dejó sus cajas en una mesa de corte y empezó a sacar sus herramientas con la precisión de un alquimista.

—Necesito vaporizadores de mano, agua destilada y que alguien vaya a la floristería de la esquina y compre todo el eucalipto y la lavanda seca que tengan —ordenó Jasper, sin mirar a nadie en particular.

—¿Eucalipto? —Susan arqueó una ceja—. Esto es moda, Vane, no un spa en los Hamptons.

—La seda es una fibra orgánica, Susan. Absorbe el humo como si fuera una esponja. Si le echas químicos industriales ahora, fijarás el olor para siempre. Tenemos que engañar a la fibra. Tenemos que abrir el poro con vapor y luego "lavarlo" con una bruma ácida antes de sellarlo con aceites esenciales. Confía en mí. O vete buscando un buen sastre que sepa coser bajo la lluvia, porque es lo único que vas a lucir mañana.

Susan lo observó mientras él empezaba a mezclar líquidos en un gran bol de acero. Jasper se movía entre los maniquíes con una soltura sorprendente, tratando las telas con una delicadeza que Susan no esperaba de alguien con las manos llenas de cicatrices de cortes y quemaduras. Por un momento, el taller dejó de ser un lugar de moda para convertirse en un laboratorio donde el fuego del ego de ambos empezaba a transformarse en algo parecido a la camaradería.

El taller era un hervidero de actividad inusual. Las costureras, acostumbradas al mando dictatorial de Susan, observaban fascinadas cómo Jasper se movía entre los vestidos con la misma

autoridad que ella, pero con una energía mucho más física. Se había quitado la chaqueta de cuero y la camisa, quedándose en una camiseta interior de tirantes que dejaba ver el juego de sus músculos mientras accionaba los vaporizadores de mano.

—¡Más vapor en el bajo de ese Valentino, Margot! —ordenó Jasper, señalando un diseño de seda carmesí—. La fibra está saturada. Necesitamos que "sude" el alquitrán del humo antes de aplicar la bruma de lavanda.

Susan observaba la escena apoyada contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Se sentía fuera de lugar en su propio reino. Ver a Jasper manipular telas de diez mil dólares con la misma confianza con la que manejaba un costillar de buey le producía una mezcla de irritación y una fascinación que no podía confesar.

—Si ese vestido encoge un solo milímetro, Vane, te haré cocinar para un refugio de perros durante el resto de tu vida —dijo ella, acercándose a él.

Jasper dejó el vaporizador y se limpió el sudor de la frente con el antebrazo. El calor del taller, sumado al vapor constante, había pegado su camiseta a su pecho. Se giró hacia ella con una mirada cargada de desafío y algo más... algo que recordaba demasiado a la noche anterior.

—La seda no va a encoger, Susan. Sé tratar las materias primas delicadas. Lo que pasa es que te mueres de miedo porque, por una vez, no eres la persona más inteligente de la sala —él dio un paso hacia ella, invadiendo su espacio personal. El olor a ozono y eucalipto que lo rodeaba era embriagador—. Admítelo. Estás disfrutando de verme trabajar.

—Disfruto viendo que mi inversión no se va por el desagüe —replicó ella, aunque su respiración se volvió un poco más pesada.

Jasper alargó la mano y, antes de que ella pudiera reaccionar, le acarició el cuello con un dedo humedecido por el vapor. El

contraste del calor de su piel con el aire acondicionado del edificio hizo que Susan soltara un suspiro involuntario.

—Tus empleadas nos están mirando —susurró ella, aunque no se apartó.

—Tus empleadas están demasiado ocupadas intentando salvar tu carrera como para preocuparse de que el cocinero esté a punto de besar a la jefa en medio de un taller lleno de humo —respondió él, bajando la voz hasta que solo ella pudo oírlo—. Por cierto, anoche te dejaste esto en mi mesilla.

Jasper sacó del bolsillo de su pantalón un pequeño anillo de platino que ella solía usar en el dedo índice. Lo sostuvo frente a sus ojos, atrapando la luz del taller.

—Es usted un ladrón de joyas, Vane —dijo ella, tratando de recuperar su tono mordaz.

—Soy un hombre que busca excusas para volver a verte, Susan. Aunque hoy la excusa te la haya servido un cortocircuito.

Susan tomó el anillo, pero Jasper no soltó su mano de inmediato. Se quedaron allí, en medio de la nube de vapor y el aroma a lavanda, rodeados de maniquíes que parecían testigos mudos de un pacto que iba mucho más allá de lo profesional. La tensión sexual era tan tangible como la seda que colgaba a su alrededor; una chispa que amenazaba con provocar un incendio mucho más difícil de apagar que el de la noche anterior.

—Faltan tres vestidos —dijo Jasper, rompiendo el hechizo pero sin apartar la mirada de sus labios—. El principal, el que vas a llevar tú mañana a la gala... ese necesita un tratamiento especial. Tendremos que hacerlo a solas. No quiero que nadie vea el "secreto" de mi técnica.

Susan arqueó una ceja, volviendo a su papel de "Emperatriz", aunque su corazón latía con una fuerza traicionera.

—¿A solas, Vane? ¿En mi probador privado?

—Es el único lugar con la ventilación adecuada para el proceso final —mintió él con una sonrisa descarada—. ¿Tienes miedo de lo que pueda pasar entre alfileres y seda, Susan?

El probador privado de Susan era un santuario de espejos infinitos, moqueta de color crema y una iluminación diseñada para no perdonar ni un solo defecto. Al cerrar la pesada puerta insonorizada, el ruido de las máquinas de coser y el ajetreo del taller desaparecieron, dejando paso a un silencio denso, interrumpido solo por el siseo del último vaporizador que Jasper llevaba en la mano.

El vestido de gala —una obra maestra de seda carmesí con un escote asimétrico y una caída que desafiaba la gravedad— colgaba de un busto de costura en el centro de la habitación.

—Es magnífico —admitió Jasper en un susurro, esta vez sin rastro de burla—. Tiene la misma agresividad que tú, Susan. Es casi una advertencia.

—Es mi mejor trabajo en cinco años —respondió ella, observando cómo Jasper rodeaba la prenda, aplicando una bruma casi invisible de su mezcla secreta. El olor a humo de plástico estaba siendo reemplazado por un aroma sutil a bergamota y algo amaderado—. Si se arruina, no solo pierdo la gala, pierdo la confianza de los inversores.

Jasper terminó su labor y dejó el vaporizador en una mesa auxiliar. Se acercó a Susan, que seguía de pie junto a uno de los espejos. En el reflejo, sus miradas se encontraron. Él estaba manchado, sudado y despeinado; ella, impecable en su traje gris, pero con la máscara de "Emperatriz" ligeramente ladeada.

—Ya no huele a fuego, Susan —dijo él, deteniéndose justo detrás de ella, sin tocarla—. Ahora huele a victoria. Mañana, cuando entres en ese museo, nadie sabrá que hoy estuviste a punto de colapsar. Ese es nuestro secreto.

Susan se giró, quedando atrapada entre el espejo y el pecho de Jasper.

—¿Por qué me ayudas, Vane? ¿Qué es lo que buscas realmente? No me creo que sea por el bien de la moda neoyorquina.

Jasper sonrió y, esta vez, fue una sonrisa honesta, casi vulnerable.

—Busco que me necesites, Susan. Porque yo te necesito a ti. No para cocinar, ni para que me des publicidad. Te necesito para recordarme que hay alguien en esta ciudad tan obsesionado con la perfección como yo. Alguien que no se conforma con lo "aceptable".

Él alargó la mano y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos, un gesto cargado de una ternura que la asustó más que cualquier insulto. Susan cerró los ojos, sintiendo que sus defensas se derretían bajo el calor de su tacto. Por un momento, el odio parecía un concepto lejano y absurdo.

—Tienes que irte —susurró ella, aunque sus manos buscaban instintivamente los bordes de la camiseta de él—. Tienes un servicio que dirigir.

—Lo sé —respondió él, dándole un beso fugaz en la frente antes de apartarse—. Pero recuerda esto: mañana estarás allí arriba, bajo los focos, y todos te adorarán. Pero yo seré el único que sepa cómo sabe tu miedo... y cómo huele tu redención.

Jasper recogió sus cosas y salió del probador con la misma energía huracanada con la que había entrado. Susan se quedó sola, rodeada de espejos que multiplicaban su imagen. Se acercó al vestido carmesí e inhaló profundamente. No había rastro de humo. Solo quedaba el aroma de Jasper, el éxito inminente y la inquietante certeza de que, a partir de ahora, su vida ya no se medía en colecciones, sino en los encuentros fortuitos con un cocinero que le había robado el alma entre plato y plato.

CAPÍTULO 7

La noche de la Gala del Museo Metropolitano no era un evento; era un veredicto. Para Susan Thorne, subir las famosas escaleras del museo bajo el bombardeo de los flashes era como desfilar hacia una guillotina de diamantes. O salías coronada o salías olvidada.

En su suite, el ambiente era de una tensión eléctrica. Tres estilistas trabajaban en su cabello mientras Margot, con un auricular pegado a la oreja, gestionaba las últimas confirmaciones de la prensa. En el centro de la habitación, sobre un maniquí de terciopelo, descansaba el vestido carmesí. Gracias al "milagro" de Jasper, la seda no solo estaba impecable, sino que emitía una fragancia sutil, casi imperceptible, que recordaba a un bosque después de la lluvia.

—Susan, el coche está abajo —anunció Margot, conteniendo el aliento—. Estás... estás increíble. Ese color parece estar vivo.

Susan se miró en el espejo de cuerpo entero. El vestido se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel de sangre y fuego. El escote asimétrico dejaba al descubierto su hombro derecho, el mismo que Jasper había besado apenas veinticuatro horas antes. Se puso los pendientes de diamantes —el par completo esta vez— y sintió un nudo en el estómago que nada tenía que ver con los nervios del desfile.

—¿Alguna noticia de L’Artiste? —preguntó ella, tratando de que su voz sonara casual mientras se aplicaba una última capa de labial rojo.

—Están a reventar, Susan. Me han dicho que el inversor francés, Jean-Luc Moreau, ya está sentado a la mesa. Si a Jean-Luc le gusta la cena, Jasper tendrá financiación para abrir en París y

Londres antes de que acabe el año. Es su noche, igual que es la tuya.

Susan asintió, mirando su reflejo. Debería sentirse satisfecha. Si Jasper conseguía su imperio, quizá la dejaría en paz. Pero la idea de tener un océano de distancia entre ellos le produjo una punzada de vacío que no supo cómo gestionar.

***

Mientras tanto, en el West Village, el aire en la cocina de L'Artiste se podía cortar con un bisturí. Jasper Vane no vestía de gala, pero su chaquetilla blanca estaba tan almidonada que crujía. Sus ojos estaban fijos en un plato de foie gras con reducción de higos que estaba a punto de salir hacia la mesa número cinco.

—¡Si ese plato no llega a la temperatura perfecta, lo tiráis y empezáis de nuevo! —rugió Jasper—. Jean-Luc Moreau no come comida, come prestigio. Y hoy vamos a darle una sobredosis.

Jasper estaba operando a un nivel de intensidad que asustaba incluso a Marcus. Sus movimientos eran frenéticos pero precisos. Sin embargo, cada vez que pasaba junto a la ventana que daba a la calle y veía los coches de lujo pasar en dirección al Uptown, pensaba en Susan. Se preguntaba si el vestido aguantaría el movimiento, si el aroma que él mismo había diseñado para ella la protegería de las críticas, o si ella estaría pensando en él mientras brindaba con champán de mil dólares.

—Chef, el primer plato de Moreau ha vuelto limpio. Ha dicho que la armonía de sabores es... "perturbadoramente perfecta" —informó un camarero, emocionado.

Jasper no sonrió. Sabía que la perfección era un equilibrio precario.

—No celebréis todavía. Falta el plato principal. Y recordad: hoy no cocinamos para un inversor. Cocinamos para demostrar que

Nueva York tiene un nuevo dueño.

Jasper cogió una cuchara, probó una salsa de trufa y, por un instante, cerró los ojos. El sabor le recordó a la piel de Susan en la oscuridad de su ático. Esa era su verdadera inspiración. Ella era la sal y el fuego de su cocina, la resistencia que necesitaba para superarse a sí mismo.

—¡Siguiente comanda! —gritó, con una energía renovada—. ¡Vamos a quemar esta ciudad!

Susan Thorne ascendió las escaleras del Met como si el mundo le perteneciera. El murmullo de la multitud se transformó en un rugido cuando el color carmesí de su vestido captó los focos. Los críticos de moda, que normalmente afilaban sus lenguas como cuchillas, se quedaron mudos por un instante. La seda no solo brillaba; parecía latir.

—¡Susan, aquí! ¡Un giro para Vogue! —gritaban los fotógrafos.

Ella mantuvo su sonrisa de porcelana, pero por dentro sentía una inquietud creciente. Al llegar a la cima de la escalera, se encontró con Alistair Vance, que lucía un esmoquin de terciopelo y sostenía una copa de cristal.

—Querida, has ganado —susurró Alistair al oído de Susan—. Mañana no habrá otra cara en las portadas. Pero dime... ¿es ese el aroma de la redención lo que huelo o simplemente la victoria?

—Es el aroma de la eficiencia, Alistair —respondió ella, aunque su mirada buscó discretamente el reloj de pared del gran vestíbulo. Eran las diez. Jasper debería estar sirviendo el plato principal a Moreau ahora mismo.

Antes de que pudiera entrar en la sala principal, Margot apareció entre la multitud, esquivando celebridades con una expresión de pánico absoluto. Su teléfono vibraba sin parar en su mano.

—Susan, tenemos un problema. No es aquí, es en L'Artiste. He recibido un mensaje de Marcus, el jefe de sala de Jasper. Al parecer, el suministro de gas de la manzana entera acaba de ser cortado por una supuesta fuga... justo cuando Moreau estaba esperando el plato principal.

A Susan se le heló la sangre. Conocía bien los juegos sucios de Manhattan. Un corte de gas en el momento cumbre no era un accidente; era un sabotaje corporativo. Quizás de algún rival celoso o de alguien que quería ver a Jasper humillado frente al inversor más grande de Europa.

***

En la cocina de L'Artiste, el silencio era aterrador. El rugido de los fogones se había extinguido, dejando solo el olor a metal frío y el vapor residual. Jasper estaba de pie frente a la placa de inducción apagada, con los puños apretados sobre la encimera.

—¡Dime que tenemos generadores! —rugió Jasper a Marcus.

—¡Para las luces y los frigoríficos, sí! Pero las cocinas profesionales necesitan el flujo de gas, Jasper. Los técnicos dicen que tardarán tres horas en restablecerlo. Moreau no va a esperar tres horas. Ya está mirando su reloj y ha pedido la cuenta.

Jasper miró a su alrededor. Tenía el filete de buey Wagyu más caro del mundo preparado, pero no tenía fuego para sellarlo. Tenía a su equipo paralizado por el miedo. Y entonces, recordó algo que Susan le dijo una vez en el taller: "Si el sistema falla, tú eres el sistema".

—¡Escuchadme todos! —gritó Jasper, su voz rompiendo la tensión—. No necesitamos gas para crear fuego. Sacad los sopletes de repostería. Todos ellos. Y buscad el alcohol de grado alimenticio del almacén. Vamos a cocinar con la técnica del flambeado directo y piedras calientes del horno de leña que aún conserva algo de calor.

No saldrá un plato perfecto de catálogo, saldrá un plato de supervivencia. ¡Movos!

Jasper cogió un soplete y lo encendió. La llama azul iluminó su rostro sudoroso y decidido. Era una locura. Era peligroso. Pero era la única forma de no morir en la orilla.

A veinte kilómetros de allí, Susan Thorne, la mujer que siempre anteponía su carrera a todo, tomó una decisión que haría que su departamento de relaciones públicas sufriera un síncope.

—Margot, dame mi abrigo —dijo Susan, dándose la vuelta y abandonando la gala justo cuando empezaba la cena de honor.

—¿Qué? ¡Susan, no puedes irte ahora! El alcalde va a dar el discurso de apertura y tú eres la invitada principal.

—Que se lo dé a una de las modelos —replicó Susan, caminando hacia la salida con el vestido carmesí ondeando como una bandera de guerra—. Jasper Vane me salvó la colección ayer. No voy a dejar que un conducto de gas termine con su carrera hoy. Llama al chofer. Vamos al West Village.

El Maserati de Susan chirrió al frenar frente al toldo verde de L'Artiste. Ella bajó del coche antes de que el chofer pudiera siquiera rodear la carrocería. El West Village estaba sumido en una extraña penumbra; las luces de las farolas parpadeaban y el restaurante, iluminado solo por las luces de emergencia y decenas de velas improvisadas, parecía el escenario de una conspiración medieval.

Susan entró como un vendaval carmesí. Los clientes, que ya empezaban a levantarse de sus mesas con murmullos de queja, se quedaron mudos al ver aparecer a la mujer más poderosa de la moda, enjoyada y vestida de gala, en mitad de aquel desastre.

—¡Nadie se mueve de su asiento! —ordenó Susan. Su voz no era un grito, era un comando absoluto que congeló la sala—. El restaurante está experimentando una transición estética. Si quieren

una cena convencional, Nueva York está llena de sitios aburridos. Si quieren presenciar cómo se hace historia, quédense.

Se dirigió directamente a la mesa de Jean-Luc Moreau. El inversor francés la miró con una mezcla de sorpresa y admiración.

—¿Susan Thorne? ¿Qué hace usted aquí? Se supone que está inaugurando la Gala del Met.

—La Gala es solo ropa, Jean-Luc. Esto —señaló hacia la cocina, donde se veían llamaradas azules de los sopletes— es pasión. Me han dicho que usted busca invertir en el próximo gran genio. Un genio no es el que cocina con todo a favor, sino el que crea belleza en mitad de las ruinas. Espere cinco minutos más. Se lo pide mi nombre.

Moreau, intrigado, volvió a sentarse. Susan no se detuvo ahí. Caminó hacia la cocina, esquivando a un camarero que llevaba platos vacíos. Al cruzar el umbral, el calor y el olor a alcohol flambeado la golpearon.

Jasper estaba inclinado sobre una piedra de granito que humeaba, sellando un trozo de buey con la llama de un soplete en cada mano. Tenía la cara manchada de ceniza y la camisa empapada de sudor. Al verla aparecer con aquel vestido espectacular en mitad del humo, se quedó paralizado un segundo.

—¿Susan? ¿Qué demonios haces aquí? Vas a arruinar el vestido —dijo él, aunque sus ojos brillaron con una gratitud feroz.

—El vestido ya cumplió su función, Vane. He ganado tiempo con Moreau, pero tienes exactamente cuatro minutos antes de que su paciencia francesa se agote —Susan se acercó, ignorando el riesgo para su seda carmesí—. ¿Qué necesitas?

—Necesito manos —dijo Jasper, volviendo a la piedra—. Necesito que alguien coloque la guarnición de brotes frescos mientras yo sello la carne. Marcus está fuera intentando que la gente no pida las hojas de reclamaciones.

Susan no lo dudó. Se recogió la larga falda del vestido, enganchándola en su cinturón de oro, y se remangó las mangas invisibles de su autoridad. Cogió unas pinzas de cocina de la encimera de acero.

—Dime dónde van los brotes, Chef —dijo ella, clavando su mirada en la de él.

Fue una imagen surrealista: la directora creativa de Thorne & Mode, con diamantes de un millón de dólares en las orejas, montando platos de alta cocina en una penumbra iluminada por sopletes. Jasper sellaba, ella decoraba. Sus movimientos se sincronizaron sin necesidad de palabras, como si hubieran trabajado juntos toda la vida. El fuego de los sopletes reflejaba destellos rojos en el vestido de Susan, haciendo que pareciera que ella misma era parte de la llama.

—¡Último plato! —gritó Jasper, colocando la última pieza de carne sobre la piedra caliente—. ¡Marcus, llévaselo a Moreau! ¡Ahora!

Jasper y Susan se quedaron jadeando, apoyados contra la mesa de acero mientras veían al camarero salir hacia el salón. El silencio en la cocina se llenó solo con el sonido de sus respiraciones agitadas. Jasper se giró hacia ella, mirando las manchas de salsa y ceniza que ahora decoraban la seda carmesí.

—Has destruido una obra de arte por mí —murmuró él, acercándose y limpiándole una mancha de hollín de la mejilla con el pulgar.

—He salvado mi inversión, Vane —replicó ella, aunque su corazón latía por algo que no tenía nada que ver con los negocios—. No dejes que se enfríe el éxito. Ve ahí fuera y termina el trabajo.

El silencio en el salón de L'Artiste era tan denso que se podía oír el crujido de la piedra caliente bajo el filete de buey. Jean-Luc Moreau cortó un trozo de carne, lo observó bajo la luz de las velas y se lo llevó a la boca. Jasper, de pie en el umbral de la cocina con

Susan a su lado —ella todavía con la falda recogida y el rostro marcado por el esfuerzo—, no se atrevía a parpadear.

Moreau masticó lentamente, cerró los ojos y, finalmente, dejó los cubiertos. Se puso de pie y empezó a aplaudir. Primero fue un sonido solitario, pero pronto el resto de los comensales, contagiados por la energía de Susan y la proeza de Jasper, se unieron en una ovación que sacudió los cimientos del edificio.

—Jasper Vane —dijo Moreau con su marcado acento francés —, me prometieron un cocinero y he encontrado a un guerrero. La imperfección de este plato, el sabor al fuego crudo de la supervivencia... es lo más honesto que he comido en mi vida. Mañana mi abogado te enviará los papeles. París te espera.

Jasper exhaló un aire que parecía haber estado reteniendo toda su vida. Marcus y los demás cocineros estallaron en gritos de alegría, abrazándose entre fogones apagados. Pero Jasper solo tenía ojos para Susan.

—Lo has logrado —susurró ella, sintiendo una extraña mezcla de orgullo y una melancolía repentina. Si Jasper se iba a París, ¿qué quedaba para ellos?

—Lo hemos logrado —corrigió él.

Jasper guio a Susan hacia su oficina privada en la parte trasera, lejos de la euforia del personal y de los clientes que querían estrecharle la mano. Al cerrar la puerta, el estruendo del éxito se volvió un zumbido lejano. La habitación estaba en penumbra, solo iluminada por el resplandor de los carteles de neón de la calle.

Susan se soltó el cinturón, dejando que la falda carmesí cayera de nuevo hasta el suelo. El vestido estaba arruinado: manchas de grasa, hollín y una pequeña quemadura en el bajo. Era el fin de una pieza de museo, pero ella nunca se había sentido tan poderosa.

—¿Sabes cuánto cuesta este vestido, Vane? —preguntó ella, apoyándose contra su escritorio de madera, tratando de recuperar su tono de mando.

—Mucho menos de lo que cuesta el hecho de que dejaras tu gran noche por mí —respondió Jasper. Se acercó a ella, eliminando cualquier espacio de seguridad. Su olor era una mezcla embriagadora de humo, adrenalina y el sándalo de su piel—. Susan, Nueva York es nuestra esta noche. A nadie le importa la Gala del Met. Mañana solo se hablará de cómo la Emperatriz salvó al Artista.

Jasper la tomó por la cintura, atrayéndola hacia él. Susan hundió las manos en su chaquetilla de chef, todavía húmeda por el calor de la cocina. El beso que compartieron no tuvo la urgencia competitiva de la primera vez; fue un reconocimiento, un pacto sellado en la batalla.

—París puede esperar —murmuró Jasper contra sus labios—. Esta noche no quiero ser un genio. Solo quiero ser el hombre que te quite ese vestido arruinado.

Susan sonrió, una sonrisa auténtica que rara vez mostraba al mundo.

—Entonces deja de hablar, Chef. El servicio ha terminado.

Él la levantó y la sentó sobre el escritorio, apartando los planos del restaurante y las facturas con un movimiento brusco. En la penumbra de aquella oficina, rodeados de carpetas y el eco de los aplausos, Susan Thorne comprendió que el éxito más grande no era una portada de revista, sino encontrar a alguien capaz de quemar su mundo para que ella pudiera brillar con luz propia.

CAPÍTULO 8

Si la noche anterior fue un sueño de fuego y gloria, la mañana del viernes fue un despertar de tinta y flashes. Susan Thorne no necesitó abrir los ojos para saber que el mundo se había vuelto loco; el sonido rítmico y constante de las notificaciones de su teléfono, vibrando sobre la mesilla de noche de Jasper, era suficiente.

Se incorporó entre las sábanas oscuras del loft del West Village, sintiendo el peso de la noche en sus músculos. Jasper no estaba en la cama, pero el aroma a café recién hecho y pan tostado flotaba en el aire, mezclándose con el recuerdo del humo de ayer.

Susan cogió su teléfono. Lo que vio la hizo palidecer, aunque fuera solo por un segundo.

La portada del New York Post mostraba una fotografía granulada, pero inconfundible, de ella saliendo de L'Artiste a las tres de la mañana, con el vestido carmesí visiblemente dañado y la mano de Jasper apoyada en su cintura. El titular era una bofetada: "¿LA EMPERATRIZ SE MANCHA LAS MANOS? Susan Thorne abandona la Gala del Met por el Chef del Momento".

—Veo que ya te has enterado de que somos la noticia más importante desde la llegada del hombre a la Luna —dijo Jasper, entrando en el dormitorio con dos tazas de café y una bandeja.

Vestía solo unos pantalones de chándal grises, y el sol de la mañana resaltaba cada tatuaje y cada cicatriz de sus brazos. Se sentó al borde de la cama, ofreciéndole una taza.

—Esto es un desastre, Jasper —sentenció Susan, aunque aceptó el café con gratitud—. Mi junta de accionistas va a pedir mi

cabeza. Abandonar la Gala del Met es un suicidio profesional. Me van a llamar poco profesional, impulsiva... o algo peor.

—Te van a llamar humana, Susan —replicó él, mirándola con una intensidad que la obligó a apartar la vista—. Ayer salvaste mi carrera y, de paso, demostraste que tienes más agallas que todos esos inversores juntos. Jean-Luc Moreau ya ha hecho una declaración diciendo que tu intervención fue "el acto de fe más elegante que ha visto en su vida".

—Jean-Luc es un romántico francés. Mis inversores son tiburones de Wall Street que solo creen en los márgenes de beneficio —Susan dejó la taza y se pasó una mano por el pelo, frustrada—. Margot me ha enviado cincuenta mensajes. El taller está sitiado por la prensa. No puedo ni siquiera ir a mi propia oficina sin que me pregunten si el vestido carmesí es ahora tu nuevo delantal.

Jasper dejó la bandeja a un lado y se acercó a ella, tomándola por la barbilla para que lo mirara.

—Escúchame. Ayer ganamos. Tú y yo. Deja que hablen. Mientras ellos escriben chismes, nosotros estamos construyendo algo que no pueden tocar. Si tu junta de accionistas tiene problemas, que vengan a hablar conmigo. Les prepararé algo que les haga olvidar hasta cómo se llaman.

Susan no pudo evitar soltar una pequeña risa seca.

—No puedes solucionar todos mis problemas con un buen maridaje de vinos, Vane.

—Quizás no, pero puedo asegurarme de que no los enfrentes con el estómago vacío —Jasper le dio un beso rápido en la frente—. Vístete. He pedido a Marcus que traiga un coche con cristales tintados a la puerta de atrás. Vamos a tu oficina. No vas a entrar por la puerta de servicio como si tuvieras algo de lo que avergonzarte. Vas a entrar por la puerta principal, con la cabeza alta, y yo voy a estar a tu lado.

Susan lo miró, debatiéndose entre su necesidad de control y la extraña seguridad que le daba la arrogancia de Jasper.

—Si entras conmigo en la Torre Hearst, Jasper, no habrá vuelta atrás. El mundo asumirá que somos... algo.

—El mundo ya lo asume, Susan. Vamos a darles una razón para que tengan envidia de verdad.

El Maserati de Jasper, un modelo clásico que rugía por la Quinta Avenida, se detuvo frente a la imponente entrada de la Torre Hearst. Como Jasper había predicho, un enjambre de fotógrafos y reporteros rodeaba la puerta giratoria. En cuanto el coche se detuvo, el brillo de los flashes se volvió cegador, rebotando en los cristales tintados.

Susan, que se había puesto un traje de seda azul medianoche con hombreras afiladas y sus inseparables gafas de sol, respiró hondo.

—¿Lista para el foso de los leones? —preguntó Jasper, ajustándose una chaqueta de lino oscuro que, milagrosamente, lo hacía parecer un ejecutivo de riesgo en lugar de un chef de batalla.

—Yo no entro en fosos, Jasper. Yo soy el león —respondió ella, aunque sus dedos se cerraron con fuerza sobre su bolso—. Tú solo limítate a no pegarle a ningún reportero. Tu reputación de hombre temperamental no ayudaría hoy.

Bajaron del coche simultáneamente. El ruido fue ensordecedor. "¡Susan! ¿Es cierto que vas a dejar Thorne & Mode por el restaurante?", "¡Chef Vane! ¿Fue el sabotaje una maniobra de marketing?". Jasper no dijo nada, pero colocó una mano posesiva en la parte baja de la espalda de Susan, guiándola a través del caos con una calma que ella encontró extrañamente reconfortante.

Al llegar a la planta 42, el silencio del despacho era sepulcral, pero cargado de hostilidad. Margot los esperaba con el rostro lívido, señalando la sala de juntas.

—Están todos dentro, Susan. El consejo de administración completo. Y han invitado a Julian Vane... el hermano de Jasper —susurró Margot.

Jasper se tensó al oír el nombre de su hermano. Julian era el lado "limpio" de la familia, un abogado de tiburones corporativos que siempre había visto la pasión de Jasper por la cocina como una excentricidad de clase baja.

Entraron en la sala. Los siete miembros del consejo estaban sentados alrededor de la mesa de caoba, con caras que recordaban a un tribunal de la Inquisición. Julian Vane estaba de pie junto al ventanal, luciendo un traje que costaba más que la renta anual de un apartamento medio en Brooklyn.

—Susan, gracias por honrarnos con tu presencia —dijo Arthur, el accionista mayoritario, un hombre que parecía haber sido tallado en granito—. Y veo que traes contigo la causa de nuestra caída en bolsa de esta mañana.

—Se llama Jasper Vane, Arthur. Y no es una "causa", es el motivo por el cual nuestra colección carmesí no terminó en un vertedero de basura ayer por la mañana —replicó Susan, sentándose en la cabecera de la mesa sin esperar invitación.

Jasper se quedó de pie detrás de ella, cruzado de brazos, su mirada fija en su hermano.

—Susan, querida —intervino Julian con una voz melosa que ocultaba veneno—, el problema no es el rescate de la tela. El problema es la óptica. Abandonar la Gala del Met para cocinar en un callejón del West Village... has convertido una marca de lujo en un drama de tabloide. El mercado no confía en directoras creativas que actúan por impulsos hormonales.

—¿Impulsos hormonales? —Jasper dio un paso adelante, su voz vibrando con una amenaza contenida—. Julian, tú no distinguirías un impulso de una nota a pie de página. Susan tomó

una decisión de lealtad. Algo que en tu bufete probablemente es ilegal.

—Jasper, por favor —lo cortó Julian con desprecio—. Esto es una mesa de adultos. Tu lugar está entre sartenes, no aquí. Susan, el consejo está considerando pedir tu dimisión temporal hasta que el escándalo se enfríe.

Susan se quitó las gafas de sol lentamente. Sus ojos gélidos recorrieron a cada uno de los hombres de la sala. El silencio se volvió tan denso que se podía oír el zumbido del aire acondicionado.

—¿Dimisión? —preguntó ella con una sonrisa que no auguraba nada bueno—. Ustedes creen que Thorne & Mode es este edificio. Creen que son los balances. Pero Thorne & Mode soy yo. Si yo me voy, el nombre se va conmigo. Y les aseguro que el "drama de tabloide" de hoy será una anécdota comparado con el incendio que provocaré si intentan apartarme de mi propia casa.

Julian Vane soltó una risita seca, ajustándose el nudo de su corbata de seda. La mirada que le dirigió a su hermano Jasper estaba cargada de una condescendencia que Susan encontró insoportable.

—Amenazas vacías, Susan —dijo Julian—. El mercado es una bestia que no entiende de lealtades, solo de estabilidad. Y tu asociación con... un hombre de temperamento volátil solo confirma que has perdido el norte.

Jasper se separó de la pared con una parsimonia que hizo que Arthur, el accionista mayoritario, se removiera inquieto en su silla. Jasper no miró a Susan; mantuvo sus ojos fijos en su hermano, pero su voz se proyectó para que todos en la sala la escucharan.

—Habláis de estabilidad —dijo Jasper, apoyando las manos en la mesa de caoba, justo frente a Julian—. Habláis de óptica. Pero a ninguno de vosotros parece importarle que el corte de gas de anoche en el West Village no fue un accidente de mantenimiento.

Un silencio pesado cayó sobre la sala. Susan arqueó una ceja, mirando a Jasper. Él no le había mencionado nada de esto por la mañana.

—¿De qué estás hablando, Jasper? —preguntó Arthur, frunciendo el ceño—. Fue una fuga en la manzana. Salió en las noticias locales.

—Fue una fuga provocada desde la estación de control del edificio contiguo —respondió Jasper, sacando su teléfono y deslizando un documento en la pantalla táctil de la mesa para que todos pudieran verlo—. Mi jefe de seguridad no es un simple portero, es un ex-detective. Anoche, mientras yo cocinaba con sopletes, él estaba revisando las cámaras y los registros digitales. La orden de "inspección de emergencia" vino de una subcontrata que pertenece a un holding muy interesante.

Jasper pulsó la pantalla y apareció un diagrama de empresas. En la base de la pirámide, resaltado en rojo, apareció un nombre que hizo que Julian perdiera el color de su rostro: Vane & Associates.

—Julian —murmuró Jasper con una sonrisa que era puro veneno—, parece que tu bufete tiene un interés muy particular en que el restaurante que iba a firmar con Jean-Luc Moreau fracasara estrepitosamente. O quizás el objetivo no era yo. Quizás el objetivo era que Susan Thorne acudiera al rescate para que hoy pudierais usar esa "impulsividad" como excusa para echarla.

Susan se puso de pie, su figura azul medianoche dominando la estancia. Miró el diagrama y luego a Julian, quien evitaba su mirada frenéticamente.

—Habéis intentado sabotear a un ciudadano de Nueva York y arruinar una gala benéfica internacional solo para quitarme el control de mi empresa —dijo Susan, su voz era un susurro letal—. Eso no es una falta de óptica, Arthur. Eso es un delito federal de conspiración y sabotaje industrial.

—Susan, no saquemos conclusiones precipitadas... —empezó Arthur, cuya mano temblaba ligeramente sobre la mesa.

—Las conclusiones ya están sacadas —intervino Jasper, rodeando la mesa hasta quedar frente a su hermano—. Tienes diez minutos para convencer al consejo de que la dimisión de Susan es una idea estúpida y para asegurarte de que mi restaurante reciba una compensación pública por los "daños técnicos". Si no, este diagrama estará en la mesa del Fiscal del Distrito antes de que cierren los mercados.

Julian miró a Jasper con un odio visceral, pero la derrota estaba escrita en sus ojos. El consejo de administración, viendo que el barco se hundía, empezó a susurrar entre ellos con pánico.

Susan se acercó a Jasper y, por primera vez delante de ellos, puso una mano sobre su brazo. No era un gesto de debilidad, sino de reclamación.

—Fuera de mi vista —ordenó Susan, mirando a Julian y a los consejeros—. La reunión ha terminado. Y Arthur... dile a la prensa que Thorne & Mode va a lanzar una línea exclusiva inspirada en el West Village. Si querían drama, les vamos a dar una temporada completa.

La puerta de roble se cerró tras el último de los consejeros, dejando a Susan y Jasper a solas en la inmensa sala de juntas. Susan se dejó caer en su silla, exhalando un aire que parecía haber estado reteniendo desde que bajó del Maserati. El skyline de Manhattan, impasible tras el cristal, empezaba a teñirse con los tonos dorados del atardecer.

—Tu hermano es una serpiente, Jasper —dijo ella, rompiendo el silencio. Se quitó los tacones bajo la mesa, un gesto de informalidad que jamás habría permitido ante nadie más—. Pero tú eres mucho más peligroso de lo que dejas ver. ¿Por qué no me dijiste lo del sabotaje en el coche?

Jasper se acercó a ella, desanudándose la corbata y arrojándola sobre la mesa de caoba como si fuera un trozo de trapo inútil. Se apoyó en el brazo de la silla de Susan, invadiendo su espacio con esa familiaridad que ya no resultaba ofensiva, sino necesaria.

—Porque quería ver cómo te defendías tú sola, Susan —admitió él, su voz bajando a ese registro grave que le erizaba la piel —. Y porque sabía que si te lo decía, habrías planeado una ejecución pública demasiado limpia. A veces, para tratar con gente como Julian, necesitas que el cuchillo esté un poco oxidado.

Susan lo miró, notando el rastro de cansancio en sus ojos y la tensión que aún habitaba en sus hombros. La "Emperatriz" extendió la mano y, con una suavidad que habría escandalizado a su junta de accionistas, acarició la mejilla de Jasper.

—Me has salvado la vida, Vane. Dos veces en cuarenta y ocho horas. Eso es un récord, incluso para un genio.

—No te he salvado la vida, Susan. He protegido mi inversión —sonrió él, atrapando su mano y besando la palma con una lentitud deliberada—. Nueva York es una ciudad muy aburrida cuando no tengo a nadie con quien pelearme que esté a mi altura.

—Supongo que esto significa que los tabloides tenían razón —murmuró ella, sintiendo cómo la electricidad volvía a fluir entre ambos—. La asociación entre la moda y la cocina es... inevitable.

—Es volátil, es escandalosa y es exactamente lo que ambos necesitábamos —Jasper se inclinó, uniendo su frente a la de ella—. Ahora, vámonos de aquí. Este edificio huele a miedo y a perfume barato de abogado. Tengo una botella de champán en el loft que no ha sido saboteada y un hambre que no se quita con comida.

Susan se levantó, recuperando sus tacones y su bolso, pero esta vez fue ella quien entrelazó sus dedos con los de él. Al salir del despacho, Margot los miró con una mezcla de asombro y alivio.

Susan no se detuvo, pero le lanzó una orden por encima del hombro.

—Margot, cancela todas mis citas de mañana. Y envía una caja de ese carmesí defectuoso al despacho de Julian Vane con una nota que diga: "Aprende a teñir tus mentiras de un color más convincente".

Jasper soltó una carcajada que resonó en el pasillo de mármol mientras la puerta del ascensor se cerraba tras ellos. Habían sobrevivido al escándalo, habían derrotado a la traición y, en el proceso, habían descubierto que la seda y el fuego no solo se mezclan, sino que pueden llegar a consumir la ciudad entera si se lo proponen.

CAPÍTULO 9

Nueva York tiene una memoria corta para las tragedias, pero una retentiva infinita para el morbo. Dos semanas después del incidente del gas y la victoria en la junta, Susan y Jasper se habían convertido en la pareja inevitable de la ciudad. Las revistas de estilo de vida los llamaban "La Alquimia Perfecta", y no había evento que no suplicara su asistencia.

—Si vuelvo a ver una foto nuestra en la sección de sociedad comparándonos con una ensalada de diseño, juro que cancelo mi suscripción a la vida —gruñó Susan, mientras un maquillador le aplicaba una sombra de ojos metalizada.

Estaba en su ático, preparándose para la inauguración de la galería de arte moderno de Chelsea. Jasper, que ya estaba listo y lucía un traje negro de corte italiano —regalo personal de Susan para "civilizarlo"—, bebía una copa de vino tinto mientras observaba el tráfico desde el ventanal.

—Admítelo, Susan. Te encanta que el mundo sepa que el hombre que te quita el sueño también sabe preparar el mejor soufflé del hemisferio norte —respondió Jasper con una sonrisa de suficiencia, reflejada en el cristal—. Además, este traje me queda insultantemente bien. Deberías considerar dedicarte a la moda masculina.

—No me tientes, Vane. Diseñar para hombres es demasiado fácil; solo hay que ocultar sus defectos. En tu caso, necesitaría un taller entero —replicó ella, aunque sus ojos recorrieron con apreciación la línea de sus hombros.

El evento en Chelsea era una trampa de flashes y champán tibio. Al bajar del coche, la coreografía ya era automática: Jasper ponía la mano en su cintura, Susan inclinaba la cabeza con la

distancia justa de una reina, y juntos cruzaban el cordón de seguridad. Dentro, la vanguardia neoyorquina los rodeó como si fueran las obras de arte más valiosas de la sala.

—Es una delicia veros —dijo el dueño de la galería, un hombre con un monóculo que Susan sospechaba que era puramente decorativo—. Susan, tu nueva línea es... trascendental. Y Jasper, mi paladar aún llora por no tener mesa en tu restaurante.

Jasper estaba a punto de soltar una respuesta ingeniosa cuando su expresión se congeló. Susan, que se había vuelto experta en leer las sutiles tensiones de su cuerpo, siguió su mirada hacia la entrada.

Una mujer acababa de entrar. Era alta, de una belleza salvaje y despreocupada, con una melena oscura y alborotada y un vestido lencero que parecía puesto al descuido pero que costaba una fortuna. Se movía con la seguridad de quien conoce todos los rincones de la noche parisina.

—¿Jasper? —la voz de la mujer era profunda, con un marcado acento francés que goteaba nostalgia—. Me dijeron que te habías convertido en el rey de esta isla, pero no esperaba encontrarte tan... domesticado.

Susan sintió una punzada de algo que se negó a llamar celos. Era una alarma profesional. Jasper bajó la copa lentamente, y por primera vez desde que lo conocía, Susan vio un rastro de duda en sus ojos.

—Elena —dijo Jasper, su voz perdiendo su habitual tono mordaz—. ¿Qué haces en Nueva York?

—He vuelto por lo que es mío, chéri —respondió ella, ignorando por completo a Susan y acercándose a Jasper para darle dos besos que rozaron peligrosamente la comisura de sus labios—. Y parece que has estado muy ocupado reemplazando el sabor de París con... seda y diamantes.

Susan dio un paso adelante, recuperando su posición de "Emperatriz".

—Jasper, querido —dijo ella, con una voz tan afilada que podría haber cortado el cristal de las copas—, ¿no vas a presentarme a tu... amiga?

Elena clavó sus ojos oscuros en Susan, recorriéndola de arriba abajo con la insolencia de quien no teme al poder porque ya lo ha poseído. Susan, por su parte, mantuvo la barbilla alta, sosteniendo la mirada con la fijeza de un depredador que protege su territorio.

—Elena es... una vieja colega de mis años en el Le Meurice —dijo Jasper, rompiendo el silencio. Su voz había recuperado la compostura, pero su mano, que seguía en la cintura de Susan, se había tensado—. Susan Thorne, directora creativa de Thorne & Mode. Susan, ella es Elena Roche, la mejor sumiller de Burdeos y, posiblemente, la mujer más problemática de Francia.

—¿Sumiller? —Susan arqueó una ceja, dejando escapar una sonrisa gélida—. Qué fascinante. Un trabajo que consiste básicamente en juzgar el contenido de una botella que alguien más ha llenado. Me recuerda un poco a la crítica de moda, solo que con más resaca.

Elena soltó una carcajada ronca, un sonido que vibró en la sala con una sensualidad que a Susan le resultó irritante.

—Oh, Jasper, no me dijiste que tu nueva conquista era tan... estructurada. Parece uno de esos edificios de la Quinta Avenida: imponente, caro y sin una sola ventana abierta para que corra el aire.

—Susan no es una conquista, Elena —respondió Jasper con una firmeza que hizo que Susan se sintiera secretamente satisfecha —. Es mi socia. En todos los sentidos.

—¿Socia? —Elena dio un paso hacia ellos, ignorando la distancia social—. Recuerdo cuando decías que no necesitabas a

nadie para brillar, Jasper. Recuerdo las noches en el Sena, cuando el vino era barato y el fuego era real, no este espectáculo de luces para la alta sociedad. Has cambiado el aroma del tomillo por el del Chanel número cinco. Me pregunto si tu paladar sigue siendo tan sensible... o si se ha vuelto tan rígido como este vestido de diseño.

Susan sintió cómo la sangre le hervía bajo la seda azul. Elena no solo estaba provocando a Jasper; estaba insultando el mundo que ella había construido.

—El paladar de Jasper está mejor que nunca, querida. Precisamente porque ha aprendido a distinguir entre una aventura de juventud que sabe a vinagre y una relación de madurez que tiene cuerpo, estructura y, sobre todo, futuro.

—El futuro es aburrido, Susan —replicó Elena, volviendo su atención a Jasper—. He venido porque Jean-Luc Moreau me ha pedido que supervise la selección de vinos para tu apertura en París. Parece que vamos a pasar mucho tiempo juntos otra vez, mon loup.

Jasper palideció ligeramente. Jean-Luc no le había mencionado que Elena formaba parte del trato. Susan notó la vacilación en él y supo que Elena no era solo una "colega". Era la mujer que conocía al Jasper antes de la fama, al Jasper que aún tenía hambre de mundo y que no sabía lo que era el miedo al fracaso.

—Qué coincidencia tan... conveniente —dijo Susan, apretando su bolso—. Si me disculpáis, necesito un momento para saludar al artista. Jasper, no tardes. No queremos que la prensa piense que te has quedado atrapado en el pasado.

Susan se dio la vuelta y se alejó con la elegancia de una fragata de guerra, dejando a Jasper a solas con la mujer que acababa de lanzar una granada en mitad de su noche perfecta.

Susan se detuvo frente a una escultura de metal retorcido que no comprendía ni le interesaba, pero que le servía de parapeto perfecto. A través del reflejo del cristal de un cuadro cercano,

observó a Jasper y Elena. No estaban solo hablando; estaban discutiendo con ese lenguaje corporal eléctrico que solo tienen las personas que han compartido sábanas y madrugadas. Elena le puso una mano en el pecho a Jasper, y él, por un segundo que a Susan le pareció una eternidad, no se apartó.

—Parece que el Chef ha encontrado una nota de cata que no esperaba —dijo una voz flemática a su espalda.

Susan no necesitó girarse para saber que era Alistair Vance. El crítico la observaba con una curiosidad maliciosa, disfrutando de la grieta en la armadura de la Emperatriz.

—Es solo ruido de fondo, Alistair —respondió Susan, bebiendo un sorbo de champán que ahora sabía a metal—. Una vieja historia de París que ha olvidado que ya no estamos en el siglo diecinueve.

—Cuidado, Susan. Elena Roche no es solo una "historia". En Europa dicen que ella fue quien le dio a Jasper el refinamiento que le faltaba. Se dice que él ponía el fuego y ella el espíritu. Verlos juntos es como ver un incendio forestal: es hermoso de lejos, pero te quema si te acercas demasiado.

Susan apretó los dientes. No iba a permitir que un crítico gastronómico y una sumiller francesa la hicieran sentir como una invitada en su propia ciudad. Se dio la vuelta, dejando a Alistair con la palabra en la boca, y caminó directamente hacia la pareja.

—Jasper, querido —dijo Susan, irrumpiendo en el círculo de intimidad de Elena y Jasper con una sonrisa que era una declaración de guerra—. Acabo de hablar con el dueño de la galería. Resulta que hay una cena privada después de esto en el Standard y nos esperan.

Elena la miró con una ceja arqueada, su sonrisa lánguida no flaqueó ni un milímetro.

—Oh, Jasper, siempre tan solicitado. Pero me temo que hoy tiene un compromiso previo. Jean-Luc Moreau nos espera en su

hotel para discutir la bodega de París. Negocios, ya sabes. Cosas que no entienden de vestidos ni de horarios de modelos.

Jasper miró a Susan y luego a Elena. Estaba en una posición imposible.

—Susan, tengo que ir. Moreau es el inversor. Si Elena va a ser la sumiller jefe en París, necesito dejar claras las reglas del juego esta noche.

—Las reglas del juego ya están claras, Jasper —dijo Susan, su voz bajando a un susurro letal que solo ellos dos podían oír—. Si te vas con ella ahora, estás aceptando que tu pasado tiene más peso que nuestro presente. Y yo no comparto mi mesa con sombras.

—No seas dramática, Susan. Es trabajo —respondió Jasper, pero había una chispa de irritación en sus ojos por el tono controlador de ella—. Mañana te lo explicaré todo.

—Mañana quizás no me encuentres para escucharlo —replicó ella, dándose la vuelta con una frialdad que heló la sangre de los que estaban cerca.

Susan salió de la galería sin mirar atrás, dejando que los flashes de los fotógrafos captaran su retirada solitaria. Al subir a su coche, el silencio del interior blindado la envolvió como un sudario. Se tocó el cuello, donde el collar de diamantes parecía pesar una tonelada. Había pasado de ser la mujer que salvó al artista a ser la mujer que se sentía desplazada por una francesa con olor a vino y libertad.

Susan entró en su ático con la furia contenida de un huracán. Se arrancó el collar de diamantes y lo lanzó sobre la mesa de cristal, donde el tintineo metálico resonó como un reproche. Se sentía estúpida. Había bajado su guardia, había dejado que un hombre —un cocinero, por muy genio que fuera— se instalara en su cama y en sus pensamientos, solo para que él eligiera el aroma de un pasado francés en cuanto este se presentó en la sala.

—Margot —dijo Susan al teléfono, su voz era un látigo—. Mañana a primera hora quiero el dossier completo de la logística de París. Y cancela la colaboración de catering con L'Artiste para el desfile de la colección cápsula.

—¿Qué? Susan, eso es una declaración de guerra pública —respondió Margot al otro lado, aterrada—. La prensa dirá que habéis roto.

—La prensa dirá lo que yo les dicte que digan. Hazlo. No voy a permitir que mi marca dependa de alguien que no sabe dónde están sus lealtades.

Mientras tanto, en la suite de lujo de Jean-Luc Moreau, Jasper se encontraba en una situación muy distinta a la que esperaba. Al llegar con Elena, descubrió que Moreau no estaba. En su lugar, había una mesa servida para dos con una botella de un Burdeos de 1982 que Jasper reconoció al instante: el vino que compartieron la noche que él ganó su primer concurso en París.

—¿Dónde está Jean-Luc, Elena? —preguntó Jasper, su tono volviéndose gélido.

—Oh, Jean-Luc tuvo un "imprevisto" —dijo ella, deslizándose hacia él y sirviendo dos copas con una elegancia perezosa—. Pero me dejó a cargo de la bodega. Y de ti. Jasper, admite que esa mujer te está asfixiando. Nueva York es una jaula de cristal. París... París es donde perteneces. Conmigo.

Jasper miró la copa de vino y luego a Elena. Recordó la adrenalina de sus años jóvenes, el desorden, la falta de reglas. Pero luego recordó a Susan Thorne en mitad de su cocina a oscuras, con un vestido carmesí de mil dólares y los dedos manchados de brotes frescos, luchando a su lado. Recordó la vulnerabilidad de la "Emperatriz" en la penumbra de su ático.

—Te equivocas, Elena —dijo Jasper, dejando la copa intacta sobre la mesa—. Susan no es una jaula. Ella es el incendio que me

obliga a ser mejor. Lo que tú y yo teníamos era vino barato y promesas vacías. Lo que tengo con ella es real.

Jasper se dio la vuelta para salir, pero Elena soltó una risa mordaz.

—Vete entonces, mon loup. Pero ya conoces a Susan Thorne. Ella no perdona. Para cuando llegues a su puerta, ya habrá puesto cerrojo a su corazón y a su imperio.

Jasper no respondió. Salió de la suite y corrió hacia el ascensor, ignorando los latidos acelerados de su corazón. Sabía que Elena tenía razón en algo: Susan era implacable. Había cruzado una línea al irse de la galería y ahora tendría que luchar por ella con más ferocidad de la que nunca había usado para ganar una estrella.

Cuando llegó al ático de Susan y pulsó el código de seguridad, el panel emitió un pitido rojo. Acceso denegado. Susan había cambiado la clave.

Jasper apoyó la frente contra la puerta fría. El juego había vuelto a empezar, pero esta vez, las reglas las dictaba el dolor.

CAPÍTULO 10

La oficina de Susan Thorne en la Avenida Madison parecía haber bajado cinco grados de temperatura durante la noche. No era el aire acondicionado; era el aura de su dueña. Susan vestía un traje de lana negra de corte militar, cerrado hasta el último botón, y su cabello estaba recogido en un moño tan tirante que acentuaba la palidez de sus pómulos.

—No quiero oír su nombre en este edificio, Margot —dijo Susan, sin levantar la vista de unos bocetos de calzado que estaba tachando con furia—. Si algún proveedor menciona a L'Artiste o al señor Vane, cancelamos el pedido. ¿Ha quedado claro?

Margot asintió, sosteniendo su iPad con manos temblorosas.

—Cristalino, Susan. Pero... Jasper ha llamado siete veces esta mañana. Dice que es una cuestión de logística sobre el desfile de París.

Susan soltó el lápiz y miró a su asistente con ojos que podrían haber congelado el Hudson en pleno agosto.

—Dile que la logística de París ya no le incumbe. He contratado a un servicio de catering francés tradicional. Nada de "experiencias sensoriales" ni de "alquimia". Solo comida que no intente contarme una historia de amor que no existe.

En ese momento, el interfono de la recepción sonó. La voz de la recepcionista se escuchaba distorsionada por el pánico.

—Señora Thorne... lo siento, pero el señor Vane está aquí. Dice que no se va a ir hasta que le devuelva su... ¿sudadera gris?

Susan apretó los puños bajo la mesa. La sudadera. El último rastro de humanidad que quedaba en su apartamento y que ella

había arrojado a una bolsa de basura esa misma mañana, para luego rescatarla y esconderla en el fondo de su armario.

—Dile a seguridad que lo escolten fuera —ordenó Susan.

—Lo han intentado, Susan —respondió la recepcionista—, pero se ha encadenado a la escultura de bronce del vestíbulo. Y ha traído... bueno, ha traído una furgoneta llena de cajas.

Susan se levantó, su paciencia agotada.

—Si quiere un espectáculo, le daré un espectáculo.

Bajó al vestíbulo con la elegancia de una ejecución pública. Al salir del ascensor, se encontró con una escena dantesca: Jasper Vane, luciendo unos vaqueros sucios y su eterna chaqueta de cuero, estaba efectivamente apoyado contra la escultura de la entrada con una calma insultante. A su alrededor, una docena de cajas térmicas de L'Artiste bloqueaban el paso de los modelos y ejecutivos que intentaban entrar al edificio.

—¿Qué significa este circo, Vane? —preguntó Susan, cruzándose de brazos frente a él. La prensa ya estaba empezando a asomarse por las puertas de cristal de la calle.

Jasper se separó de la escultura y caminó hacia ella hasta que la punta de sus botas rozó los Louboutin de Susan.

—Significa que Nueva York no es lo suficientemente grande para que me ignores, Susan. Me cerraste la puerta anoche antes de que pudiera explicarte que Elena es solo una nota al pie de página en una receta que ya he borrado.

—No me interesan tus pies de página ni tus recetas —replicó ella, bajando la voz—. Vete de aquí antes de que llame a la policía.

—No me voy a ir —dijo Jasper, su voz vibrando con esa seguridad que a ella tanto la desarmaba—. He traído el almuerzo para todo tu personal. Cien raciones de coq au vin que tardé ocho horas en preparar. Si quieres echarme, tendrás que hacerlo delante

de cien empleados hambrientos que ahora mismo piensan que soy un santo.

Jasper dio un paso más, invadiendo ese espacio que Susan intentaba proteger con su traje militar.

—Anoche no me fui con ella, Susan. Me fui con la idea de que tú y yo somos mejores que cualquier pasado de París. Pero si necesitas que te lo demuestre delante de toda la Avenida Madison, estoy dispuesto a quedarme aquí hasta que me devuelvas esa sudadera... o hasta que me dejes subir a tu oficina para pedirte perdón como es debido.

Susan sintió el peso de cien miradas curiosas sobre su nuca. El vestíbulo de la Torre Hearst, normalmente un templo de silencio y protocolos, se había convertido en un mercado de especias y tensión sexual. Los empleados de Thorne & Mode fingían revisar sus teléfonos, pero sus orejas estaban sintonizadas a la frecuencia del desastre inminente.

—Sube —dijo Susan, su voz era un susurro gélido que apenas movió sus labios—. Ahora mismo. Y dile a tus hombres que repartan esa comida en el comedor de empleados. Si veo una sola gota de salsa en el mármol del vestíbulo, te haré limpiar este edificio con un cepillo de dientes.

Jasper sonrió con esa suficiencia que ella tanto odiaba, pero asintió a su equipo. Los dos subieron al ascensor privado en un silencio que vibraba como una cuerda de violín a punto de romperse. Susan no lo miró; mantuvo la vista fija en los números de los pisos que ascendían, consciente de que el aroma de Jasper —esa mezcla de cuero, vino tinto y una testosterona agotada por la falta de sueño — estaba reclamando el aire del pequeño cubículo.

Al entrar en el despacho, Susan cerró la puerta y se giró, dispuesta a soltar toda su artillería.

—¿Cómo te atreves? —estalló ella, lanzando su bolso sobre el sofá de cuero—. Has convertido mi oficina en una cafetería de

barrio. ¿Crees que esto es un juego? ¿Crees que puedes ignorarme en una galería, irte con esa... mujer, y luego aparecer aquí con pollo al vino para comprar mi perdón?

—No he venido a comprar nada, Susan —respondió Jasper, manteniendo la calma mientras se desabrochaba la chaqueta de cuero—. Me fui de la galería porque Moreau es el hombre que financia mi futuro en París. Y sí, Elena estaba allí. Y sí, ella intentó que la noche terminara de una forma que tú ya te has imaginado.

—No necesito imaginármelo, Jasper. Conozco el tipo. Ella es París, es libertad, es vino compartido en el Sena. Yo soy... —Susan hizo una pausa, su voz flaqueando por primera vez— yo soy balances, seda rígida y control. No puedes tener ambas cosas.

Jasper acortó la distancia entre ellos en tres zancadas largas. Agarró a Susan por los hombros, obligándola a mirarlo. Sus dedos se hundieron levemente en la lana negra de su traje.

—¿Crees que quiero libertad? —gruñó él—. Me pasé diez años en París siendo libre y estaba muerto de hambre, Susan. No de comida, sino de algo que valiera la pena proteger. Anoche le dije a Elena que se fuera al infierno. Le dije que tú eres el único incendio que quiero apagar.

—Mentiroso —susurró ella, aunque su cuerpo ya se estaba inclinando hacia él, traicionando su propia lógica.

—Pruébame —desafió Jasper—. He estado toda la noche despierto cocinando para tu gente solo para tener una excusa para que me dejaras entrar. ¿Crees que haría eso por una "nota al pie de página"? He venido por mi sudadera, Susan. Y he venido por la mujer que se la puso anoche para dormir porque no podía soportar que yo no estuviera allí.

Susan levantó la mano para golpearlo o para apartarlo, pero terminó aferrándose a las solapas de su camisa. El moño perfecto de su cabello empezó a deshacerse mientras Jasper la atraía hacia sí, uniendo sus frentes.

—Te odio, Vane —murmuró ella, cerrando los ojos.

—Lo sé —respondió él contra sus labios—. Es la parte más honesta de tu vocabulario.

El beso que siguió fue una colisión de rabia, alivio y una necesidad física tan cruda que hizo que los papeles del escritorio de Susan volaran por los aires cuando él la sentó sobre el cristal, apartando todo lo que se interponía entre ellos. La "Emperatriz" había caído, y esta vez, no tenía ninguna intención de levantarse.

El fragor de la discusión se había transformado en una necesidad física desesperada. Sobre el escritorio de cristal, entre bocetos de la próxima temporada y contratos millonarios, Jasper y Susan se buscaban con una urgencia que no entendía de protocolos. Él le quitó la chaqueta del traje militar con una brusquedad que hizo saltar un botón de nácar, mientras ella tiraba de su camiseta con la intención de sentir, por fin, el calor real de su piel.

Jasper se detuvo un segundo, con las manos apoyadas en la cintura de Susan, jadeando. Sus ojos, normalmente cargados de ironía, estaban oscuros, fijos en los de ella.

—¿Sigue siendo un error táctico, Susan? —preguntó él, con la voz rota.

—Es un desastre absoluto —respondió ella, atrayéndolo de nuevo por el cuello para devorar sus labios—. Y cállate de una vez.

En mitad de ese caos de caricias y respiraciones entrecortadas, algo cayó del bolsillo de la chaqueta de Jasper. Un pequeño objeto metálico rodó por el cristal y se detuvo justo bajo la mano de Susan. Ella se separó apenas unos milímetros, bajando la vista.

Era un USB con el logo de un hotel de lujo.

—¿Qué es esto? —preguntó Susan, recuperando un destello de su habitual suspicacia.

Jasper se apartó, sentándose en el borde del escritorio y tratando de recuperar el aliento. Se pasó una mano por el pelo, frustrado.

—Es la razón por la que llegué tarde a tu puerta anoche. Elena no solo quería una copa de vino. Quería venderme información. Jean-Luc Moreau no es el único que quiere invertir en París, Susan. Julian, mi hermano, ha estado moviendo hilos para que el contrato de Moreau tenga una cláusula de exclusividad que me obligaría a dejar Nueva York... y a dejarte a ti.

Susan se incorporó, alisándose la camisa de seda blanca, sintiendo cómo el frío de los negocios volvía a filtrarse en la habitación.

—¿Julian? ¿Otra vez?

—Elena grabó una conversación en la suite mientras yo no estaba —explicó Jasper, señalando el USB—. Ella es una oportunista, Susan. Quería usar esto para chantajearme y que me fuera con ella a Francia. Me dijo que, si aceptaba su oferta, el audio desaparecería. Si no, se lo entregaría a la prensa para decir que yo había intentado sobornar a los inspectores de la guía Michelin.

Susan miró el pequeño dispositivo. Su mente estratégica empezó a trabajar a mil revoluciones por minuto.

—¿Y qué hiciste?

—Le robé el USB del bolso mientras ella pedía otra botella de champán y salí de allí corriendo hacia tu casa. Por eso no respondí al teléfono. Por eso no pude explicarte nada en la galería. Tenía que asegurarme de que esta porquería no llegara a manos de nadie.

Susan guardó el USB en el cajón de su escritorio con llave. La ira que sentía hacia Elena se transformó en algo mucho más constructivo: una determinación letal. Jasper no solo había rechazado a su pasado; había arriesgado su carrera para proteger el futuro de ambos.

—Jasper —dijo ella, acercándose a él y rodeándole el cuello con los brazos, esta vez con una suavidad que lo dejó desarmado—. No sé si eres un héroe o el hombre más imprudente que he conocido en mi vida.

—Soy un hombre que no sabe perder, Susan. Y no voy a permitir que mi hermano o una sumiller despechada decidan cuándo termina nuestra historia.

Ella lo besó, pero esta vez fue un beso lento, cargado de una promesa nueva. La guerra externa seguía allí, pero dentro de esas cuatro paredes, la Emperatriz y el Artista acababan de firmar un tratado que ninguna traición podría romper.

Susan se alejó del escritorio y caminó hacia la puerta de su despacho. Con un movimiento decidido, giró el pestillo de seguridad y bajó las persianas automáticas, sumergiendo la estancia en una penumbra dorada que solo permitía ver las siluetas de los rascacielos a través de las lamas. El rugido de la Avenida Madison se convirtió en un susurro lejano.

Se giró hacia Jasper, que seguía sentado en el borde de la mesa, observándola con una mezcla de sorpresa y adoración salvaje.

—He cancelado París —dijo ella, caminando hacia él con una seguridad que no admitía réplica—. Pero no el desfile. He cancelado al catering francés. Si Julian y Elena creen que pueden dictar el ritmo de mi empresa, es que no me conocen. El desfile de la colección cápsula se hará en el muelle de Chelsea, y tú vas a ser el único que sirva la comida.

Jasper se puso de pie, acortando la distancia.

—Eso es un suicidio logístico, Susan. Faltan cinco días.

—Entonces es mejor que empecemos a trabajar —respondió ella, pasando sus manos por los hombros de Jasper hasta hundir sus dedos en su nuca—. Pero primero, quiero que me demuestres que

ese "incendio" del que hablabas no era solo una frase para impresionar a un crítico.

Jasper la atrajo hacia sí con una mano firme en la base de su espalda, mientras la otra se perdía en su cabello, terminando de deshacer el moño que la mantenía prisionera de su propia imagen.

Los labios de Jasper recorrieron con cuidado la barbilla de ella, lamiendo su cuello y saboreando su boca. El beso fue intenso pero suave, las lenguas se entremezclaron en el interior de su boca, explorando y dominando mientras los dedos de él descendían por su espalda y se detenían en sus nalgas, unos instantes antes de empujar con las manos en su trasero y levantar el cuerpo de ella, obligándola a rodear la cintura de él con una pierna.

Diestramente los dedos de Jasper tiraron de las braguitas bajo su falda, desprendiéndose de ellas antes de rozar la humedad de la entrada de su vagina con el glande, frotándose en el interior de sus piernas sin dejar de besarla.

—Hmm —jadeó ella sobre su boca.

—¿Qué es lo que quieres?

La voz de Jasper sonó ronca, cargada de placer sobre su oído y Susan se estremeció, notando los pezones duros apretados contra el cuerpo de él. Odiaba que hubiera tanta ropa entre ellos en ese momento pero tampoco quería detenerse para desnudarse. Lo quería dentro. Y lo quería ya.

—Fóllame —pidió aunque sonó más a una orden y escuchó como él contenía un instante la respiración antes de soltar una risa baja y cargada de deseo.

—A tus órdenes, mi emperatriz.

Susan notó como el duro y largo miembro de él la penetraba, sintiendo como se deslizaba dentro de ella y rozaba su interior, produciéndole pequeñas descargas de placer que sacudían todo su cuerpo.

Los dedos de él se aferraron a sus caderas y empezó a moverse de manera rítmica, penetrándola intensamente mientras la golpeaba contra el escritorio, cada vez más rápido, más duro y Susan arqueó la espalda, cerrando los ojos incapaz de soportar el placer, ni siquiera cuando los dedos de Jasper se aferraron con fuerza a la piel desnuda de sus caderas bajo el vestido y los dos alcanzaron el clímax, sintiendo como él se corría dentro de ella.

No se dio prisa en soltarla y ella buscó sus labios, besándose casi como una necesidad antes de que él deslizara su pene hacia fuera y diera un paso hacia atrás, mirándola con la respiración agitada.

Durante unos instantes permanecieron así, mirándose hasta que ella sonrió y volvió a salvar el paso que los separaba deslizando una mano hacia la ingle de Jasper.

—No he tenido suficiente —aseguró, deslizando los dedos por la cinturilla del pantalón que Jasper se había arreglado y agarró el flácido pene aún pringoso por el semen de hacía un momento.

Jasper sonrió, inclinando la cabeza para volver a besarla.

—Solucionemos eso.

Las puertas del despacho permanecieron cerradas durante las dos horas siguientes. Dentro, sobre el sofá de terciopelo que Susan solo usaba para recibir a embajadores y magnates, el control se perdió por completo. No hubo estrategias, ni balances, ni recetas perfectas. Solo el lenguaje de la piel contra la piel, el sabor del perdón en cada beso y la certeza de que, aunque el mundo exterior intentara separarlos con intrigas corporativas y pasados ruidosos, allí dentro eran invencibles.

Cuando finalmente el silencio volvió a reinar, Jasper estaba tumbado con la cabeza apoyada en el regazo de Susan, mientras ella le acariciaba el pelo con una distracción casi tierna, mirando hacia el techo.

—Vamos a destruirlos, ¿verdad? —preguntó Jasper con voz ronca.

—No —corrigió Susan, su mirada volviéndose de nuevo afilada y brillante—. Vamos a hacer que nos miren mientras conquistamos el mundo, y eso les dolerá mucho más.

Susan se levantó y empezó a recoger su ropa, recuperando su armadura pieza a pieza. Jasper la observó, sabiendo que la mujer que se estaba abrochando la camisa no era la misma que había entrado en la oficina esa mañana. Ahora tenían un secreto compartido, un USB con veneno puro y una ambición que acababa de multiplicarse.

—Mañana a las siete en el taller, Vane —dijo ella, antes de abrir la puerta y recuperar su máscara de Emperatriz—. Tenemos una colección que presentar y una ciudad que quemar.

Jasper se levantó, se puso su chaqueta de cuero y le dedicó una última sonrisa de lado.

—A sus órdenes, jefa.

CAPÍTULO 11

El muelle 54 de Chelsea era un esqueleto de hierro y hormigón que se adentraba en las aguas gélidas del Hudson. Susan lo había elegido precisamente por eso: era crudo, era real y era imposible de controlar para cualquiera que no fuera ella. Mientras el viento de finales de otoño azotaba la estructura, cientos de trabajadores montaban una pasarela de cristal que parecía flotar sobre el río.

Susan estaba en el centro del caos, con un abrigo de piel sintética negro y unos planos enrollados bajo el brazo. A su lado, Jasper, con una bufanda de lana y las manos manchadas de carbón, supervisaba la instalación de unas cocinas portátiles que funcionarían con leña, evitando así cualquier posible sabotaje del suministro de gas.

—Es una locura, Susan —dijo Jasper, mirando la pasarela—. Si el viento sopla un poco más fuerte, tus modelos van a terminar desfilando en Nueva Jersey.

—Mis modelos saben caminar sobre el agua si yo se lo pido, Vane —replicó ella, aunque sus ojos escaneaban el horizonte con preocupación—. Lo que me preocupa es el menú. Jean-Luc Moreau vendrá, y Julian también. Quiero que la comida sea tan agresiva como la colección. Nada de canapés que se puedan comer sin mancharse los dedos.

—Tengo algo preparado —respondió Jasper, acercándose a ella para protegerla del viento con su propio cuerpo—. Lo llamo "Seda Quemada". Corzo ahumado con esencia de sándalo y una reducción de mora silvestre. Es oscuro, es elegante y deja un rastro persistente. Como tú.

Susan permitió que una pequeña sonrisa asomara a sus labios antes de recuperar su máscara profesional.

—Bien. Porque Margot me ha confirmado que Elena Roche ha estado merodeando por la oficina de aduanas. Está intentando bloquear la importación de los vinos que seleccionaste para el desfile, alegando que no cumplen con los estándares de etiquetado de Nueva York.

Jasper soltó una maldición por lo bajo.

—Esa mujer no sabe cuándo retirarse de la mesa.

—No te preocupes por Elena. He enviado a mi equipo legal a "conversar" con el jefe de aduanas. Pero ten cuidado, Jasper. Ella no va a por mis vinos, va a por tu estabilidad. Quiere que pierdas los nervios antes de que se enciendan los focos.

En ese momento, un coche negro de alta gama se detuvo al principio del muelle. Julian Vane bajó del vehículo, luciendo una sonrisa que no auguraba nada bueno. Caminó por la estructura de madera con una confianza exasperante hasta llegar a donde estaban ellos.

—Vaya, qué entorno tan... post-apocalíptico —dijo Julian, ajustándose sus gafas de sol—. Me sorprende veros aquí, trabajando como obreros. Susan, el consejo de administración está muy inquieto con este cambio de planes de última hora. Dicen que este desfile huele a desesperación.

—Huele a éxito, Julian —replicó Susan, dando un paso adelante—. Algo que tú solo conoces de oídas a través de las facturas que cobras a tus clientes.

—Bueno, he venido a traeros una pequeña noticia —Julian sacó un sobre de su bolsillo—. Elena ha decidido demandar a Jasper por "incumplimiento de contrato de consultoría exclusiva" en París. Según los papeles que ella tiene, Jasper firmó una carta de intención

que le prohíbe trabajar para cualquier otra marca de lujo en un radio de cinco mil kilómetros.

Jasper se quedó inmóvil, mirando a su hermano con un odio frío.

—Yo nunca firmé eso, Julian.

—Quizás no —sonrió Julian—, pero Elena tiene una copia con una firma que se parece mucho a la tuya. Y hasta que un juez decida si es auténtica, Jasper no puede cocinar en este desfile. Si lo hace, Susan, tu empresa será cómplice de un fraude contractual.

Susan tomó el sobre de las manos de Julian con una lentitud insultante, como si temiera contagiarse de algo vulgar. No lo abrió; simplemente lo sostuvo entre dos dedos mientras una sonrisa gélida, casi imperceptible, curvaba sus labios. Jasper, a su lado, tenía los puños tan apretados que los nudillos le blanqueaban.

—Una carta de intención, Julian. Qué nostálgico —dijo Susan —. Me recuerda a los trucos que usaban los directores de marketing de los años noventa cuando se quedaban sin ideas. ¿De verdad crees que un pedazo de papel falsificado en una suite de hotel va a detener mi producción?

—No es una falsificación si un perito no lo dice, Susan — replicó Julian, imperturbable—. Y para cuando el perito hable, el desfile habrá terminado, los inversores se habrán retirado y tú estarás buscando un nuevo chef para tus eventos de beneficencia.

Jasper dio un paso adelante, su sombra cubriendo a su hermano.

—¿Cuánto te ha pagado ella, Julian? ¿O es que simplemente disfrutas viendo cómo intento construir algo fuera de tu control?

—Elena es una mujer precavida, hermanito. Solo protege sus intereses —Julian se encogió de hombros y se giró para irse—. Disfrutad del viento. Va a ser una noche muy larga.

Cuando el coche de Julian desapareció de la vista, Jasper golpeó una de las vigas de hierro del muelle con la palma de la mano. El sonido metálico resonó por toda la estructura.

—Maldita sea, Susan. Si cocino y nos demandan, pondré en riesgo tu colección. Esa loca tiene la firma que hice en el recibo de una bodega de Burdeos hace tres años, puede haberla escaneado y...

—Cállate, Jasper —lo cortó Susan. No estaba asustada; estaba concentrada. Se giró hacia Margot, que observaba la escena desde unos metros—. Margot, tráeme el portátil y el USB que guardamos bajo llave ayer.

Se sentaron en la pequeña oficina improvisada dentro de un contenedor de carga acondicionado para el equipo de producción. Susan conectó el dispositivo y el audio de la suite de Elena empezó a reproducirse. La voz de Elena era clara, siseante, llena de una autoconfianza que ahora resultaba patética.

"... Julian ya tiene el documento listo, Jasper. Si no firmas la exclusividad ahora, él registrará la carta que ya hemos preparado con tu firma digital. Nadie creerá que es falsa una vez que las acciones de Thorne & Mode empiecen a caer por el escándalo..."

Jasper soltó un suspiro de alivio, pero Susan seguía seria, analizando las ondas de sonido en la pantalla.

—Esto no es suficiente para un juicio rápido, pero es suficiente para destruir la reputación de Julian en la Asociación de Abogados de Nueva York —murmuró Susan—. Sin embargo, no vamos a usarlo todavía. Quiero que Julian y Elena crean que han ganado. Quiero que se sientan seguros.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Jasper, mirándola con una mezcla de cautela y fascinación.

—Tú no vas a cocinar como "Jasper Vane", el chef contratado —dijo ella, cerrando el portátil de un golpe—. Vas a cocinar como mi

socio personal. Vamos a cambiar el contrato de catering por un acta de copropiedad de la experiencia del evento. Si eres el dueño de la marca que presenta la comida, ninguna cláusula de exclusividad de consultoría puede tocarte. Eres el anfitrión, no el empleado.

—Eso significa que nuestras empresas estarán legalmente fusionadas para este desfile —Jasper arqueó una ceja—. Es un movimiento arriesgado, incluso para ti.

Susan se levantó y se acercó a él, rodeando su cuello con los dedos.

—Anoche dijiste que no sabías perder, Vane. Pues yo tampoco. Y si para ganar tengo que atar mi imperio al tuyo, que así sea. Pero prepárate: si el "Seda Quemada" no es perfecto, te pediré el divorcio profesional antes del postre.

La noche anterior al desfile, el Muelle 54 era un laberinto de generadores zumbantes y luces de trabajo que proyectaban sombras alargadas sobre el agua negra del Hudson. El equipo de producción se había marchado a las dos de la mañana, dejando una calma tensa y gélida. Susan estaba sentada en un taburete de metal junto a la pasarela de cristal, observando cómo la luna se reflejaba en la superficie pulida que mañana pisarían sus modelos.

Llevaba una manta de lana sobre los hombros y sostenía un termo con té, pero sus ojos estaban fijos en el vacío, repasando mentalmente cada costura, cada luz y cada posible fallo legal.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Jasper, emergiendo de la oscuridad de la cocina improvisada—. Tienes esa mirada de general que espera el ataque al amanecer.

Se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra la estructura de la pasarela, justo a los pies de Susan. Se había quitado el delantal y olía a humo de leña y a la brisa salada del río.

—No puedo dormir, Jasper —admitió ella, su voz perdiendo por un momento su autoridad—. Si Julian logra que un juez bloquee

el evento mañana a mediodía, no solo perderé la colección. Perderé el respeto de la industria. Dirán que la "Emperatriz" se dejó cegar por un cocinero y que arrastró su imperio al muelle para hundirlo.

Jasper estiró la mano y apretó suavemente el tobillo de Susan, un gesto de anclaje en mitad de la tormenta de sus pensamientos.

—Nadie va a decir eso. Porque mañana, cuando vean lo que hemos construido, van a estar demasiado ocupados intentando procesar la belleza para poder articular una crítica. Julian y Elena son parásitos, Susan. Viven del talento de los demás. Nosotros... nosotros somos los que creamos el mundo que ellos intentan robar.

Susan bajó la vista hacia él. En la penumbra, Jasper parecía más joven, menos cínico.

—¿Alguna vez tienes miedo de que esto sea demasiado? —preguntó ella en un susurro—. De que Nueva York nos devore por intentar ser más grandes que la propia ciudad?

Jasper se levantó y se colocó entre las piernas de Susan, obligándola a mirarlo de frente. Tomó el termo de sus manos y lo dejó a un lado.

—Nueva York ya nos ha devorado, Susan. Pero nos ha escupido porque somos demasiado difíciles de digerir. Mañana no es solo un desfile o una cena. Es la prueba de que no necesitamos sus reglas para ganar.

Él le acarició la cara con las manos frías, y ella se inclinó hacia su contacto, cerrando los ojos. Por un momento, el muelle, los abogados, la falsificación de la firma y la envidia de Elena desaparecieron. Solo quedaba el sonido del agua golpeando los pilares y el calor de Jasper.

—Prométeme una cosa —dijo Susan, abriendo los ojos, que brillaban con una mezcla de cansancio y determinación—. Si todo sale mal, si mañana este muelle se convierte en mi Waterloo...

prométeme que no te arrepentirás de haberte cruzado en mi camino aquella noche de lluvia.

Jasper sonrió de esa forma lenta que siempre lograba desarmarla.

—Susan, me arrepentiría más de un plato sin sal que de haberte conocido. Pero no va a salir mal. Mañana, la "Seda Quemada" y tu carmesí van a hacer que este río arda.

Se quedaron allí, abrazados bajo la estructura de hierro, dos figuras solitarias desafiando al skyline de Manhattan, ajenos a que, a pocos kilómetros de allí, en un hotel de lujo, Julian y Elena terminaban de pulir su último y más sucio movimiento para la mañana siguiente.

El amanecer sobre el Hudson no trajo calidez, sino una luz grisácea y afilada que recortaba las siluetas de los rascacielos como cuchillas. A las siete de la mañana, el Muelle 54 ya era una colmena. El sonido de los martillos neumáticos se mezclaba con las órdenes de los regidores y el siseo de las cafeteras industriales. Susan, tras apenas haber dormido un par de horas en el contenedor, ya estaba en pie, con una gabardina de cuero negro y un café solo que era más veneno que bebida.

—¡Están aquí! —gritó Margot, corriendo por la pasarela de cristal con la cara descompuesta—. ¡Susan, los abogados de Julian están en la entrada con la policía!

Susan no corrió. Caminó con la parsimonia de quien sabe que tiene un as en la manga, ajustándose sus gafas de sol oscuras. Jasper salió de la zona de cocinas, limpiándose las manos en un trapo de cocina, con una mirada cargada de una furia gélida.

En el control de acceso del muelle, Julian Vane lucía un traje impecable y una sonrisa de triunfo, flanqueado por dos hombres con maletines de cuero y un oficial de policía que parecía visiblemente incómodo.

—Buenos días, Susan. Qué mañana tan gris para un fracaso tan público —dijo Julian, extendiendo un documento—. Aquí tienes la orden judicial preliminar. Cese de actividad inmediato para cualquier servicio relacionado con la marca de Jasper Vane por presunto fraude contractual. Agente, proceda.

El oficial dio un paso adelante, pero Susan levantó una mano, deteniéndolo con la sola fuerza de su presencia.

—Un momento, oficial —dijo Susan, sacando de su carpeta un fajo de documentos frescos, aún calientes de la impresora—. Julian, siempre has sido un abogado mediocre porque solo lees los contratos que tú mismo redactas.

Julian frunció el ceño.

—La orden es clara, Susan. Jasper no puede trabajar para ti.

—Y no lo está haciendo —replicó ella, entregándole los papeles al policía—. Estos documentos, registrados de forma electrónica a las cuatro de esta madrugada, certifican que el desfile "Seda Quemada" es una coproducción de una nueva entidad legal: Thorne & Vane Experiences. Jasper no es un empleado, ni un consultor. Es el copropietario de la propiedad intelectual del evento. Su contrato de exclusividad en París se refiere a servicios de consultoría externa, no a la gestión de sus propios activos empresariales como socio fundador.

Julian arrebató los papeles de las manos del oficial, sus ojos escaneando las cláusulas con una desesperación creciente. Su rostro pasó del blanco al rojo en cuestión de segundos.

—Esto es una estratagema legal barata, Susan. ¡No puedes fusionar marcas de la noche a la mañana!

—Se llama eficiencia, Julian. Algo que deberías aprender —sentenció Susan—. Oficial, si no hay más impedimentos, tenemos una colección que presentar. Y Julian... si vuelves a pisar este muelle

sin una invitación, te haré procesar por acoso y obstrucción a la justicia con el mismo USB que tengo guardado en mi caja fuerte.

Julian dio un paso atrás, derrotado pero con el odio ardiendo en sus ojos.

—Esto no ha terminado, Susan. Elena aún tiene cartas que jugar.

—Que juegue al póker si quiere —dijo Jasper, apoyando una mano en el hombro de Susan con un gesto de dominio absoluto—. Pero aquí, en este muelle, la casa siempre gana.

Susan se dio la vuelta, ignorando los gritos de Julian, y miró a Jasper. Por un breve segundo, tras sus gafas de sol, sus ojos se encontraron con una complicidad que quemaba más que el café. La batalla legal estaba ganada, pero el desfile estaba a punto de empezar, y el mundo entero estaba mirando.

CAPÍTULO 12

A las ocho de la tarde, el Muelle 54 ya no parecía un sitio de construcción; parecía un altar al lujo industrial. Las luces de los rascacielos se reflejaban en la pasarela de cristal, creando la ilusión de que el camino de las modelos terminaba directamente en las profundidades del Hudson. El aire estaba cargado de una fragancia que Jasper había diseñado personalmente: una bruma de incienso, salitre y bayas de enebro que salía de unos quemadores ocultos bajo la estructura.

La élite de Manhattan —desde editoras de revistas con ojos de halcón hasta inversores con trajes de tres mil dólares— caminaba por el muelle con una mezcla de excitación y desconcierto. No había sillas de terciopelo. La gente esperaba de pie, rodeando estaciones de cocina de hierro forjado donde el fuego de leña ya empezaba a crepitar.

—Susan, esto es una apuesta de todo o nada —susurró Margot, ajustándole la solapa a su jefa entre bambalinas—. Si las modelos tropiezan con el viento o si la comida no llega a tiempo, seremos el hazmerreír de la temporada.

Susan, vestida con un traje de cuero negro tan ajustado que parecía esculpido sobre su cuerpo, no apartaba la vista de los monitores de seguridad.

—Margot, Nueva York no perdona el aburrimiento, pero adora el riesgo. Hoy no solo vendemos ropa; vendemos el hambre de ser mejores. ¿Dónde está Jasper?

—En su estación. Jean-Luc Moreau acaba de llegar y se ha sentado en la zona VIP. Julian y Elena también están aquí, Susan. En la tercera fila, a la izquierda. Elena lleva un vestido rojo que parece un grito de auxilio.

Susan esbozó una sonrisa letal.

—Déjalos que miren. Que vean cómo se desvanece su mundo.

En la pasarela, la música empezó a sonar: un ritmo industrial, profundo y constante, que imitaba el latido de un corazón metálico. Las luces blancas se apagaron, dejando solo el resplandor de los fogones de Jasper. Entonces, la primera modelo apareció. Llevaba un vestido de seda carmesí que parecía flotar, pero lo que dejó a todos boquiabiertos fue que, al pasar junto a la primera estación de cocina, Jasper no se limitó a cocinar.

Con un movimiento fluido, Jasper extendió un pequeño soplete de mano y "quemó" el aire justo antes de que la modelo pasara, creando una cortina de chispas doradas que iluminó el tejido. Al mismo tiempo, un camarero entregó a los invitados más cercanos una pequeña lámina de corzo ahumado sobre una base de seda comestible.

El efecto fue hipnótico. La moda se podía oler, se podía saborear y se podía sentir en el calor del fuego.

Jasper, en el centro de la acción, manejaba los cuchillos y el fuego con una coreografía que nada tenía que envidiar a las modelos. Sus ojos se encontraron con los de Susan, que observaba desde la sombra del túnel de salida. No había palabras, pero el mensaje era claro: Lo estamos haciendo.

Sin embargo, en la tercera fila, Elena Roche no estaba aplaudiendo. Sostenía una copa de vino con una mano temblorosa de rabia y buscaba en su bolso algo que no era precisamente un lápiz de labios. Miró a Julian y le hizo una señal. El sabotaje legal había fallado, pero ella tenía un plan mucho más directo para arruinar el momento cumbre de Jasper.

El desfile avanzaba como una maquinaria de precisión suiza. La colección "Seda Quemada" estaba resultando ser el mayor triunfo de la carrera de Susan: abrigos estructurados que parecían fundirse

con la piel y vestidos que capturaban la luz como ascuas agonizantes. Cada vez que una modelo cruzaba la zona de Jasper, el público soltaba un suspiro colectivo. La sinestesia entre el sabor del corzo ahumado y el movimiento de las telas estaba creando una euforia casi religiosa.

Susan, desde los monitores, sentía que por fin respiraba. Pero su instinto, ese radar que la había mantenido en la cima durante años, detectó un movimiento errático en la zona VIP.

Elena Roche se había levantado de su asiento. No caminaba hacia la salida, sino hacia uno de los grandes quemadores de incienso y salitre que Jasper utilizaba para ambientar el muelle. En su mano, oculto entre los pliegues de su chal, llevaba un frasco de acelerante industrial que había conseguido colar bajo la apariencia de perfume.

—Margot, seguridad a la zona VIP tres. Ahora —ordenó Susan por el pinganillo, su voz era un látigo de urgencia.

Pero era tarde. Elena, aprovechando un cambio de luces que dejó esa zona en una penumbra momentánea, vertió el contenido del frasco sobre el quemador de leña.

El efecto fue inmediato y aterrador. Una llamarada azul y violácea surgió del quemador, elevándose tres metros hacia el techo de vigas de hierro del muelle. El humo blanco y aromático de Jasper se transformó en una columna negra y asfixiante que empezó a lamer las estructuras de madera seca.

—¡Fuego! —gritó alguien en las filas traseras.

El pánico, esa bestia que Susan tanto temía, empezó a despertar. La música industrial siguió sonando, pero los invitados ya estaban en pie, empujándose para alejarse de la llamarada. Jasper, que estaba a escasos metros emplatando la última secuencia, reaccionó antes que nadie. Cogió una de las mantas térmicas pesadas que usaban para cubrir las estaciones y, sin dudarlo, se lanzó hacia el foco del incendio.

—¡Jasper, no! —gritó Susan, saliendo de bambalinas a la carrera, olvidando por completo la etiqueta y las cámaras.

Susan llegó a la pasarela justo cuando Jasper lograba sofocar la llamarada con la manta, pero el esfuerzo le costó una ráfaga de calor que le quemó la parte superior de la chaquetilla de chef. Él retrocedió, tosiendo, mientras el humo negro empezaba a disiparse, revelando a una Elena Roche petrificada por la magnitud de lo que había hecho.

El silencio que siguió fue absoluto. Cientos de ojos pasaban de la llamarada extinguida a Jasper, y de Jasper a Susan, que estaba en mitad de la pasarela, con el rostro desencajado por el miedo a perderlo.

Fue entonces cuando Susan Thorne demostró por qué era la dueña de la ciudad. Se colocó al lado de Jasper, le puso una mano firme en el hombro y miró a la multitud, y a las cámaras de televisión que seguían grabando.

—Como han podido observar —dijo Susan, su voz proyectándose con una claridad asombrosa—, el concepto de "Seda Quemada" es literal. En Thorne & Vane, no solo jugamos con el fuego; lo dominamos. El espectáculo continúa. Jasper, el siguiente plato, por favor.

El público, confundido pero hipnotizado por la audacia de Susan, empezó a aplaudir tímidamente, pensando que todo había sido una maniobra de marketing extremadamente arriesgada. Pero Susan, mientras mantenía la sonrisa, le susurró a Jasper:

—Dime que estás bien, o juro que la mato aquí mismo.

El desfile terminó con un estruendo de aplausos que ahogó incluso el sonido de las sirenas de los bomberos que llegaban al exterior del muelle. Las modelos hicieron el carrusel final caminando sobre el cristal, mientras el aroma a sándalo volvía a dominar el ambiente, ocultando el rastro del acelerante. Para el mundo, Susan

Thorne acababa de inventar el "performance" definitivo. Para ella, el mundo acababa de romperse un poco más.

En cuanto la última modelo desapareció tras el telón, Susan arrastró a Jasper hacia la zona de descanso privada.

—¡Botiquín, ahora! —gritó Susan a una Margot que parecía haber envejecido diez años en diez minutos.

Jasper se sentó en un baúl de transporte, respirando con dificultad. Su brazo izquierdo, desde el codo hasta la muñeca, presentaba una quemadura roja y brillante donde la tela de la chaquetilla se había derretido. Él intentó sonreír, pero el gesto se convirtió en una mueca de dolor.

—Ha sido un buen golpe de efecto, jefa —consiguió decir Jasper—. Mañana las acciones de Thorne & Vane van a llegar a Marte.

—Cállate, idiota —respondió Susan. Sus manos, siempre tan seguras, temblaban mientras aplicaba una gasa con agua fría sobre la piel quemada de Jasper—. Podrías haber muerto. Todo este muelle podría haber ardido contigo dentro.

—Pero no lo hizo. Porque tú mantuviste a la gente en sus asientos. Eres una psicópata brillante, Susan.

Mientras Margot aplicaba una pomada regeneradora, la puerta del contenedor se abrió de golpe. Dos agentes de seguridad privada de la firma traían a Elena Roche del brazo. La sumiller francesa ya no tenía rastro de su elegancia parisina; su vestido lencero estaba manchado y su rostro desencajado por una mezcla de terror y odio puro.

Susan se levantó lentamente. El miedo que había sentido por Jasper se transformó en una calma gélida y mortífera. Se acercó a Elena hasta que sus narices casi se tocaron.

—Has intentado quemar mi imperio —dijo Susan, su voz era un susurro que cortaba como una cuchilla—. Has intentado matar al

hombre que amo en mi propia pasarela.

Jasper levantó la vista al oír esas palabras —"el hombre que amo"—, pero Susan no se distrajo.

—No voy a llamar a la policía, Elena. Eso sería demasiado fácil. Mañana, cada bodega, cada restaurante y cada inversor desde aquí hasta Burdeos recibirá el vídeo de las cámaras de seguridad que muestra exactamente lo que has hecho. Te convertirás en una paria. No podrás ni servir agua en un comedor escolar sin que alguien te reconozca como la mujer que intentó provocar una masacre por un ataque de celos.

—¡Jasper, dile algo! —chilló Elena, mirando desesperada al chef.

Jasper la miró con una frialdad que no dejaba lugar a la nostalgia.

—París se ha terminado para ti, Elena. Y Nueva York nunca te perteneció. Sáquenla de aquí. No quiero volver a oler su perfume barato nunca más.

Cuando los guardias se llevaron a Elena, Susan se dejó caer de nuevo al lado de Jasper. La tensión de las últimas horas la golpeó de repente. Apoyó la frente en el hombro no herido de Jasper y cerró los ojos.

—Dime que es verdad —murmuró Jasper, rodeándola con su brazo sano.

—¿El qué?

—Lo que le has dicho a esa loca. Que me amas.

Susan guardó silencio un segundo, escuchando el latido del corazón de Jasper.

—Espero que el éxito no te haya dañado el oído, Vane. No pienso repetirlo hasta que estemos en un lugar que no huela a corzo ahumado.

***

El ático de Susan nunca se había sentido tan silencioso. Tras el caos del muelle, el estruendo de las sirenas y el asedio de la prensa, el aire purificado de su hogar era casi irreal. Jasper estaba sentado en la inmensa cama de Susan, con el torso desnudo y el brazo vendado con profesionalidad. Ella, ya sin su armadura de cuero, vestía solo una bata de seda negra, sentada a su lado con un vaso de whisky que ambos compartían.

—Nueva York está ardiendo en redes sociales, Jasper —dijo Susan, mirando la pantalla de su teléfono por última vez antes de arrojarlo lejos—. Alistair Vance acaba de publicar que el desfile ha sido "el bautismo de fuego de una nueva era". Jean-Luc Moreau ha enviado un contrato en blanco para la expansión europea. Hemos ganado.

Jasper soltó un suspiro largo, recostando la cabeza en el respaldo de la cama. El dolor de la quemadura era un latido constante, pero la presencia de Susan lo mitigaba mejor que cualquier fármaco.

—Hemos ganado —repitió él—. Pero casi perdemos lo único que importaba. Susan... lo que dijiste en el muelle...

Ella dejó el vaso de whisky en la mesilla y se giró hacia él. Sus ojos, normalmente gélidos y calculadores, estaban húmedos y cansados.

—Lo dije porque lo sentí, Vane. Porque cuando vi esa llamarada, mi imperio me importó un bledo. Solo pensaba en que no podía volver a este apartamento y que tú no estuvieras aquí para quejarte de mi falta de ingredientes en la nevera.

Jasper extendió su mano sana y la atrajo hacia sí. Susan se acomodó con cuidado en su pecho, evitando rozar el brazo herido.

—La "Emperatriz" tiene corazón —susurró él, besando su frente—. Quién lo hubiera dicho.

—No te acostumbres —replicó ella, aunque se aferró a él con una fuerza que desmentía sus palabras—. Mañana volveré a ser implacable. Mañana Julian intentará una nueva maniobra y tendremos que lidiar con las repercusiones de haber arruinado la vida de Elena.

—Mañana —dijo Jasper, cerrando los ojos—. Pero esta noche solo somos tú y yo. Y este silencio que tanto nos ha costado conseguir.

Las luces de Manhattan, a través del inmenso ventanal, parecían una alfombra de diamantes extendida solo para ellos. En la penumbra de la habitación, las puertas se cerraron simbólicamente a todo el ruido exterior. El éxito era dulce, pero el calor de sus cuerpos, el alivio de la supervivencia y la confesión que aún flotaba en el aire eran el verdadero triunfo.

Jasper apagó la luz de la mesilla, dejando que la penumbra los envolviera. En ese momento, no eran socios, ni rivales, ni leyendas de la ciudad. Eran simplemente dos personas que habían encontrado el orden en el caos del otro.

CAPÍTULO 13

El jet privado de Jean-Luc Moreau cortaba las nubes sobre el Atlántico con una estabilidad insultante. Dentro de la cabina, el lujo era silencioso: madera de nogal, cuero color crema y el aroma de un café que Jasper había insistido en preparar él mismo. Susan estaba sentada frente a él, sepultada bajo una montaña de informes financieros y muestras de seda para la nueva línea que pensaban lanzar en la capital francesa.

—París no es Nueva York, Susan —dijo Jasper, rompiendo el silencio mientras le servía una taza—. Allí no les impresiona el tamaño de tu edificio ni la agresividad de tu marketing. Allí lo que importa es el linaje. Y nosotros somos, para ellos, dos bárbaros que acaban de saquear el Louvre.

Susan levantó la vista, ajustándose sus gafas de lectura.

—Los bárbaros ganaron porque tenían mejores armas, Jasper. Nuestra arma es que no tenemos miedo a romper las reglas. Jean-Luc nos ha dado carta blanca para el local en la Rue du Faubourg Saint-Honoré. Si conseguimos que el consejo de administración de Moreau Luxury firme el contrato de exclusividad mañana, habremos ganado Europa.

—El consejo de Moreau es un nido de aristócratas que creen que la cocina moderna terminó con la muerte de Escoffier —Jasper se sentó frente a ella, estirando sus largas piernas—. Y no olvides a Julian. Mi hermano no se ha quedado en Nueva York lamiéndose las heridas. Ha volado a París hace dos días. Margot dice que ha estado cenando con los miembros más conservadores del consejo.

Susan cerró su ordenador con un golpe seco.

—Julian es una molestia, no una amenaza. Lo que me preocupa es tu brazo.

Jasper miró el vendaje más pequeño que ahora cubría su quemadura. La piel estaba cicatrizando, pero el recuerdo de la llamarada seguía vivo en su mirada.

—Estaré listo para cocinar en la cena de presentación, Susan. Mis manos son lo único que esos viejos respetarán. Si puedo hacer que se traguen su orgullo junto con mi poularde en vessie, el contrato será nuestro.

El avión empezó su descenso hacia Le Bourget. A través de la ventanilla, las luces de París empezaron a parpadear como un collar de perlas abandonado sobre una alfombra de terciopelo oscuro. Susan sintió una punzada de nerviosismo, algo que rara vez admitía. París era el hogar de Jasper, el lugar donde se curtió, donde amó a Elena y donde aprendió a ser el hombre que la había desarmado en Nueva York.

—¿Te sientes extraña al volver? —preguntó ella, bajando la voz.

Jasper miró hacia la ciudad luz y luego a Susan. Se inclinó sobre la mesa y le tomó la mano, entrelazando sus dedos con una firmeza que ella agradeció internamente.

—Me siento como un hombre que vuelve a un campo de batalla que ya ganó una vez. Pero esta vez tengo una reina a mi lado. París no sabe lo que le espera, Susan.

Al aterrizar, un coche negro los esperaba a pie de pista. El aire de París era más frío, más húmedo y cargado de ese olor a historia y pan recién horneado que Jasper tanto echaba de menos. Pero al llegar al hotel, el Hôtel de Crillon, una sorpresa desagradable los aguardaba en la recepción.

Sobre el mostrador de mármol, un enorme ramo de rosas blancas —demasiado grandes, demasiado pretenciosas—

acompañaba una tarjeta con el sello del bufete de Julian.

"Bienvenidos a la ciudad de la luz. Espero que vuestra estancia sea breve antes de que las sombras de París os alcancen. Nos vemos en el consejo. J."

Susan rompió la tarjeta con una sonrisa gélida.

—Parece que Julian ha olvidado que yo no traigo rosas a una guerra. Traigo guillotinas.

La sala de juntas de Moreau Luxury, en un palacete del distrito 8, era un mausoleo de tapices del siglo XVIII y lámparas de araña que pesaban lo mismo que las ambiciones de sus ocupantes. Susan y Jasper entraron con la puntualidad quirúrgica que los caracterizaba. Ella, con un traje de chaqueta azul medianoche que gritaba poder; él, con una camisa de seda gris que ocultaba el vendaje de su brazo.

Alrededor de la inmensa mesa de nogal, cinco hombres de pelo cano y rostros inexpresivos los observaban como si fueran especímenes de laboratorio. Y allí, sentado a la derecha de Jean-Luc Moreau, estaba Julian Vane, luciendo una sonrisa que parecía haber sido ensayada frente a un espejo durante horas.

—Ah, Susan, Jasper. Qué alegría que hayáis llegado —dijo Jean-Luc, aunque su tono era inusualmente tenso—. El consejo ha estado revisando los términos de nuestra fusión para Europa.

—Términos que, me temo, tienen una pequeña grieta —intervino Julian, deslizando un fajo de documentos sobre el nogal—. Señor Moreau, señores del consejo... mis clientes han descubierto que la marca Thorne & Vane Experiences, registrada de forma apresurada en Nueva York, no posee los derechos de explotación internacional del nombre "Vane".

Jasper se inclinó hacia delante, con los ojos echados chispas.

—Mi nombre es mío, Julian. No es una propiedad que puedas registrar.

—Tu nombre como civil, sí. Pero como marca comercial... —Julian señaló un párrafo en latín legal— nuestro padre, antes de morir, registró el apellido Vane para cualquier actividad comercial relacionada con la hostelería en la Unión Europea. Y esos derechos pertenecen ahora al patrimonio familiar, que yo administro.

Susan sintió un nudo de rabia en el estómago. Julian no quería dinero; quería castrar profesionalmente a su hermano en la ciudad que lo vio nacer como chef.

—Eso es absurdo, Julian —dijo Susan, su voz gélida cortando el murmullo de los consejeros—. Jasper es el creador de la propiedad intelectual. Una firma familiar de hace treinta años no puede bloquear una patente de diseño y gastronomía moderna.

—En Francia, las leyes de propiedad intelectual y los derechos de herencia son... caprichosos, Susan —respondió Julian—. El consejo de Moreau no puede firmar un contrato de exclusividad con una entidad que podría ser demandada por plagio de identidad el día de la inauguración.

Uno de los consejeros, un hombre con un monóculo que parecía salido de una novela de Balzac, carraspeó.

—El señor Julian tiene razón. No podemos arriesgar el prestigio de la casa Moreau en un pleito familiar. Si Jasper Vane no puede usar su propio nombre en París, no hay trato.

Jasper se levantó de golpe, haciendo que su silla chirriara contra el parqué antiguo. El silencio fue absoluto.

—¿Así que eso es todo? ¿Treinta años de tradición pesan más que el hecho de que soy el único hombre capaz de llenar vuestros restaurantes de gente que no ha nacido en el siglo pasado?

—Jasper, por favor... —empezó Jean-Luc, pero Jasper ya estaba caminando hacia la puerta.

Susan se quedó un segundo más, mirando a Julian con una mezcla de desprecio y una determinación que hizo que el abogado

parpadeara.

—Has ganado una tarde, Julian. Pero olvidas que yo no necesito el apellido de Jasper para vender su talento. Mañana, en la cena de gala, veréis algo que no se puede registrar en ningún bufete de abogados.

Salió de la sala tras Jasper, dejando tras de sí un ambiente de incertidumbre. En el pasillo, Jasper golpeaba la pared con el puño de su mano sana.

—¡Me ha vuelto a joder, Susan! En mi puta ciudad. —Jasper se giró, con los ojos inyectados en sangre—. Si no puedo usar mi nombre, no hay marca. Y sin marca, Jean-Luc retirará la financiación.

Susan lo tomó de las solapas, obligándolo a centrarse.

—Mírame, Jasper. El nombre es solo una etiqueta. Mañana vamos a darles algo que ningún documento pueda contener. Vamos a cocinar sin nombre. Vamos a ser anónimos. Y cuando nos supliquen saber quién ha preparado esa maravilla, les diremos que el nombre tiene un precio que Julian no puede pagar.

Jasper condujo a Susan lejos de las avenidas principales, hacia el corazón del Marais, donde las calles se estrechan tanto que los tejados parecen querer tocarse. El aire olía a piedra húmeda, a mantequilla salada y a ese aroma a leña que Jasper asociaba con sus primeros años de hambre y ambición.

—¿A dónde vamos, Jasper? —preguntó Susan, intentando que sus tacones no se encajaran en los adoquines irregulares—. Tenemos que redactar una respuesta legal, no pasear por el barrio judío.

—La ley no va a salvarnos hoy, Susan. La ley es el terreno de Julian —respondió él, deteniéndose ante una puerta de madera sin ningún tipo de cartel—. Vamos a buscar el único ingrediente que no

se puede comprar en una subasta ni registrar en un bufete: la autenticidad.

Jasper golpeó la puerta con un ritmo específico. Unos segundos después, un hombre pequeño con un delantal manchado de harina y ojos brillantes como canicas les abrió. Al ver a Jasper, su rostro se iluminó con una sonrisa desdentada.

—Le Loup! —exclamó el hombre, abrazando a Jasper con fuerza—. Me dijeron que te habías vuelto una estatua de oro en Nueva York.

—Solo por fuera, Étienne —rio Jasper—. Necesito acceso al sótano. Y necesito que no se lo digas a nadie, ni siquiera a tu sombra.

Bajaron por una escalera de caracol estrecha hasta un sótano que parecía una cueva de Aladino para gastrónomos. Había quesos curados en cuevas de los Pirineos, botellas de vino sin etiqueta que databan de antes de la guerra y hierbas secas que Susan nunca había visto en los mercados de lujo de Manhattan.

—Aquí empezó todo —susurró Jasper, señalando una vieja mesa de madera donde Étienne preparaba sus embutidos—. Aquí aprendí que un nombre es solo una palabra, pero un sabor es una memoria. Mañana no serviremos la cena de Thorne & Vane. Serviremos la cena de "El Lobo".

Susan observó a Jasper mientras él empezaba a seleccionar ingredientes con una reverencia que rozaba lo religioso. La ira que él sentía en el palacete de Moreau se había transformado en una concentración absoluta.

—Julian espera que mañana nos presentemos con abogados y disculpas —dijo Susan, acercándose a Jasper y tomando una rama de tomillo silvestre—. Pero vamos a presentarnos con algo que los haga sentir que el resto de su vida ha sido un desierto de mediocridad.

—Exacto —Jasper se giró hacia ella, con los ojos brillando en la penumbra del sótano—. No necesito mi apellido para que sepan quién soy. Cuando prueben esto, sabrán que el nombre "Vane" les pertenece a ellos, pero el genio es solo nuestro.

Jasper dejó los ingredientes y tomó la cara de Susan entre sus manos. Estaban rodeados de sombras y del olor a tierra y vino, lejos de los flashes y el cristal de Nueva York.

—Gracias por no dejarme caer hoy, Susan —murmuró él—. En la sala de juntas, por un segundo, me sentí como el niño que Julian solía pisotear. Pero tú... tú me miraste como si fuera un dios.

—Porque para mí lo eres, Vane —respondió ella, con una honestidad que la hizo temblar—. Ahora, vamos a preparar esa cena. Quiero que cuando Julian vea el primer plato, sepa que ha perdido antes de que empiece el servicio.

El regreso al Hôtel de Crillon fue un trayecto silencioso. El coche atravesó la Place de la Concorde bajo una lluvia fina que convertía el asfalto en un espejo negro. Susan miraba por la ventanilla, pero sus pensamientos no estaban en los monumentos, sino en la solidez del hombro de Jasper contra el suyo. Al entrar en la suite real, el lujo impersonal de la estancia les dio la bienvenida con su opulencia de seda y pan de oro.

Jasper cerró la puerta y tiró las llaves sobre una consola de Luis XV. Se sentía eléctrico, cargado por la adrenalina del mercado de Étienne y el desprecio hacia su hermano. Susan se despojó de su abrigo, revelando el cansancio en la línea de sus hombros.

—Mañana es el día, Jasper —dijo ella, girándose hacia él—. Si esa cena no es perfecta, Jean-Luc no tendrá más remedio que escuchar a Julian.

—No va a ser perfecta, Susan —respondió Jasper, acortando la distancia entre ellos con una lentitud predadora—. Va a ser inolvidable. Julian cree que me ha quitado mi nombre, pero lo que no sabe es que tú me has dado una razón para no necesitarlo.

Él la tomó por la cintura, atrayéndola hacia sí. El contraste entre la frialdad de la noche parisina que aún se sentía en sus ropas y el calor abrasador de sus cuerpos fue inmediato. Susan hundió las manos en el cabello de Jasper, tirando de él hacia abajo para reclamar sus labios con una urgencia que no entendía de protocolos ni de derechos de marca.

—Olvida a Julian —susurró Susan contra su boca—. Olvida al consejo. Esta noche, en esta ciudad, solo existimos nosotros.

Jasper la levantó en vilo, y Susan rodeó su cintura con las piernas, sintiendo el latido acelerado de su corazón contra su pecho. Caminaron —o más bien tropezaron— hacia el inmenso dormitorio, donde las cortinas de terciopelo apenas dejaban pasar el resplandor azul de la noche francesa.

Las puertas de la habitación se cerraron con un susurro pesado, dejando fuera la traición familiar y las intrigas corporativas. Dentro, sobre las sábanas de lino que olían a lavanda y lujo, la guerra se transformó en una tregua absoluta. No había nombres que registrar ni imperios que defender; solo el lenguaje de la piel descubriendo nuevas cicatrices y el sabor de una pasión que, en París, parecía haber encontrado su verdadera temperatura.

Horas después, Susan descansaba con la cabeza en el pecho de Jasper, observando cómo la luz de la luna dibujaba sombras en las molduras del techo. La calma era absoluta, pero el fuego de la ambición seguía latente en ambos.

—¿Cómo lo llamaremos? —preguntó ella en la oscuridad, refiriéndose al menú secreto de mañana.

Jasper sonrió, acariciando el hombro de Susan.

—No tendrá nombre. Será simplemente "El Banquete de las Sombras". Y cuando Julian intente demandarnos, no encontrará ni una sola palabra escrita que pueda usar en un tribunal. Solo quedará el recuerdo del sabor.

Susan cerró los ojos, sintiéndose, por primera vez en mucho tiempo, completamente segura a pesar de estar en el borde del abismo. Mañana conquistarían París, pero esta noche, la ciudad de la luz les pertenecía solo a ellos dos.

CAPÍTULO 14

El Castillo de la Muette, a las afueras de París, lucía como una joya de cristal bajo la llovizna persistente. En su interior, el consejo de administración de Moreau Luxury se preparaba para lo que Jean-Luc había anunciado como "una cata a ciegas de talento puro". La orden de Susan había sido tajante: ningún nombre, ningún logotipo, ninguna referencia a Thorne & Mode. El personal de servicio vestía de negro absoluto, sin insignias, y la cocina había sido sellada para que nadie, ni siquiera Julian, pudiera entrar antes del servicio.

Susan caminaba por el salón de baile, con un vestido de seda gris humo que se confundía con la bruma de París. Sus ojos, sin embargo, estaban fijos en Julian, que charlaba animadamente con dos consejeros, convencido de que su bloqueo legal había dejado a Jasper fuera de juego.

—¿Crees que sospecha algo? —susurró Margot, apareciendo al lado de Susan con una bandeja de cristal—. Jasper está en la cocina trasera. Ha entrado por el muelle de carga disfrazado de ayudante de limpieza. Si alguien lo descubre...

—Nadie lo descubrirá hasta que el primer plato esté en sus estómagos, Margot —respondió Susan, tomando una copa de champán—. Julian cree que Jasper es un hombre de ego, que no aceptaría cocinar sin que su nombre figurara en el menú. Ese es su error. No conoce al Jasper que yo conozco.

***

En las entrañas del castillo, Jasper Vane trabajaba en un silencio casi sepulcral. No había gritos de "¡oído!", no había ruidos de sartenes. Solo el siseo del fuego y el rítmico golpeteo del cuchillo

contra la madera. Jasper no llevaba su chaquetilla de chef blanca; vestía una de color gris oscuro, sin bordados. Su brazo herido apenas le molestaba ya; la adrenalina de estar en su ciudad, desafiando a su propia sangre, era el mejor analgésico.

—Chef, el consejo está sentado —murmuró Étienne, que había venido desde su sótano del Marais para ayudarlo en la sombra —. Julian Vane está preguntando quién es el chef invitado. Dice que, por ley, deben conocer la identidad del proveedor.

—Dile que el chef es un fantasma —respondió Jasper, terminando de montar el primer plato—. Y que los fantasmas no firman contratos, solo cobran deudas.

El primer plato era una provocación: Consomé de bosque encantado. A simple vista, parecía agua clara en un cuenco de porcelana blanca. Pero al primer sorbo, revelaba la complejidad de las setas silvestres, la trufa negra y una esencia de pino que Jasper había recolectado esa misma mañana.

Susan observó desde su mesa cómo Julian probaba el caldo. Vio cómo su hermano fruncía el ceño, buscando el fallo, buscando la mediocridad. Pero la expresión de Julian cambió de la sospecha al asombro, y luego a una sutil preocupación. El sabor era demasiado bueno. Demasiado... familiar.

—Este caldo... —murmuró uno de los consejeros más ancianos—. Tiene la técnica de la vieja escuela francesa, pero una audacia que no he sentido en años. ¿Quién ha preparado esto, Jean-Luc?

Jean-Luc Moreau, que estaba en el secreto pero disfrutaba del teatro, se encogió de hombros.

—Solo sabemos que es alguien que afirma que la cocina no tiene apellido, solo memoria. Disfruten, caballeros. Las sombras acaban de empezar a servir.

Julian dejó la cuchara y miró hacia la puerta de la cocina con una mirada asesina. Se levantó de la mesa, ignorando el protocolo.

—Discúlpenme un momento. Creo que hay un problema de "seguridad" que debo verificar personalmente.

Susan interceptó la mirada de Jasper a través de una pequeña rendija en la puerta de servicio. El juego del gato y el ratón acababa de pasar a la fase física.

Susan Thorne se movió con la rapidez de una sombra. Dejó su copa de champán sobre una consola de mármol y cortó el paso de Julian en el pasillo que conducía al ala de servicio. Las lámparas de pared, con sus pantallas de seda, proyectaban una luz ámbar que acentuaba la furia en el rostro de su cuñado.

—¿A dónde vas con tanta prisa, Julian? —preguntó Susan, bloqueando el pasillo con su imponente presencia de seda gris—. La cena apenas está empezando.

—Quítate de en medio, Susan —gruñó Julian, intentando esquivarla—. Sé que él está ahí detrás. Ese caldo tiene su arrogancia escrita en cada gota de grasa. Estás violando una orden de restricción comercial en suelo francés. Voy a entrar ahí con la seguridad del castillo y voy a terminar con esta farsa.

—Si cruzas esa puerta, Julian, lo único que vas a encontrar es a un equipo de catering contratado legalmente por Moreau Luxury —mintió Susan con una calma que lo desquició—. Pero si insistes en montar un espectáculo delante de los hombres que deciden tu futuro financiero, adelante. Haz el ridículo una vez más.

Julian la agarró del brazo, perdiendo por fin su barniz de caballero.

—Crees que eres muy lista, ¿verdad? Pero he llamado a la gendarmería. Vienen de camino para una inspección de trabajo. Si Jasper Vane está sosteniendo un cuchillo ahí dentro, dormirá en una celda francesa esta noche.

Susan no retrocedió. Se acercó a él, bajando la voz hasta convertirla en un susurro letal.

—¿Sabes qué es lo que más te duele, Julian? No es que Jasper cocine. Es que incluso sin nombre, incluso escondido en una cocina de servicio, es diez veces el hombre que tú serás jamás. Tú solo eres el guardián de un apellido; él es el dueño del fuego.

***

Mientras tanto, en la cocina, Jasper se enfrentaba a su propio desastre. El horno principal del castillo, una reliquia de hierro que Étienne había intentado estabilizar, acababa de apagarse. El plato principal, una poularde que debía terminar de cocinarse al vapor de hierbas aromáticas, estaba a medio hacer.

—¡Chef, la presión está bajando! —exclamó Étienne, señalando los indicadores—. Si no recuperamos el calor en tres minutos, la carne se volverá correosa.

Jasper miró el horno y luego la chimenea de piedra que presidía la cocina, usada ahora solo de forma decorativa. Recordó las piedras calientes del muelle de Chelsea, recordó el caos y la improvisación que eran su verdadero elemento.

—¡Sacad las brasas del hogar! —ordenó Jasper—. Vamos a cocinar sobre el suelo de piedra. Envolved las aves en arcilla y hojas de vid humedecidas. No necesitamos tecnología, Étienne. Vamos a cocinar como si estuviéramos en la Edad Media.

Con las manos desnudas y protegidas apenas por trapos húmedos, Jasper empezó a mover las piedras calientes de la chimenea. El sudor le caía por la frente, empañando su visión, pero su ritmo era frenético. Estaba creando un horno de tierra improvisado en mitad de una de las cocinas más lujosas de Francia.

En ese momento, el sonido de botas pesadas resonó en el pasillo exterior. La gendarmería estaba allí.

Susan, que seguía bloqueando a Julian, oyó el ruido y sintió un escalofrío. Miró hacia la puerta de la cocina, rezando para que Jasper hubiera terminado de jugar con fuego.

—Parece que tus invitados han llegado, Julian —dijo ella, aunque su corazón latía con una fuerza traicionera—. Veamos quién sale de esa puerta.

Dos oficiales de la Gendarmería Nacional, con sus uniformes oscuros y rostros de piedra, avanzaron por el pasillo. Julian, con una sonrisa triunfante que le deformaba las facciones, les hizo una señal hacia la puerta de madera pesada de la cocina.

—¡Oficiales, por aquí! —exclamó Julian—. Tengo razones fundadas para creer que se está cometiendo una infracción laboral y un desacato a una orden judicial en esta estancia.

Susan se interpuso una última vez, su figura de seda gris recortada contra la puerta.

—Agentes, esto es un evento privado de la casa Moreau. Mi socio y yo estamos supervisando un servicio de catering externo. Esta interrupción es...

—Es necesaria, señora —la cortó el oficial de mayor rango—. Apartese, por favor.

La puerta se abrió de golpe. Julian entró el primero, con los ojos inyectados en sangre buscando la figura de su hermano entre el vapor y las sombras. Pero lo que encontró no fue al "Chef Estrella" de Nueva York luciendo su arrogancia.

La cocina estaba sumida en una neblina densa de humo de leña y vapor de hierbas. En el centro, un grupo de hombres vestidos con ropas de trabajo toscas y los rostros manchados de hollín trabajaban alrededor de un círculo de piedras ardientes en el suelo. Jasper, con una gorra de lana calada hasta las cejas y una bufanda que le cubría la mitad inferior del rostro, estaba arrodillado, rompiendo con un mazo de madera las costras de arcilla de las aves.

—¿Dónde está Jasper Vane? —rugió Julian, recorriendo la sala con la mirada—. ¡Sé que estás aquí, cobarde! ¡Mírate, escondido como una rata entre cenizas!

Jasper no levantó la vista. Con movimientos mecánicos y precisos, siguió extrayendo las aves de su envoltorio de arcilla. El aroma que surgió fue tan embriagador que incluso los gendarmes se detuvieron, desconcertados. Era el olor de la tierra, de la uva fermentada y de una carne tan tierna que parecía deshacerse con el aire.

—Señor —dijo el gendarme, dirigiéndose a Julian—, aquí no vemos a nadie que coincida con la descripción del señor Vane de las fotografías de prensa. Solo vemos a un equipo de asadores tradicionales.

—¡Es él! —insistió Julian, acercándose a Jasper—. ¡Ese de ahí! ¡Mírale las manos!

Jasper levantó las manos, pero estaban tan cubiertas de ceniza, grasa y hollín que era imposible reconocer las cicatrices de chef que Julian buscaba. Étienne dio un paso adelante, hablando en un dialecto cerrado del sur de Francia.

—¿Qué pasa aquí, señores? Estamos intentando servir a la casa Moreau. El horno se rompió y estamos salvando la cena con el fuego de nuestros abuelos. ¿Es un crimen cocinar con piedras en este país ahora?

Susan, viendo la oportunidad, se acercó a los agentes.

—Caballeros, mi socio, el señor Vane —señaló a un hombre rubio del equipo legal que se había puesto un delantal a toda prisa en un rincón—, está aquí supervisando los contratos. Julian, parece que tu obsesión familiar te ha hecho ver fantasmas donde solo hay trabajadores honrados.

Los gendarmes, visiblemente molestos por haber sido usados para una rencilla personal, miraron a Julian con desprecio.

—Señor, no nos haga perder más el tiempo. El informe dirá que la inspección fue negativa. Vámonos.

Julian se quedó solo en mitad de la cocina, mientras los agentes se retiraban. Miró a la figura encapuchada que seguía trabajando en el suelo. Jasper, por un breve segundo, levantó la mirada bajo el ala de la gorra. Sus ojos brillaron con una victoria tan salvaje que Julian dio un paso atrás, tropezando con un saco de carbón.

—Vete, Julian —susurró Susan a su espalda—. Antes de que Jean-Luc se dé cuenta de que has intentado arrestar a sus cocineros en mitad de su cena más importante.

El plato principal, la poularde rescatada de las cenizas, entró en el salón de baile como una procesión sagrada. Los camareros servían las piezas directamente desde los trozos de arcilla rota, un espectáculo de rusticidad que enmudeció a los aristócratas del consejo. Jean-Luc Moreau, tras probar el primer bocado, se puso en pie y levantó su copa hacia la puerta de la cocina, aunque no había nadie allí para recibir el brindis.

—Señores —dijo Moreau con voz vibrante—, hoy no hemos comido el menú de un chef. Hemos comido el alma de Francia. Quienquiera que sea el hombre que ha hecho esto sin pedir gloria ni nombre, es el hombre con el que quiero conquistar el mundo.

Susan, sentada a pocos metros de un Julian lívido y derrotado, sintió una oleada de triunfo que le recorrió la espina dorsal. Su plan había funcionado. La ausencia del nombre de Jasper no lo había debilitado; lo había convertido en una leyenda antes de que terminara la noche.

Una hora después, cuando los postres ya se habían servido y el consejo se retiraba a los salones privados para firmar el preacuerdo con Jean-Luc, Susan se escabulló hacia los jardines traseros del castillo. La lluvia parisina había amainado, dejando tras de sí una niebla baja que envolvía las estatuas de piedra.

Allí, junto a una fuente de mármol, encontró a Jasper. Se había quitado la gorra y la bufanda, y el aire fresco de la noche parecía evaporar el sudor de su rostro manchado de hollín. Seguía con la chaqueta gris de trabajo, pero su postura ya no era la del obrero encorvado; era la de un conquistador exhausto.

—Lo has hecho, Vane —dijo Susan, acercándose a él. Ignoró la suciedad de su ropa y lo rodeó con sus brazos, hundiendo su rostro en el tejido áspero que olía a humo y victoria.

—Hemos ganado, Susan —respondió él, su voz ronca por el esfuerzo y el humo. La rodeó con su brazo sano, apretándola contra sí—. Julian se ha ido. Lo he visto salir por la puerta trasera mientras los gendarmes le tomaban los datos por falsa denuncia. Está acabado en París.

—Moreau va a firmar —susurró ella, levantando la vista para mirarlo. Sus ojos brillaban en la penumbra del jardín—. Ha dicho que eres un guerrero. Mañana, cuando el sol salga sobre el Sena, serás el dueño de la Rue du Faubourg Saint-Honoré. Y el nombre "Vane" será lo de menos, porque todos sabrán que tú eres "El Lobo".

Jasper sonrió, una sonrisa cansada pero cargada de una paz que no le conocía. Se inclinó y la besó bajo la lluvia fina que volvía a caer, un beso que sabía a ceniza, a éxito y a una libertad que ninguno de los dos había creído posible encontrar en mitad de una guerra legal.

—Vámonos al hotel —murmuró Jasper contra sus labios—. Quiero quitarme esta suciedad y recordar que no soy un fantasma.

—Para mí nunca lo fuiste —replicó ella, entrelazando sus dedos con los de él, sin importarle que el hollín manchara su vestido de seda de mil dólares—. Pero date prisa. Mañana tenemos una ciudad entera que poner a nuestros pies... y esta vez, el mundo entero sabrá exactamente quiénes somos.

CAPÍTULO 15

El aterrizaje en el aeropuerto de Teterboro fue impecable, pero el ambiente dentro de la cabina del jet privado era de una calma tensa. Susan Thorne observaba el perfil de Manhattan recortado contra un cielo de color cobalto mientras terminaba de abrocharse los puños de su blusa de seda blanca. A su lado, Jasper revisaba unas notas en su iPad, todavía con ese brillo de victoria en los ojos que no se le había borrado desde la cena en el Castillo de la Muette.

—París ha sido un sueño, Susan —dijo Jasper, dejando el dispositivo a un lado y tomando la mano de ella—. Pero echo de menos el ruido de mi cocina y el desorden del Village.

—Disfruta de la paz mientras dure, Vane —respondió ella, aunque le devolvió la presión en la mano—. Nueva York nos está esperando con los colmillos afilados. Jean-Luc ha hecho oficial el acuerdo y las acciones de Thorne & Mode han subido un cuatro por ciento en la apertura del mercado. Eso significa que ahora somos el objetivo número uno de todos los que quieren un trozo del pastel.

Al bajar del avión, la realidad les golpeó antes de que pudieran llegar a la limusina. Margot los esperaba al pie de la escalerilla, pero no traía flores ni champán. Su rostro estaba tan pálido que parecía traslúcido bajo la luz del mediodía.

—Susan, Jasper... bienvenidos —dijo Margot, su voz temblando ligeramente—. Tenemos un incendio de relaciones públicas. Uno de los grandes.

Susan se detuvo en seco, poniéndose sus gafas de sol negras.

—Dime que no es Julian otra vez. Ese hombre debería estar escondido en un agujero en Normandía después de lo de París.

—No es Julian. O al menos, no directamente —Margot le tendió una tablet—. Alguien ha filtrado una serie de fotografías a Page Six. Son de vuestra última noche en el Hôtel de Crillon.

Susan cogió la tablet. Su corazón, normalmente una máquina de ritmo constante, dio un vuelco. Las fotos no eran las típicas imágenes de paparazzi a la salida de un restaurante. Eran fotos tomadas desde un edificio de enfrente, con un teleobjetivo de alta precisión. Se veía a Susan y Jasper en la penumbra de la suite real, en un momento de intimidad absoluta, abrazados frente al ventanal que daba a la Place de la Concorde. Aunque no eran explícitas, la vulnerabilidad en el rostro de Susan —la "Emperatriz" sin su armadura, entregada a los brazos de su chef— era un golpe directo a su imagen de mujer inalcanzable y fría.

El titular era demoledor: "LA EMPERATRIZ DESNUDA: El romance secreto que ha vendido el imperio Thorne a los pies de un cocinero".

Jasper leyó el titular por encima del hombro de Susan y soltó un improperio que hizo que el chofer se tensara.

—Esa hija de perra. Fue Elena. Ella estaba en el edificio de enfrente esa noche. Me dijo que Jean-Luc le había dado una suite allí para "supervisar" la bodega.

—No importa quién fue, Jasper —dijo Susan, devolviéndole la tablet a Margot con una calma que aterrorizó a su asistente—. Lo que importa es que han intentado convertir nuestro éxito profesional en un escándalo de alcoba. Creen que debilitando mi imagen de autoridad pueden forzar al consejo a cuestionar el acuerdo con Moreau.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Jasper, su mandíbula apretada por la furia—. Puedo salir ahí y decir la verdad. Puedo decir que Elena es una...

—No vas a decir nada —lo cortó Susan, subiendo al coche—. En Nueva York, si te defiendes, admites que te han herido. Vamos a

la oficina. Margot, convoca a los jefes de departamento. No vamos a retirar las fotos. Vamos a usarlas. Si el mundo quiere ver a la mujer detrás de la marca, les vamos a dar una lección de cómo se maneja la narrativa de un escándalo.

El vestíbulo de la Torre Hearst se sentía distinto. Las miradas de los empleados ya no eran de temor reverencial, sino de una curiosidad voraz que Susan detectó al instante. Cada murmullo que se cortaba a su paso era una confirmación del daño. Subieron al ascensor y, por primera vez, Jasper no hizo ninguna broma sobre el lujo del edificio. Su silencio era denso, cargado de una rabia que amenazaba con estallar.

—Susan, yo no sabía que ella llegaría a esto —dijo Jasper cuando las puertas se cerraron—. Elena siempre fue vengativa, pero vender nuestra intimidad...

—No te disculpes, Vane. Las disculpas son para los débiles —respondió ella, mirando su reflejo en el espejo del ascensor. Se retocó el labial rojo con una precisión quirúrgica—. Ella ha lanzado una piedra a mi vidriera. Lo que no sabe es que mi cristal es antibalas.

Al llegar a la planta 42, el comité de ética del consejo ya estaba reunido. No estaban en la sala de juntas habitual, sino en una sala más pequeña y claustrofóbica. Arthur, el accionista mayoritario, sostenía el ejemplar impreso del Page Six con el mismo asco con el que se sostiene un pañuelo usado.

—Susan, esto es inaceptable —dijo Arthur sin preámbulos—. Nuestra marca se basa en la aspiración, en la exclusividad gélida. Estas fotos te hacen parecer... —buscó la palabra— accesible. Humana. Vulnerable a las pasiones de un hombre que, hasta hace dos meses, no sabía qué era un balance de situación.

Jasper dio un paso adelante, pero Susan le puso una mano en el pecho, deteniéndolo.

—Accesible, Arthur? —Susan caminó hacia la mesa, apoyando las palmas sobre la madera—. Lo que esas fotos muestran es a la mujer que acaba de conquistar París. Muestran que la directora creativa de esta empresa no solo tiene buen gusto para las telas, sino para elegir a los mejores aliados. Si el consejo cree que mi vida privada es una debilidad, es que no han entendido que en el siglo veintiuno, la autenticidad es el nuevo lujo.

—Los inversores están nerviosos, Susan —insistió otro consejero—. Temen que tu... distracción con el señor Vane afecte a la entrega de la colección de invierno.

—La colección de invierno está terminada —sentenció Susan —. Y es la mejor que he diseñado en una década porque, por primera vez, hay fuego detrás de la seda. Si quieren mi dimisión, tendrán que comprar mi parte de la empresa al triple de su valor actual. ¿Hay algún comprador en la sala?

El silencio que siguió fue su pequeña victoria, pero Susan sabía que era temporal.

Mientras tanto, Jasper, que había permanecido inusualmente callado, salió de la sala antes de que terminara la reunión. Necesitaba aire, pero sobre todo, necesitara respuestas. En el pasillo, llamó a Marcus.

—Marcus, olvida el inventario de la bodega. Necesito que localices al fotógrafo que firma esas fotos. Se llama "Spider" y suele moverse por los clubes de mala muerte de Queens. Dile que si no me da el nombre de quien le pagó la estancia en el hotel frente al Crillon, voy a cocinar sus dedos en una reducción de vinagre balsámico.

—Chef, eso suena a amenaza criminal —respondió Marcus al otro lado de la línea.

—No, Marcus. Eso suena a receta de justicia —Jasper colgó el teléfono, con los ojos inyectados en sangre—. Nadie desnuda a mi Emperatriz y se sale con la suya.

Queens, bajo el puente de Queensboro, era un paisaje de óxido, sombras y el estruendo metálico de los trenes elevados. Jasper detuvo su moto frente a un almacén de rótulos de neón parpadeantes. El aire olía a aceite de motor y a la humedad del East River. No era el lugar donde esperarías encontrar a alguien relacionado con la alta sociedad, pero sí era el escondite perfecto para un "paparazzo" especializado en extorsiones.

Jasper entró en el local sin llamar. En el fondo, tras una mesa llena de pantallas, un hombre delgado con una gorra de los Yankees y dedos amarillentos por el tabaco procesaba imágenes digitales.

—¿Spider? —la voz de Jasper resonó en el almacén, fría y peligrosa como el filo de un cuchillo de cocina.

El hombre se giró, asustado.

—Oye, tío, estamos cerrados. Vuelve mañana si quieres fotos de tu boda o... —se detuvo al reconocer el rostro de Jasper—. Mierda. El chef.

—Me alegra que me reconozcas —Jasper caminó hacia él, tirando una de las sillas de plástico de un golpe—. Porque eso significa que sabes exactamente por qué estoy aquí. Las fotos de París. El teleobjetivo. La suite del Crillon.

—Yo solo soy un profesional, Vane. Alguien me dio un soplo y me pagó el billete. No es personal, es el negocio de las noticias.

Jasper lo agarró por el cuello de la sudadera y lo estampó contra el monitor, que empezó a emitir un zumbido de protesta.

—Dime quién te pagó. Y no me digas que fue Elena Roche, porque una sumiller arruinada no tiene cincuenta mil dólares para contratar a un tipo como tú y pagar una habitación en la Place de la Concorde.

Spider tragó saliva, mirando desesperadamente hacia la puerta.

—No puedo... el contrato de confidencialidad es...

—El contrato de confidencialidad no te servirá de nada cuando te rompa las manos con las que sostienes la cámara —Jasper apretó más el agarre—. El nombre. Ahora.

—¡Fue un bufete! —chilló el fotógrafo—. Vane & Associates. Pero el pago vino de una cuenta puente. Elena solo era el contacto, la que me dio la llave de la habitación de enfrente. Pero el dinero... el dinero era de tu hermano, Jasper. Julian quería las fotos para forzar una cláusula de moralidad en el contrato de Susan.

Jasper soltó al hombre, que cayó al suelo tosiendo. El corazón de Jasper latía con una furia sorda. Julian. Siempre Julian. No solo quería su apellido; quería destruir la única cosa real que Jasper había encontrado en su vida.

***

Mientras tanto, a kilómetros de allí, Susan estaba en su oficina, contemplando la ciudad que empezaba a iluminarse. La puerta se abrió sin que Margot la anunciara. No era Jasper. Era una mujer de unos sesenta años, impecablemente vestida con un traje de Chanel gris y una mirada que contenía la sabiduría y la crueldad de mil batallas sociales: Victoria Hearst, la dueña del imperio editorial que albergaba su oficina.

—Victoria —dijo Susan, sin girarse—. Supongo que vienes a pedir mi renuncia en una bandeja de plata.

—No seas melodramática, Susan —respondió Victoria, sentándose y cruzando sus piernas delgadas—. He visto escándalos mucho peores acabar en bodas reales. Pero esas fotos... esas fotos son un problema de marca. Te hacen parecer humana, y la humanidad es difícil de vender a diez mil dólares el vestido.

—¿Y qué propones? —Susan se giró, enfrentándose a la mujer que la había ayudado a subir a la cima.

—Una exclusiva. Pero no con el Page Six. Un reportaje de veinte páginas en Harper’s Bazaar. "Susan Thorne: El Amor y el Imperio". Vamos a convertir tu romance con ese cocinero en una epopeya de poder. Pero hay una condición, Susan. Tienes que anunciar un compromiso. Un anillo en esa mano calmaría a los accionistas más que mil informes de ventas.

Susan sintió un escalofrío. ¿Un compromiso? ¿Convertir lo que sentía por Jasper en una maniobra de marketing para salvar sus acciones?

—Él no es una herramienta de relaciones públicas, Victoria —dijo Susan, su voz vibrando con una emoción que la sorprendió incluso a ella.

—En este edificio, todos somos herramientas, querida. Tú decides si quieres ser la que corta o la que es cortada.

Jasper entró en el despacho de Susan con la furia todavía vibrando en sus manos. Al ver a Victoria Hearst salir de la estancia con esa sonrisa de satisfacción gélida, supo que el aire estaba envenenado por algo más que el escándalo de las fotos.

—Julian —fue lo único que dijo Jasper, acercándose al escritorio de Susan. Sus nudillos estaban enrojecidos y su chaqueta de cuero olía al frío de Queens—. Él pagó al fotógrafo. Usó a Elena como una pieza de ajedrez para poder invocar una cláusula de moralidad en tu contra. Quería que el consejo te viera como una mujer "fuera de control".

Susan no se movió. Seguía sentada tras su escritorio de cristal, con el USB de París entre sus dedos, jugueteando con él como si fuera un amuleto.

—Lo sé —respondió ella con una voz que sonaba a metal frío —. Julian no sabe cuándo detenerse. Pero Victoria acaba de darme la solución. O al menos, la solución que el mundo de los negocios espera de nosotros.

Jasper frunció el ceño, apoyando las manos sobre la mesa y asomándose al espacio personal de Susan.

—¿Qué solución? ¿Más abogados? ¿Más comunicados de prensa?

—Un compromiso, Jasper —Susan levantó la vista, y por primera vez en todo el día, sus ojos mostraron una grieta de duda—. Victoria quiere que anunciemos que nos vamos a casar. Un reportaje de veinte páginas, una exclusiva mundial, el anillo perfecto... Convertir nuestro "romance escandaloso" en una alianza de poder institucional. Dice que es la única forma de callar a los accionistas y salvar la expansión de París.

Jasper se quedó inmóvil. El silencio en el despacho se volvió asfixiante. El hombre que había crecido entre fogones y caos, el que odiaba las etiquetas y las reglas, miraba a la mujer que había hecho del control su religión.

—¿Un compromiso de marketing? —preguntó Jasper, su voz bajando a un susurro peligroso—. ¿Quieres que usemos lo que pasó en esa habitación del Crillon para vender más vestidos y abrir más restaurantes? ¿Quieres que firmemos un contrato sobre lo que sentimos?

—Es la única forma de que Julian pierda su base legal —replicó Susan, aunque su voz no tenía la firmeza habitual—. Si estamos "comprometidos", las fotos dejan de ser un escándalo de una noche para ser la imagen de una pareja estable de éxito. El consejo retirará la cláusula.

Jasper se enderezó, apartándose de ella. Caminó hacia el ventanal, mirando las luces de Nueva York.

—Tú siempre piensas en términos de ataques y defensas, Susan. Pero yo no soy una de tus telas. No soy un accesorio para tu marca.

—¡Estoy intentando salvarnos! —estalló ella, poniéndose de pie—. ¡Estoy intentando salvar lo que hemos construido!

Jasper se giró, con una mirada que la dejó sin aliento.

—Si la única forma de salvarnos es mentirle al mundo para que nos dejen en paz, entonces ya hemos perdido, Susan. Porque yo no quiero un anillo que sirva de escudo para tus accionistas. Yo quería... —hizo una pausa, tragándose las palabras— yo quería que esto fuera real.

Jasper salió del despacho sin mirar atrás, dejando a Susan sola en la inmensidad de su imperio de cristal. Ella se dejó caer en su silla, mirando el USB y el teléfono que no dejaba de vibrar con mensajes de Victoria Hearst. Había ganado la batalla contra el escándalo, pero por primera vez, sentía que la victoria sabía a cenizas.

CAPÍTULO 16

Nueva York se despertó bajo una capa de aguanieve que convertía las calles en un espejo gris y hostil. Susan Thorne no había dormido. Pasó la noche en su despacho, viendo cómo la noticia del "posible compromiso" —filtrada por Victoria Hearst sin su consentimiento definitivo— se propagaba por los tabloides como una mancha de aceite.

Jasper no había llamado. No había enviado mensajes. Su lado de la cama en el ático estaba tan frío como el mármol de la encimera.

—Susan, el coche está esperando —dijo Margot, asomándose a la oficina con una cautela infinita—. Tienes la prueba final de la colección cápsula en el taller y luego la gala de invierno de la Filarmónica. Victoria ha confirmado tu asistencia... y la de Jasper.

Susan levantó la vista. Tenía ojeras que ni el corrector más caro de la ciudad podía ocultar del todo.

—Jasper no va a venir, Margot. Y dudo que aparezca por el taller.

—Pero Susan, la prensa espera la foto del anillo. Si apareces sola, confirmas que las fotos de París fueron solo un desliz. El consejo de administración está monitorizando cada paso que das hoy.

—Que miren lo que quieran —sentenció Susan, levantándose con una rigidez dolorosa—. Si el mundo quiere una emperatriz, les daré una de hielo puro.

Llegó al taller de la Avenida Madison y se encontró con un escenario desolador. El lugar donde Jasper había salvado su colección entre nubes de vapor y eucalipto ahora se sentía como una

morgue de seda. Las costureras trabajaban en un silencio sepulcral. Susan se acercó al maniquí principal, pero al tocar la tela, no pudo evitar recordar el calor de las manos de Jasper sobre esa misma seda.

—Señora Thorne... —un joven ayudante de cocina apareció en la puerta del taller, visiblemente intimidado—. He traído esto de parte del Chef Vane. Dice que es para "la logística del desfile".

Era una pequeña caja de madera. Susan la abrió con dedos temblorosos. No había notas de amor, ni disculpas. Dentro había una muestra de sal ahumada y una llave. La llave de la puerta trasera de L'Artiste.

—¿Dónde está él? —preguntó Susan, su voz quebrándose apenas un milímetro.

—El Chef se ha ido de la ciudad, señora. Dijo que necesitaba buscar un ingrediente que solo crece en el silencio. No sabemos cuándo volverá. Ha dejado a Marcus a cargo del restaurante.

Susan cerró la caja con un golpe seco. Jasper no solo se había ido; la había dejado con la llave de su reino, un recordatorio de que él confiaba en ella, pero que no podía ser un peón en su tablero de ajedrez corporativo.

—Margot —dijo Susan, girándose hacia su asistente con una mirada que asustó a todos los presentes—. Cancela la gala de la Filarmónica. No voy a ir a lucir un compromiso falso para salvar unas acciones que ya no me importan.

—¡Susan, Victoria Hearst te destruirá si la dejas plantada! —exclamó Margot.

—Que lo intente. Estoy cansada de ser la que corta. Hoy, voy a ser la que se va.

Susan salió del taller, dejando a su equipo en estado de shock. No se dirigió a su limusina. Caminó hacia el metro,

mezclándose con la multitud de Manhattan por primera vez en años, con la llave de Jasper quemándole en el bolsillo.

Susan llegó a la puerta trasera de L'Artiste esquivando los charcos de agua sucia del callejón. Metió la llave que Jasper le había enviado; el metal giró suavemente, con un clic que sonó a bienvenida y a reproche al mismo tiempo. Al entrar, no se encontró con el rugido de la cocina ni el aroma embriagador de la mantequilla noisette. El restaurante estaba cerrado por descanso semanal, sumido en una penumbra gris que solo era interrumpida por las luces de emergencia.

Caminó por la cocina de acero inoxidable. Todo estaba impoluto, frío y extrañamente muerto sin la energía maníaca de Jasper. Susan se sintió como una intrusa en un santuario. Finalmente, se dirigió a la pequeña oficina acristalada del fondo, el lugar donde Jasper guardaba sus libros de cocina y sus secretos.

Se sentó en su silla de cuero gastado. El olor de él seguía allí: una mezcla de pimienta, sándalo y ese rastro metálico de los cuchillos recién afilados. Sobre el escritorio, vio un cuaderno de cuero abierto. Susan dudó un segundo —la privacidad era algo que ella valoraba por encima de todo—, pero la necesidad de entenderlo fue más fuerte.

No eran solo recetas. Eran bocetos.

Jasper había estado dibujando. No platos de comida, sino estructuras de vestidos. Eran intentos toscos, pero llenos de una intuición artística asombrosa, donde intentaba fusionar la caída de una tela con la textura de una salsa o la curva de una fruta. En el margen de una de las páginas, reconoció su propia silueta. Bajo el dibujo, una anotación con la caligrafía nerviosa de Jasper decía: “Seda que no se puede tocar. Fuego que no se puede apagar. Ella no es la marca, es el diseño original que nadie podrá copiar”.

Susan sintió un nudo en la garganta. Jasper no la veía como una oportunidad de negocio ni como un escalón hacia París. La veía

como su musa, como alguien tan obsesionado con la creación como él. Y ella había intentado convertir esa devoción en un comunicado de prensa.

—Sabía que vendrías aquí —dijo una voz desde la oscuridad de la cocina.

Susan se sobresaltó y cerró el cuaderno de golpe. Marcus, el jefe de sala, estaba apoyado en el marco de la puerta, con una chaqueta de lana y una expresión de cansancio.

—Él no está, Marcus —dijo Susan, tratando de recuperar su tono de mando, aunque sus ojos estaban enrojecidos.

—No, no está. Se fue al norte, a una granja de un viejo amigo. Dijo que Nueva York le estaba quitando el sabor a la comida. Pero me dejó instrucciones —Marcus entró y dejó un sobre pequeño sobre la mesa—. Dijo que si la "Emperatriz" venía buscando respuestas, le diera esto. Es una dirección en el valle del Hudson.

Susan tomó el sobre, sintiendo que el peso del papel era mayor que el de cualquier contrato millonario.

—¿Por qué me ayudas, Marcus? —preguntó ella—. Podrías haberme echado. Podrías haberle dicho que soy una distracción peligrosa.

—Porque desde que usted apareció, el Chef cocina como si tuviera algo por lo que vivir, no solo algo por lo que ganar —respondió Marcus con una sonrisa triste—. Pero si va a ir a buscarlo, señora Thorne, deje a la Emperatriz en el vestíbulo. A ese lugar solo se llega siendo Susan.

Susan conducía su propio coche, algo que no hacía desde que podía permitirse un chófer a tiempo completo. El Range Rover devoraba los kilómetros de la autopista hacia el norte, dejando atrás los rascacielos de cristal para dar paso a los árboles desnudos del valle del Hudson. La lluvia de la ciudad se había transformado aquí en una niebla espesa que se pegaba a los cristales como un sudario.

Llevaba unos vaqueros oscuros y un jersey de cachemira gris que Jasper le había prestado semanas atrás. Sin maquillaje, con el pelo recogido en una coleta baja y la dirección de Marcus arrugada en el asiento del copiloto, Susan se sentía extrañamente ligera. Como si cada kilómetro que la alejaba de la Torre Hearst le quitara un gramo de la armadura que la estaba asfixiando.

Finalmente, el GPS la guió por un camino de tierra flanqueado por muros de piedra seca hasta una pequeña granja de madera roja, cuya chimenea emitía un hilo de humo blanco hacia el cielo plomizo.

Susan bajó del coche. El aire aquí olía a tierra mojada, a pino y a ese frío punzante que limpia los pulmones. Al rodear la casa, vio un cobertizo abierto. Allí, bajo la luz de una bombilla desnuda, estaba él.

Jasper no estaba cocinando. Estaba cortando leña. Iba vestido con una camisa de franela a cuadros, abierta sobre una camiseta blanca, y sus movimientos eran rítmicos, poderosos. El sonido del hacha chocando contra la madera resonaba en el valle como un metrónomo. Susan se quedó inmóvil, observándolo desde la distancia. En la ciudad, Jasper era fuego y electricidad; aquí, parecía una parte más de la tierra.

Él se detuvo, como si hubiera detectado una alteración en el aire. Dejó el hacha clavada en el tronco y se giró lentamente. Al verla, no hubo sorpresa en su rostro, solo una resignación cansada que le dolió a Susan más que cualquier grito.

—Has tardado menos de lo que pensaba —dijo Jasper, limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo. Su voz era ronca, áspera.

—Marcus es un mal guardián de secretos —respondió ella, dando unos pasos hacia el cobertizo.

—Marcus sabe que cuando la Emperatriz quiere algo, lo consigue. ¿A qué has venido, Susan? ¿A traerme el contrato de compromiso para que lo firme entre corte y corte de leña? ¿O

Victoria Hearst necesita una foto mía rodeado de ovejas para la sección de "estilo rústico"?

Susan se detuvo a un metro de él. El frío le calaba los huesos, pero el fuego en los ojos de Jasper la mantenía en pie.

—He venido porque tenías razón, Jasper. —La voz de Susan tembló, algo inaudito en ella—. He pasado tanto tiempo diseñando la imagen perfecta que olvidé que el diseño solo importa si hay algo real que cubrir. Lo que hice en la oficina... intentar usarte para salvar mis acciones... fue el mayor error táctico de mi vida.

Jasper la miró en silencio, con el pecho subiendo y bajando por el esfuerzo.

—No fue un error táctico, Susan. Fue una traición. Me pediste que fuera parte de tu mundo, y en cuanto el mundo nos atacó, me convertiste en un activo comercial.

—Lo sé —susurró ella, dando un paso más, invadiendo su espacio—. Por eso he dejado a Victoria plantada. Por eso he cancelado la gala. He venido aquí a decirte que no quiero un compromiso de marketing. No quiero un anillo para los accionistas. Si voy a estar contigo, será porque eres el único hombre que me hace sentir que no necesito una armadura de seda para existir.

La lluvia, que había estado acechando todo el día, rompió finalmente en un aguacero torrencial que golpeó el techo de zinc del cobertizo. Jasper no se movió. Observó a Susan, empapada en segundos, con su jersey de cachemira pegado al cuerpo y esa mirada de determinación que solo ella poseía.

—No puedes simplemente aparecer aquí y esperar que el mundo se detenga porque tú has decidido ser "humana" por una tarde —dijo Jasper, aunque su voz ya no tenía el filo del odio, sino el peso del cansancio.

—No espero que se detenga —replicó ella, dando el último paso hasta quedar frente a él—. Espero que me dejes entrar. Porque

tengo frío, Jasper. Y no es por la lluvia. Es porque Nueva York se siente como un desierto sin ti.

Jasper soltó un suspiro derrotado y, sin previo aviso, la atrajo hacia sí con una mano firme en la nuca. El beso fue desesperado, con sabor a lluvia y a la sal de las lágrimas que Susan no sabía que estaba derramando. La levantó con una fuerza bruta, y ella se aferró a él como si fuera el único punto sólido en un universo que se desmoronaba.

Entraron en la pequeña cabaña de la granja tropezando con los muebles, dejando un rastro de ropa mojada sobre el suelo de madera crujiente. El calor de la chimenea que Jasper había encendido antes era lo único que iluminaba la estancia, proyectando sombras de un naranja intenso sobre las paredes de troncos.

Las puertas de la cabaña se cerraron, aislando el rugido de la tormenta exterior.

Dentro, sobre una alfombra de piel frente al fuego, el tiempo se detuvo de verdad. No había cámaras, ni Julian, ni Victoria Hearst. Solo estaba el lenguaje crudo de dos personas que se habían herido para aprender a amarse. Jasper la recorrió con una lentitud que era casi una disculpa, y Susan se entregó a él sin condiciones, descubriendo que la verdadera libertad no estaba en el éxito, sino en la piel de un hombre que no le pedía ser perfecta, solo ser suya.

Horas más tarde, con la tormenta convertida en un susurro y el fuego reducido a brasas, Susan descansaba apoyada en el pecho de Jasper, envueltos ambos en una manta de lana pesada. El silencio de la granja era absoluto, un bálsamo para sus mentes acostumbradas al ruido constante de la ciudad.

—¿Qué vamos a hacer mañana? —preguntó ella en un susurro, trazando con el dedo una de las cicatrices del antebrazo de él.

Jasper la apretó contra sí, besando su coronilla.

—Mañana volveremos, Susan. Pero no volveremos a sus reglas. Vamos a anunciar ese compromiso, pero no en un reportaje de veinte páginas. Lo haremos a nuestra manera. Que se enteren por el sabor de la comida y el corte del vestido. Vamos a darles lo que quieren, pero bajo nuestros propios términos.

Susan sonrió en la oscuridad. La "Emperatriz" estaba de vuelta, pero esta vez tenía un general que no temía al fuego a su lado.

—Te he echado de menos, Vane —murmuró ella antes de quedarse dormida.

—Yo nunca me fui, Susan. Solo estaba esperando a que me encontraras.

CAPÍTULO 17

El regreso a Manhattan a las seis de la mañana fue un despliegue de intenciones. Susan no entró en su ático; se dirigió directamente al taller de la Avenida Madison. Vestía la misma ropa con la que había regresado del campo, pero su mirada había recuperado el brillo del acero templado. Jasper, a su lado, sostenía una caja de madera con ingredientes frescos recolectados en la granja: el arma secreta para la ejecución de esa noche.

—Margot —llamó Susan, entrando en su oficina como un huracán—. Convoca a Arthur, a los miembros del comité de ética y, sobre todo, asegúrate de que Julian Vane esté presente. Dile que tengo una propuesta de "rendición" que no podrá rechazar.

—¿Rendición? —Margot parpadeó, ajustándose las gafas—. Susan, Victoria Hearst está en la línea dos. Está furiosa por lo de la gala de anoche. Dice que has arruinado meses de estrategia de imagen.

—Dile a Victoria que si quiere una historia de amor, se compre una novela barata. Esta noche vamos a darle una historia de poder —sentenció Susan—. La cena será en el ático. A las nueve. Jasper se encarga del menú. Yo me encargo del espectáculo.

Durante todo el día, el ático de Susan fue un campo de batalla logístico. Jasper se instaló en la cocina, transformando el espacio aséptico en un laboratorio de aromas intensos y texturas salvajes. Ya no había rastro del hombre que cortaba leña; volvía a ser el chef que dominaba el fuego. Susan, por su parte, se encerró con su equipo legal y con el USB de París. Había llegado el momento de usar el veneno que Julian mismo había destilado.

A las nueve en punto, los invitados llegaron. El ambiente en el salón era de una incomodidad palpable. Arthur y los consejeros se

sentaron a la inmensa mesa de cristal, evitando mirar a Susan, que lucía un vestido negro de seda mate que parecía absorber la luz de la habitación. Julian Vane entró el último, con una sonrisa triunfante, convencido de que Susan lo había llamado para negociar su salida de la empresa tras el escándalo de las fotos.

—Susan, querida. Me alegra que hayas recuperado el sentido común —dijo Julian, sentándose frente a ella—. París es una ciudad demasiado grande para que una mujer sola intente gobernarla. Un retiro temporal te vendrá bien para... reflexionar sobre tus elecciones personales.

—París es perfecta, Julian —respondió ella, apoyando sus manos sobre la mesa—. Pero antes de hablar de mi retiro, creo que deberíamos disfrutar de la hospitalidad de Jasper. Ha preparado algo que, sospecho, te resultará muy familiar.

Jasper salió de la cocina portando la primera bandeja. No llevaba el uniforme de chef; vestía una camisa negra impecable con las mangas remangadas. Se detuvo ante su hermano y dejó un plato pequeño con una sola ostra servida sobre una cama de sal negra y una perla de vinagre balsámico que brillaba como un ojo oscuro.

—"La Traición del Mar" —anunció Jasper, su voz resonando en el silencio del ático—. Una ostra que parece pura por fuera, pero que ha sido macerada en un amargor que solo se detecta cuando ya es demasiado tarde para escupirla.

Julian frunció el ceño, pero la presión social de los consejeros le obligó a probarla. Al tragar, su expresión cambió de la suficiencia a la confusión. El sabor era metálico, punzante, casi agresivo.

—¿A qué viene esto, Jasper? —preguntó Julian, limpiándose los labios con una servilleta de lino—. Si esto es un intento de arte culinario, es tan desagradable como tu conducta en París.

—No es arte, Julian —intervino Susan, sacando un pequeño mando a distancia y activando la pantalla gigante del salón—. Es el

aperitivo. Jasper, ¿podemos pasar al segundo plato? El que tiene sabor a... grabaciones de hotel.

El silencio que siguió a las palabras de Susan fue tan pesado que el tintineo de la lluvia contra los ventanales sonó como disparos. Julian dejó la copa de vino sobre la mesa, sus dedos temblando apenas un milímetro, lo suficiente para que el ojo clínico de Susan lo registrara como una confesión de culpabilidad.

—¿Grabaciones? —Julian soltó una risa nerviosa, buscando apoyo en la mirada de los consejeros—. Susan, el agotamiento te está haciendo delirar. Este espectáculo es indigno de tu posición.

—Lo que es indigno es usar los fondos de un bufete para pagar a un extorsionador en Queens —respondió ella.

Susan pulsó el mando. La pantalla de alta definición, que normalmente mostraba desfiles de moda, se llenó de ondas de sonido blancas sobre un fondo negro. El audio comenzó a reproducirse, llenando el salón con la acústica perfecta que Jasper tanto apreciaba.

"... Julian ya tiene el documento listo, Jasper. Si no firmas la exclusividad ahora, él registrará la carta que ya hemos preparado con tu firma digital. Nadie creerá que es falsa una vez que las acciones de Thorne & Mode empiecen a caer por el escándalo de las fotos..."

La voz de Elena Roche era inconfundible, pero fue la respuesta de Julian la que heló la sangre de los presentes:

"... No me importa el escándalo, Elena. Quiero a Susan fuera de la presidencia para el lunes. Una vez que el consejo vea esas fotos, la cláusula de moralidad hará el resto del trabajo. Tú te quedas con Jasper en París, y yo me quedo con el control de la marca en Nueva York. Es un trato justo."

Arthur se puso en pie, su rostro pasando de la palidez al rojo volcánico en segundos. Los otros consejeros miraban a Julian como

si acabaran de descubrir a una rata en una bandeja de caviar.

—¡Es un montaje! —gritó Julian, golpeando la mesa—. ¡Un truco digital hecho por este... este cocinero de tres al cuarto!

Jasper se acercó a la mesa, cruzando los brazos sobre su pecho. Su sombra caía sobre su hermano, oscureciéndolo.

—El audio ha sido peritado esta mañana por la misma empresa de seguridad que usa el consejo, Julian. Los metadatos coinciden con la suite del hotel frente al Crillon. No solo intentaste sabotear mi carrera; intentaste robarle a Susan su vida delante de sus propios socios.

—Julian Vane —dijo Arthur, su voz temblando de indignación —, mañana a primera hora nuestro departamento legal presentará una demanda por fraude, conspiración y difamación. Y te sugiero que renuncies a cualquier cargo en tu bufete antes de que el Colegio de Abogados reciba una copia de este "aperitivo".

Julian miró a su alrededor, buscando una salida, una grieta, un aliado. Pero solo encontró los ojos gélidos de Susan, que lo observaba con la misma indiferencia con la que se mira a una mancha de aceite en una pasarela.

—Jasper —dijo Susan, sin apartar la vista de Julian—, creo que nuestro invitado ya no tiene apetito. Acompáñalo a la salida. Y asegúrate de que no se lleve nada de los cubiertos de plata; sospecho que va a necesitar hasta el último centavo para pagar su fianza.

Susan permaneció de pie mientras escuchaba el sonido lejano de la puerta principal cerrándose tras su cuñado. Se tomó su tiempo para alisar una arruga inexistente de su vestido y luego, con una parsimonia aterradora, volvió a sentarse en la cabecera de la mesa. Los cinco consejeros, hombres que sumaban siglos de experiencia en Wall Street, parecían ahora niños pequeños sorprendidos rompiendo un jarrón caro.

—Susan... —empezó Arthur, carraspeando para aclarar su voz —. Todos estamos... profundamente conmocionados. Julian nos manipuló. Nos presentó pruebas que parecían legítimas y nosotros, velando por la estabilidad de la marca...

—No hablabais de estabilidad en esta misma mesa hace tres días, Arthur —lo cortó Susan. Su voz no era alta, pero tenía la vibración del acero—. Hablabais de moralidad. Hablabais de mi "distracción". Hablabais de mi dimisión como si fuera un activo amortizado.

Jasper regresó al salón. No fue a la cocina. Se colocó detrás de Susan, apoyando una mano en el respaldo de su silla, en un gesto de apoyo que esta vez nadie se atrevió a cuestionar.

—El consejo ha sido negligente —continuó Susan—. Habéis permitido que un agente externo interfiriera en la dirección estratégica de Thorne & Mode. Por eso, mis condiciones para seguir adelante con el acuerdo de París y con mi permanencia en esta empresa han cambiado.

—¿Condiciones? —preguntó uno de los consejeros, tragando saliva.

—Primero: la disolución inmediata del comité de ética. No necesito que un grupo de hombres en edad de jubilación juzgue lo que hago en mi dormitorio mientras yo les hago ganar millones. Segundo: la creación de una nueva división, T&V L'Art de Vivre, con Jasper Vane como director creativo ejecutivo y socio paritario. Y tercero... —Susan hizo una pausa, mirando a Arthur directamente a los ojos— quiero vuestras cartas de dimisión sobre mi mesa antes de que termine el mes. Nombraré a mis propios consejeros.

—¡Eso es una toma de poder absoluta! —exclamó Arthur—. ¡Es un golpe de estado!

—Es una limpieza, Arthur —replicó Jasper, interviniendo por primera vez—. Porque en una cocina, cuando un ingrediente se pudre, se tira toda la olla. Vosotros sois el ingrediente podrido.

Habéis dudado de la mujer que ha construido todo esto desde la nada.

Susan sacó una carpeta del cajón de la mesa. Eran los nuevos contratos, redactados durante su estancia en el valle del Hudson.

—Firmad los preacuerdos de transferencia de voto ahora, o el audio de Julian —y la mención de vuestra complicidad tácita en el sabotaje de París— llegará a la Comisión de Valores mañana a las ocho de la mañana.

Arthur miró a sus compañeros. Vio la derrota en sus rostros. Susan no estaba negociando; estaba dictando los términos de su rendición. Uno a uno, tomaron la pluma de platino y firmaron su salida de la historia de la empresa.

—Gracias, caballeros —dijo Susan, recogiendo los documentos con una sonrisa triunfante—. Jasper, creo que el plato principal ya está listo. Aunque sospecho que nuestros invitados ya no tienen estómago para más.

El último de los consejeros abandonó el ático con la rapidez de quien huye de un naufragio. Susan escuchó el eco del ascensor y, por primera vez en horas, sus hombros se relajaron. Dejó la carpeta con las firmas sobre la mesa de cristal y exhaló un suspiro largo, sintiendo cómo la adrenalina empezaba a dar paso a un cansancio triunfante.

Jasper se acercó a ella por detrás, rodeando su cintura con sus brazos y apoyando la barbilla en su hombro.

—Ha sido una masacre preciosa, Susan —susurró él, besando la curva de su cuello—. Nunca había visto a cinco tiburones de Wall Street encogerse tanto de hombros.

—No eran tiburones, Jasper. Eran solo hombres que creían que podían controlar lo que no entendían —ella se giró entre sus brazos, entrelazando sus dedos en la nuca de él—. Pero ahora ya no

hay obstáculos. El consejo es nuestro, París es nuestro y Julian... Julian está acabado.

Jasper la levantó en vilo, apartando las copas de vino vacías para sentarla sobre la mesa de cristal que acababa de ser el escenario de su victoria legal. La luz de Manhattan, al otro lado de los ventanales, parecía rendirles pleitesía.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? —preguntó Jasper, recorriendo con sus labios la línea de su mandíbula—. Que ahora, cuando el mundo nos mire, ya no verá a una "Emperatriz" y a su "distracción". Verán a los dueños del juego.

—Eso suena a que tienes planes muy ambiciosos para nuestra nueva división, socio —sonrió ella, permitiendo que la máscara de frialdad se derritiera por completo bajo el calor de su mirada.

—Tengo planes para toda la noche, Susan. Y ninguno incluye hablar de negocios.

Jasper la besó con una pasión que sellaba mucho más que un contrato. Ya no había dudas, ni secretos, ni pasados que pudieran alcanzarlos. En la soledad del ático, rodeados por el silencio de una ciudad que acababan de poner a sus pies, se entregaron el uno al otro con la certeza de que su alianza era, por fin, inquebrantable.

Las puertas del dormitorio se cerraron tras ellos, dejando la mesa de cristal y los documentos firmados como los restos de una batalla ganada. Mañana el mundo amanecería con una nueva jerarquía en la Quinta Avenida, pero esta noche, la Emperatriz y el Artista solo celebraban que, contra todo pronóstico, habían logrado mantener el fuego encendido sin quemarse las manos.

CAPÍTULO 18

Nueva York tiene una forma cruel de recordarte que nadie es dueño del suelo que pisa. Susan y Jasper estaban en la cúspide de su luna de miel profesional; los planos para el local de París ya estaban aprobados y la nueva colección cápsula se agotaba en preventa. Sin embargo, el lunes por la mañana, la realidad llamó a la puerta de L'Artiste en forma de un sobre certificado con el sello de la ciudad.

Susan estaba en la cocina del restaurante, sentada en un taburete mientras observaba a Jasper preparar un nuevo postre de cítricos. El ambiente era relajado, casi doméstico, hasta que Marcus entró con el rostro desencajado y el sobre en la mano.

—Chef, Susan... esto acaba de llegar. Es una notificación de desalojo por "interés urbanístico prioritario" —dijo Marcus, dejando el papel sobre el acero inoxidable.

Jasper dejó caer la manga pastelera, manchando el mármol de crema de limón. Susan tomó el documento con la rapidez de una serpiente.

—¿Desalojo? —Susan leyó el texto con ojos expertos—. "Proyecto de Revitalización del West Village". Un conglomerado llamado Nexus Core ha comprado la manzana entera, Jasper. Incluyendo este edificio. Van a demolerlo para construir un centro de datos y apartamentos inteligentes de ultra lujo.

Jasper se apoyó contra la encimera, su rostro volviéndose de piedra.

—Este edificio ha sido un restaurante desde los años veinte, Susan. He invertido cada gota de mi sudor en estas paredes. No

pueden simplemente llegar con un cheque y pasarle una excavadora por encima.

—En esta ciudad pueden hacer lo que quieran si tienen el respaldo del Ayuntamiento —replicó Susan, su mente estratégica ya funcionando a mil revoluciones—. Nexus Core es propiedad de Silas Vane... no, espera. Es Silas Vance. El magnate de la tecnología que cree que la comida se puede sustituir por batidos de proteínas. Es el hombre que desprecia todo lo que huela a historia.

—No me importa quién sea —gruñó Jasper, quitándose el delantal con un gesto brusco—. No voy a dejar que destruyan mi hogar para que un grupo de ejecutivos de Silicon Valley tengan un lugar donde cargar sus coches eléctricos.

—Jasper, cálmate —Susan se levantó y le puso una mano en el pecho—. Si peleas como un chef, gritando y lanzando sartenes, te aplastarán. Silas Vance no entiende de pasión, entiende de números. Si queremos salvar L’Artiste, tenemos que atacar su activo más valioso: su reputación de "visionario del futuro".

En ese momento, la televisión del bar, que siempre estaba sintonizada en las noticias financieras, mostró la cara de Silas Vance. Era un hombre joven, de una belleza aséptica y aburrida, anunciando su "regalo a Nueva York": un complejo tecnológico que borraría del mapa el corazón bohemio del Village.

—Mañana tiene una cena de gala para inversores —dijo Susan, mirando la pantalla con una sonrisa depredadora—. Y adivina quién ha sido invitada para supervisar el estilo del evento.

Jasper la miró, captando la idea.

—¿Vas a meter al "bárbaro del Village" en la cena del hombre que quiere demoler su casa?

—Voy a hacer algo mejor, Jasper. Vamos a servirle su última cena. Si quiere un futuro tecnológico, vamos a demostrarle que el pasado tiene un sabor que su algoritmo nunca podrá replicar. Vamos

a ir a esa cena, y vamos a ganar esta guerra antes de que la primera excavadora toque el asfalto.

El cuartel general de Nexus Core en Hudson Yards era una torre de cristal y titanio que parecía diseñada por una inteligencia artificial carente de sentido del humor. Susan caminaba por el vestíbulo de mármol sintético con Jasper a su lado; él vestía un traje de lino negro sin corbata, con las manos en los bolsillos y una expresión de profundo asco ante la asepsia del lugar.

—Aquí no huele a nada, Susan —susurró Jasper—. Ni a polvo, ni a comida, ni a gente. Es como estar dentro de una nevera gigante.

—Es el mundo de Silas Vance, Jasper. Un mundo donde todo lo que es "ineficiente" o "viejo" debe ser eliminado —respondió ella, saludando con un leve movimiento de cabeza a la recepcionista, que parecía más un androide que una mujer—. Recuerda el plan. Yo me encargo de la estética de la gala; tú te infiltras en el equipo de catering como el "consultor de innovación" que Jean-Luc Moreau ha recomendado.

Silas Vance los recibió en su oficina del último piso. Era un espacio minimalista, con una vista de 360 grados de la ciudad que él pretendía rediseñar a su imagen y semejanza. Silas se levantó de su silla ergonómica de tres mil dólares. Era joven, de piel perfecta y una mirada que analizaba los datos de Susan como si fuera un escáner.

—Susan Thorne. El algoritmo dice que tu marca está en su punto de mayor influencia histórica —dijo Silas con una voz monótona—. Y tú debes de ser el chef del escándalo. Jasper Vane.

—El chef del restaurante que piensas demoler, Vance —replicó Jasper, sin rastro de diplomacia.

Silas sonrió, una curva de labios que no llegaba a sus ojos.

—No es nada personal, Vane. Es optimización. Tu local es una reliquia de baja eficiencia energética en una zona de alta densidad potencial. Nueva York necesita centros de datos, no coq au vin. El progreso no se puede detener por una receta de abuela.

Susan intervino antes de que Jasper saltara sobre el escritorio.

—Precisamente por eso estamos aquí, Silas. Si tu gala de mañana va a ser la presentación del "Futuro de la Humanidad", necesitas que el estilo y el menú reflejen esa superioridad. Jasper ha diseñado un menú experimental que utiliza procesos moleculares que harían llorar a un ingeniero de la NASA.

Silas arqueó una ceja, intrigado. El ego de los tecnócratas era su punto más débil: la necesidad de ser siempre los más avanzados en todo.

—¿Innovación gastronómica? Interesante. El catering actual es aburrido. Si puedes demostrarme que la cocina puede ser tan precisa como mi código, quizás te deje elegir el color de la pintura de los nuevos servidores que pondré donde ahora está tu cocina.

—Te demostraré algo mucho mejor, Silas —dijo Jasper, acercándose a él con una sonrisa lobuna—. Te demostraré que hay cosas que tu código nunca podrá calcular.

Salieron de la oficina y, en el ascensor, Susan apretó el brazo de Jasper.

—Lo tenemos. Ha mordido el anzuelo. Mañana, mientras él presenta su proyecto ante los inversores y el alcalde, tú vas a servirles el "Sabor de la Memoria". Vamos a usar ingredientes que evoquen la nostalgia más profunda, el sentido de pertenencia que la tecnología les ha robado.

—Y yo voy a diseñar una iluminación que haga que su torre de cristal se sienta como una tumba —añadió Susan—. Vamos a

hacer que todos los presentes sientan que, al apoyar el proyecto de Silas, están matando su propia infancia.

La gala de Nexus Core era una exhibición de poder digital. Pantallas de plasma gigantes proyectaban renders de una ciudad limpia, blanca y aséptica, mientras luces LED de un azul quirúrgico bañaban a los trescientos invitados. Susan, sin embargo, había introducido sutiles cambios en la iluminación: las luces no eran estáticas; vibraban a una frecuencia que generaba una leve pero persistente inquietud subconsciente, un efecto que ella llamaba "la soledad del futuro".

En la cocina, Jasper trabajaba con el equipo de Silas, pero no había traído nitrógeno líquido ni esferificaciones. Lo que había traído eran hornos de leña portátiles y ollas de barro que desentonaban violentamente con la pulcritud de la cocina de inducción de Nexus.

—Chef, el señor Vance espera que el primer plato sea "La Nube de Magnesio" —le susurró un ayudante de Silas, mirando con horror las ollas de Jasper.

—Dile al señor Vance que ha habido un cambio en la programación —respondió Jasper, mientras removía un caldo que desprendía un aroma a tierra, lluvia y madera—. Vamos a servir "El Primer Recuerdo".

El primer plato llegó a las mesas de los inversores y al alcalde. No era una espuma etérea, sino un caldo de cebolla caramelizada durante doce horas, servido con una costra de pan rústico y un queso que olía a las granjas de las afueras de la ciudad. Era el olor de los domingos en casa de las abuelas que todos esos hombres de negocios habían olvidado en su ascenso a la cima.

Susan observaba desde la sombra del escenario. Vio cómo un veterano banquero cerraba los ojos tras el primer sorbo, con la cuchara temblando levemente. Vio cómo la conversación sobre beneficios y eficiencia se detenía ante el impacto de un sabor que les recordaba quiénes eran antes de los algoritmos.

Silas Vance, en la mesa presidencial, probó el caldo y su rostro se contrajo. Miró a Susan, detectando la trampa. Se levantó para dar su discurso de presentación del proyecto, pero el ambiente en la sala ya no era de entusiasmo tecnológico. Era de melancolía.

—El futuro que Nexus Core ofrece... —empezó Silas, pero su voz sonó extrañamente vacía frente a las imágenes de demolición que se proyectaban a su espalda—. Un futuro donde la ineficiencia del pasado será borrada para dar paso a la perfección...

—¿Borrada como este caldo, Silas? —gritó alguien desde el fondo de la sala—. ¿O borrada como el West Village donde muchos de nosotros crecimos?

Susan sonrió. El sabotaje sensorial estaba funcionando. Jasper salió de la cocina, todavía con el delantal manchado, y caminó hacia el escenario. El contraste entre el chef de aspecto rudo y el magnate de la tecnología era la imagen perfecta del conflicto de Nueva York.

—Señor Vance —dijo Jasper, su voz resonando en los altavoces de alta fidelidad—, usted dice que mi restaurante es una reliquia de baja eficiencia. Pero este caldo ha hecho que sus inversores se sientan más vivos en cinco minutos de lo que su tecnología los ha hecho sentir en diez años. Si demuele el Village, no está construyendo el futuro; está borrando el alma de la ciudad que nos da de comer a todos.

El alcalde miró a Jasper y luego a los renders del proyecto. El silencio en la sala era sepulcral. Silas Vance apretó los puños, dándose cuenta de que Susan y Jasper no habían venido a decorar su fiesta, habían venido a dinamitar su legado frente a sus propios aliados.

La gala de Nexus Core se desmoronó antes de que se sirviera el café. Los inversores, aún bajo el hechizo del sabor y la iluminación melancólica de Susan, empezaron a abandonar el salón con una sensación de culpa colectiva que Silas Vance no pudo contrarrestar

con ningún gráfico de barras. El alcalde, tras estrechar la mano de Jasper en un gesto que las cámaras captaron con avidez, se marchó sin firmar el permiso de demolición.

Silas se quedó solo en el escenario, rodeado de pantallas que mostraban una ciudad perfecta que nadie quería ya habitar. Susan se acercó a él, caminando sobre el suelo de titanio con la seguridad de quien acaba de ganar una guerra sin disparar una sola bala.

—La nostalgia es el único bug que tu sistema nunca podrá corregir, Silas —dijo Susan, mirándolo por encima de sus gafas de sol—. Puedes comprar el suelo, pero no puedes comprar la memoria. Mañana mi departamento legal te enviará una oferta para que Nexus Core nos venda el edificio de L'Artiste. Considera que es el precio por no filtrar a la prensa que tu "futuro" sabe a cartón frente al caldo de un cocinero del Village.

Silas no respondió. Simplemente se dio la vuelta y se perdió en las sombras de su propia torre.

Jasper y Susan salieron de Hudson Yards de la mano. El aire de la noche neoyorquina se sentía eléctrico, cargado de la satisfacción del deber cumplido. No fueron a un club a celebrar, ni llamaron a la prensa para alardear de su victoria. Regresaron al ático, dejando el mundo de los algoritmos atrás.

Una vez dentro, el silencio del hogar los recibió como un bálsamo. Susan se despojó de su traje de batalla, dejando que la seda cayera al suelo, mientras Jasper encendía una sola lámpara de luz tenue.

—Has estado increíble, Vane —susurró ella, acercándose a él y rodeando su cuello con los brazos—. Has hecho que trescientos millonarios prefirieran una cebolla caramelizada a un imperio tecnológico.

—Tuviste una buena maestra —respondió él, atrayéndola hacia sí por la cintura—. Me enseñaste que en esta ciudad, la

imagen lo es todo. Y la imagen de hoy era la de un hombre que no se rinde.

Jasper la levantó en vilo y la llevó hacia el dormitorio, donde la luz de la luna neoyorquina volvía a bañarlo todo. Las puertas se cerraron, aislando el murmullo de la ciudad que nunca duerme.

En la intimidad de su habitación, entre sábanas que olían a paz y a victoria, se entregaron el uno al otro con una intensidad que nada tenía que ver con los negocios. El éxito sobre Silas Vance era solo el decorado; lo real era el calor de sus cuerpos y la certeza de que, mientras estuvieran juntos, ninguna excavadora ni ningún algoritmo podría tocar los cimientos de lo que habían construido.

Susan se durmió con la cabeza en el pecho de Jasper, escuchando el latido de un corazón que ninguna máquina podría replicar jamás. Habían salvado su hogar, pero sobre todo, habían salvado su derecho a seguir siendo humanos en una ciudad de cristal.

CAPÍTULO 19

París en invierno es una acuarela de grises, azules y el reflejo del hierro bajo la lluvia. El nuevo local en la Rue du Faubourg Saint-Honoré, bautizado simplemente como L'Artiste de Thorne, era la culminación de meses de batallas. La fachada, una mezcla de cristal vanguardista y piedra caliza clásica, era la comidilla de toda la capital.

Faltaban solo veinticuatro horas para la inauguración oficial, el evento que sellaría el destino de la nueva división ante Jean-Luc Moreau y el resto de la nobleza europea. Susan supervisaba la colocación de las cortinas de terciopelo medianoche, mientras Jasper, en la cocina del sótano, afinaba las brasas de su nuevo horno de piedra.

—¿Todo listo, Margot? —preguntó Susan, sin apartar la vista de un pliegue rebelde en la tela.

—Casi todo, Susan. La lista de invitados está cerrada. El alcalde de París ha confirmado su asistencia, y tenemos a tres editoras de Vogue volando desde Londres. Pero... —Margot hizo una pausa, mirando su tablet con una expresión de pánico que Susan reconoció al instante—. Los camiones de la aduana están retenidos en la frontera de Normandía.

Susan se giró lentamente. Sus ojos, enmarcados por un maquillaje ahumado perfecto, centellearon.

—¿Qué camiones, Margot?

—Los que traen el vino de la reserva especial de Étienne y, lo que es peor, las piezas de la colección cápsula que las modelos deben lucir durante el servicio. Dicen que hay una "irregularidad

sanitaria" con los embalajes de seda y un problema de impuestos con el alcohol.

—¿Normandía? —Jasper apareció por la escalera de servicio, secándose las manos. Su rostro estaba tenso—. Esa es la jurisdicción del tío de Elena Roche. El inspector jefe de aduanas es familia suya.

Susan apretó los puños. Elena no se había rendido; simplemente había esperado a que estuvieran en su terreno para contratacar.

—No es una irregularidad, es un secuestro legal. Quiere que mañana abramos con vino de supermercado y vestidos de la temporada pasada. Quiere que el debut de Jasper en París sea mediocre.

—Sin ese vino, el menú de "El Lobo" pierde su sentido —gruñó Jasper—. El maridaje es lo que justifica el precio de la mesa. Si servimos cualquier otra cosa, los críticos nos despedazarán por "falta de coherencia".

Susan miró hacia la calle, donde la lluvia golpeaba con fuerza los escaparates de las tiendas de lujo vecinas.

—No vamos a esperar a que los abogados hablen con Normandía. Tardarían tres días y nosotros tenemos veinte horas. Jasper, necesito tu moto. Y necesito que encuentres a Étienne.

—¿Vas a ir tú sola a una aduana en mitad de la noche? —Jasper arqueó una ceja, preocupado.

—No voy a ir a la aduana —respondió Susan con una sonrisa depredadora—. Voy a ir a cenar con el Ministro de Cultura. Lo conocí en un desfile en Milán y me debe un favor por haber vestido a su esposa para la investidura. Si Elena cree que puede jugar a la política de provincias conmigo, va a descubrir que yo juego a nivel de Estado.

Jasper la miró con una mezcla de orgullo y deseo. La "Emperatriz" estaba en pleno despliegue de guerra.

—Ve a por el Ministro, Susan. Yo me quedaré aquí preparando un plan B con lo que haya en los mercados locales. Si los camiones no llegan, mañana París comerá algo que no olvidará... pero preferiría que llegaran.

El restaurante Le Grand Véfour era un templo de espejos dorados y techos pintados donde el tiempo parecía haberse detenido en la época de Napoleón. Susan Thorne estaba sentada frente a un hombre de aspecto impecable y mirada cansada: el Ministro de Cultura, Jean-Pierre Chevalier. Susan lucía un vestido de seda color plata que parecía líquido bajo la luz de las velas, un diseño que gritaba elegancia francesa con una precisión neoyorquina.

—Susan, siempre es un placer, pero sospecho que esta cena no es para recordar los viejos tiempos en Milán —dijo Jean-Pierre, saboreando una copa de Borgoña—. He oído rumores sobre unos camiones en Normandía. Los rumores en París corren más rápido que el Sena.

—Los rumores son ciertos, Jean-Pierre —respondió Susan, apoyando sus dedos largos sobre el mantel—. Una tal Elena Roche está usando el apellido de su tío en la aduana para jugar a las vendettas personales. Está bloqueando mi colección y el alma del menú de Jasper. Si esos camiones no cruzan la frontera de la ciudad antes del amanecer, la inauguración de mañana será un desastre. Y Jean-Luc Moreau no estará nada contento de que su inversión estrella se vea empañada por un inspector de provincias con delirios de grandeza.

El Ministro suspiró, frotándose la sien.

—La familia Roche es... antigua, Susan. Tienen raíces profundas. No puedo simplemente dar una orden y pasar por encima de un protocolo sanitario, por muy falso que sea.

—No te pido que pases por encima de la ley, Jean-Pierre. Te pido que exijas una inspección inmediata de rango ministerial. — Susan se inclinó hacia delante, su voz bajando a un susurro cargado

de intención—. Mañana estarán allí las editoras jefe de las tres revistas de moda más importantes del mundo. Si escriben que París es una ciudad donde la burocracia se usa para el sabotaje, la imagen de "capital de la cultura" sufrirá un golpe que tus presupuestos de turismo no podrán reparar.

Mientras tanto, en la cocina de la Rue du Faubourg Saint-Honoré, Jasper estaba solo frente a una encimera vacía. El silencio era roto únicamente por el goteo de un grifo. De repente, la campana de la entrada de servicio sonó. Al abrir, Jasper no se encontró con un repartidor, sino con un hombre de unos setenta años, vestido con un abrigo de lana raído pero con unos zapatos que costaban una fortuna: era Henri Roche, el patriarca de la familia de Elena.

—He venido a ver qué clase de hombre ha vuelto loca a mi sobrina —dijo Henri, entrando en la cocina sin permiso. Su voz era como el crujido de hojas secas.

—He venido a cocinar, no a formar parte de su drama familiar, señor Roche —replicó Jasper, cruzándose de brazos—. Su sobrina está intentando arruinar mi inauguración. Si cree que eso la hará sentir mejor, se equivoca. Solo la hará parecer desesperada.

—Elena es impulsiva —admitió el anciano, recorriendo la cocina con la mirada—. Pero tiene razón en algo: has traído el ruido de Nueva York a una ciudad que prefiere la música de cámara. Mi hermano no soltará esos camiones a menos que yo se lo pida. Y yo solo lo pediré si me demuestras que tu cocina no es solo un truco de luces y sombras para americanos aburridos.

Jasper miró al anciano. Sabía que Susan estaba jugando sus cartas políticas, pero esta era una oportunidad de solucionar el problema de raíz.

—No tengo ingredientes, señor Roche. Sus camiones tienen mi inventario.

—Un verdadero chef cocina con lo que tiene —sonrió Henri de forma gélida—. Hay un mercado de noche a tres calles. Tienes una hora. Si el plato que me sirves me recuerda por qué París es el centro del mundo, los camiones estarán aquí antes de que el sol toque la punta de la Torre Eiffel.

Jasper regresó del mercado del Marais con una bolsa de papel que apenas pesaba. No había buscado caviar ni trufas; había buscado lo que los parisinos llaman le terroir del asfalto. Sobre la encimera de acero, Jasper depositó unas alcachofas de Normandía, un poco de mantequilla artesana con sal de mar, tres limones amarillos y una botella de sidra que un granjero le había vendido por cinco euros.

—¿Eso es todo? —preguntó Henri Roche, apoyado en su bastón de plata, observando los ingredientes con una ceja arqueada —. Esperaba que al menos trajeras algo que no pudiera comprar un estudiante de la Sorbona.

—El lujo es una distracción, señor Roche —respondió Jasper, encendiendo un pequeño hornillo portátil—. Lo que su sobrina ha bloqueado en la frontera son mis herramientas. Pero lo que no puede bloquear es mi memoria.

Jasper empezó a trabajar. Sus manos se movían con una cadencia hipnótica. Torneó las alcachofas con la precisión de un joyero, las salteó en la mantequilla hasta que el aroma a avellana inundó la cocina y las desglasó con la sidra, creando una emulsión que brillaba como el oro viejo bajo las luces fluorescentes. Mientras tanto, en Le Grand Véfour, Susan Thorne estaba librando su propia batalla.

—Jean-Pierre —dijo Susan, dejando su copa de vino intacta—, no estoy aquí para pedirte clemencia. Estoy aquí para ofrecerte una exclusiva mundial. Mañana, en la inauguración, habrá una zona dedicada al diseño sostenible francés. Si me ayudas a desbloquear esos camiones, el nombre del Ministerio de Cultura aparecerá como socio principal en la campaña de prensa internacional de Thorne &

Mode. Imagina los titulares: "El Gobierno Francés protege el futuro de la moda".

El Ministro de Cultura la miró, fascinado por la audacia de la mujer. Susan no estaba rogando; estaba comprando su cooperación con la moneda más valiosa de París: el prestigio.

—Tienes una forma muy... persuasiva de entender la diplomacia, Susan —admitió Jean-Pierre, sacando su teléfono personal—. Veré qué puedo hacer con el jefe de aduanas. Pero no prometo nada antes del amanecer.

En la cocina, Jasper servía el plato a Henri Roche. No era una construcción arquitectónica; era un corazón de alcachofa confitado, coronado con una emulsión de sidra y una ralladura de limón tan fina que parecía polvo de ángel.

—Pruébelo —instó Jasper—. Es el sabor de la Normandía que su hermano está intentando secuestrar.

Henri Roche pinchó la verdura con un tenedor de plata. Se la llevó a la boca y cerró los ojos. Por un momento, el anciano pareció perder su rigidez. El sabor era amargo, dulce y profundamente honesto. Era, en esencia, la infancia de un niño de provincias que se había olvidado de sus raíces en los salones de París.

—Es... —Henri se detuvo, tragando con dificultad—. Es un insulto a mi soberbia, Jasper. Mi sobrina me dijo que eras un truco americano. Pero esto... esto es francés. Más francés de lo que ella será jamás.

En ese instante, el teléfono de Jasper vibró sobre la encimera. Era un mensaje de Susan: "El Ministro ha cedido. Los camiones están en marcha. Pero necesitamos la firma de los Roche para que no los vuelvan a parar en la circunvalación".

Jasper miró al patriarca de la familia que tenía su futuro en las manos.

—El plato tiene un precio, señor Roche. Y no es en francos ni en dólares.

El amanecer sobre el Sena no trajo sol, sino una claridad lechosa que perfilaba las gárgolas de Notre Dame. En la Rue du Faubourg Saint-Honoré, el silencio de la madrugada fue roto por el rugido de tres camiones pesados que doblaron la esquina escoltados por una patrulla de la Gendarmería con las luces apagadas.

Henri Roche, tras firmar el documento de desistimiento frente a Jasper, se había marchado sin decir una palabra más, dejando tras de sí el aroma de la sidra y la derrota de su sobrina.

Susan llegó al local justo cuando el primer camión bajaba la rampa hidráulica. Bajó del coche del Ministro, todavía con su vestido plata, luciendo una palidez aristocrática que solo acentuaba su aire de victoria. Al ver a Jasper salir a la calle, con el rostro manchado de hollín y los ojos inyectados en sangre, no hubo protocolos.

—Están aquí —dijo Jasper, señalando las cajas de vino de Étienne y los percheros blindados que contenían la colección cápsula —. El viejo Roche ha cedido.

—Y el Ministro también —respondió Susan, acercándose a él hasta que sus respiraciones se mezclaron en el aire frío—. Hemos movido los cimientos de esta ciudad en doce horas, Vane.

Jasper la tomó por la cintura y la atrajo hacia el interior del restaurante, lejos de las miradas de los operarios que empezaban a descargar el material. En la penumbra de la sala principal, rodeados de mesas aún sin vestir y el eco de los camiones, el alivio estalló en una urgencia que no podía esperar a la inauguración.

Se besaron con la desesperación de quienes han estado a punto de perderlo todo. Jasper la levantó sobre una de las estaciones de servicio de mármol, apartando las muestras de mantelería con un gesto brusco. No había seda, ni diamantes, ni estrellas Michelin que importaran en ese momento; solo el calor de sus cuerpos reclamando el territorio ganado a pulso.

Las puertas del local permanecieron cerradas mientras el mundo exterior despertaba. Dentro, entre cajas de Burdeos y vestidos de alta costura, Susan y Jasper sellaron su pacto con París. Habían conquistado la ciudad antes incluso de que se encendiera el primer fogón.

Horas más tarde, cuando el primer rayo de luz real golpeó la vidriera de la entrada, Susan se alisaba el vestido plata frente a un espejo, mientras Jasper daba las primeras órdenes a un equipo de cocina que acababa de llegar, eufórico al ver que tenían ingredientes con los que trabajar.

—Estamos listos, Susan —dijo Jasper, acercándose a ella con una copa de agua—. Esta noche, París va a descubrir que el sabor del éxito es mucho mejor que el de la tradición.

—Esta noche —sonrió ella, recuperando su máscara de Emperatriz— vamos a demostrarles que Nueva York no viene a visitar París. Viene a quedarse con las llaves.

CAPÍTULO 20

París se rindió sin condiciones. La inauguración de L'Artiste de Thorne no fue una cena, fue un asedio de glamour. La Rue du Faubourg Saint-Honoré tuvo que ser cortada al tráfico debido a la aglomeración de curiosos y paparazzi. Dentro, el aroma de las alcachofas trufadas de Jasper se mezclaba con el perfume de las mujeres más ricas de Europa, que desfilaban entre mesas vestidas con la colección cápsula que Susan había rescatado de la aduana.

Susan, sin embargo, se sentía extraña. Llevaba un vestido de terciopelo verde bosque que acentuaba su figura, pero por primera vez en su carrera, el champán que le ofrecían le producía una náusea sutil y persistente. Atribuyó el mareo al cansancio extremo, a las noches sin dormir en Normandía y al estrés de la batalla con los Roche.

—Estás radiante, Susan —dijo Jean-Luc Moreau, acercándose con una sonrisa de victoria—. El consejo está fascinado. Dicen que has traído la energía que le faltaba a esta ciudad.

—Gracias, Jean-Luc —respondió ella, forzando una sonrisa profesional mientras sentía que el suelo oscilaba levemente bajo sus pies—. Nueva York y París siempre fueron amantes destinados a encontrarse.

Jasper apareció entre la multitud, luciendo su chaquetilla de gala. Se acercó a Susan y le puso una mano en la cintura, un gesto que ya no ocultaban.

—¿Estás bien? Estás más pálida de lo normal, y eso es mucho decir para la mujer que inventó el blanco marfil —susurró él al oído de ella.

—Es solo el calor, Vane. Sigue cocinando. París tiene hambre de ti —replicó ella, aunque tuvo que apoyarse ligeramente en su brazo.

Al final de la noche, cuando los últimos invitados se retiraban y las críticas en redes sociales ya hablaban de "el evento del siglo", Susan se retiró al baño del local. Se miró al espejo, limpiándose el sudor de la frente. Su mente, programada para la lógica, empezó a repasar las fechas del calendario. Sus ciclos siempre habían sido tan precisos como una colección de otoño, pero el último... el último se había perdido entre el desfile del muelle de Chelsea y la huida al Hudson.

Con manos temblorosas, sacó de su bolso un pequeño sobre que había comprado en una farmacia de guardia de camino al restaurante, más por un impulso paranoico que por una certeza.

—No puede ser —susurró para sí misma, mirando la pequeña caja de cartón—. No ahora. No cuando el mundo es finalmente mío.

Se encerró en el cubículo de mármol, rodeada del lujo que ella misma había diseñado, sintiendo que su vida, tan meticulosamente planificada, estaba a punto de descarrilar. Minutos después, los dos trazos azules en la pequeña ventana de plástico le confirmaron que el "giro final" no era un contrato, ni una traición de Julian, ni un sabotaje de Elena.

Era un latido. Un latido que compartía su sangre y, muy probablemente, la arrogancia de Jasper Vane.

Susan se sentó sobre la tapa del inodoro, con el test de embarazo en la mano y las lágrimas —lágrimas de verdad, calientes y aterradoras— empañando su maquillaje impecable. Afuera, Jasper estaba brindando por su futuro. Dentro, Susan Thorne acababa de descubrir que el futuro ya no le pertenecía solo a ella.

Susan permaneció inmóvil en el cubículo, con el pequeño objeto de plástico convertido en una sentencia de muerte para su antigua vida. El ruido amortiguado de la fiesta —el tintineo de copas

de cristal y las risas de la aristocracia francesa— le resultaba ahora una cacofonía lejana e insignificante. Ella, la mujer que calculaba el gramaje de la seda y el impacto de un desfile con precisión milimétrica, no había previsto esto.

Se obligó a respirar. Una, dos veces. Guardó el test en lo más profundo de su bolso de mano de edición limitada y se retocó el labial con manos que se negaban a dejar de temblar.

—Control, Susan. Tienes el control —se mintió a sí misma frente al espejo.

Al salir, la luz del salón principal la deslumbró. Jasper la estaba esperando junto a la barra, con dos copas de un champán rosado que costaba más que un alquiler en el Village. Su rostro desbordaba una alegría cruda y contagiosa; era el hombre que acababa de conquistar la ciudad que una vez lo expulsó.

—¡Aquí estás! —exclamó Jasper, rodeándole la cintura con el brazo y ofreciéndole una copa—. Jean-Luc acaba de decir que el contrato para Londres está listo. Susan, lo hemos logrado. Todo lo que planeamos en aquel ático de Nueva York... está ocurriendo.

Susan miró la copa de champán. El aroma de las burbujas, que normalmente le recordaba a la victoria, ahora le revolvía el estómago.

—No tengo mucha sed, Jasper —murmuró, dejando la copa sobre la barra con un movimiento rígido.

—¿Estás bien? Estás más blanca que la caliza de la fachada — Jasper dejó su propia copa y la tomó por los hombros, su expresión cambiando de la euforia a una preocupación genuina—. Es el cansancio, ¿verdad? Te has pasado de rosca con la logística. Mañana nos iremos a la casa de campo de Moreau, a descansar. Sin teléfonos, sin telas, solo nosotros.

—No puedo irme a ninguna parte, Vane —replicó ella, recuperando su máscara de Emperatriz por puro instinto de

supervivencia—. Tenemos la rueda de prensa a las ocho y la reunión con los inversores textiles al mediodía. El éxito no duerme.

—Pues el éxito va a tener que tomarse una siesta —Jasper la atrajo hacia sí, besándole la frente—. He reservado una suite privada en la planta de arriba del restaurante. He preparado algo de comer... algo suave, solo para nosotros. Quiero celebrar que, por fin, ya no tenemos que luchar contra nadie.

Susan sintió un nudo en la garganta. Jasper hablaba de paz, de un futuro de expansión y gloria, mientras ella sentía que un terremoto silencioso estaba agrietando los cimientos de su imperio. Quería decírselo, quería soltar la carga allí mismo, pero ¿cómo le dices al hombre que vive para el fuego y la libertad que ahora están atados a algo que ninguno de los dos planeó?

—Sube tú —dijo ella, soltándose suavemente de su agarre—. Necesito terminar de cerrar los libros con Margot. Te veré allí en veinte minutos.

Jasper la miró con una ceja arqueada, detectando que algo no encajaba, pero atribuyó su actitud al agotamiento post-batalla.

—Veinte minutos, Susan. Ni uno más. Si no apareces, bajaré a buscarte y te cargaré al hombro delante de todo París.

Susan lo vio alejarse hacia la escalera. Se sentía pequeña, una sensación que detestaba. Caminó hacia el despacho de la parte trasera, pero no para buscar a Margot. Necesitaba estar sola con la noticia antes de que el mundo —y Jasper— se la arrebataran.

Susan se encerró en el pequeño despacho de la planta baja, el mismo que olía a pintura fresca y a éxito reciente. Se dejó caer en la silla de diseño, sintiendo que el peso de su propio cuerpo era una carga extraña. Antes de que pudiera procesar un solo pensamiento, su teléfono personal vibró sobre la mesa. El nombre en la pantalla era el de la única persona que podía hacerla sentir como una empleada incluso en su propio reino: Victoria Hearst.

—Victoria, es tarde en Nueva York —dijo Susan, tratando de que su voz no delatara el temblor de sus manos.

—El éxito no tiene huso horario, Susan —la voz de Victoria era una mezcla de seda y veneno—. He visto las fotos de la inauguración. París está a tus pies. Pero he recibido una llamada de un contacto en una clínica privada de Manhattan. Al parecer, alguien intentó acceder a tu historial médico hace dos días. Julian Vane sigue buscando basura, Susan.

A Susan se le heló la sangre. Julian. Incluso derrotado, seguía siendo una hiena olfateando debilidades.

—No va a encontrar nada, Victoria. Mi salud es un asunto privado.

—Tu salud es un activo de la empresa, querida. Si hay alguna "novedad" que pueda afectar a la imagen de la Emperatriz de Hierro, necesito saberlo antes que la prensa. El mercado espera una mujer de acero, no una madre de familia. Recuerda nuestra exclusiva con Bazaar. El compromiso debe ser el cierre de la temporada. No dejes que la biología arruine tu mejor diseño.

Susan colgó sin despedirse. "No dejes que la biología arruine tu mejor diseño". Las palabras de Victoria resonaron en la habitación como una bofetada. Para el mundo, ella era una marca, un concepto estético. Un embarazo no era una noticia feliz; era un defecto de fabricación en una línea de producción perfecta.

Salió del despacho y subió las escaleras hacia la suite privada. Cada escalón se sentía como una montaña. Al entrar, se encontró con una escena que, en cualquier otra circunstancia, la habría hecho sonreír. Jasper había atenuado las luces y había servido una cena ligera: un consomé clarificado y unas tostadas de pan de centeno con mantequilla de trufa.

—Te he preparado algo que no te revuelva el estómago —dijo Jasper, acercándose a ella y ayudándola a quitarse el pesado abrigo de terciopelo—. Pareces una aparición, Susan. Siéntate.

Él se sentó frente a ella, mirándola con una ternura que le dolía más que el desprecio de Victoria.

—He estado pensando —continuó él, tomando su mano— que quizá después de Londres deberíamos tomarnos un tiempo. De verdad. No un retiro táctico, sino un tiempo para nosotros. Quizá volver a esa granja en el Hudson... o buscar algo aquí, en el campo francés.

Susan lo miró. Jasper estaba proyectando un futuro de paz, una vida compartida donde el fuego ya no era para la guerra, sino para el hogar. ¿Cómo podía soltar la bomba en mitad de ese momento de cristal?

—Jasper... —empezó ella, su voz apenas un susurro.

—¿Sí? —Él se inclinó, besando sus nudillos.

—Victoria ha llamado. Dice que Julian sigue husmeando. —Susan retiró la mano, incapaz de sostener el contacto—. El mundo nos está mirando, Jasper. Están esperando que cometamos un error. Están esperando ver una grieta en la armadura.

—Que miren —respondió él con desdén—. Ya no pueden tocarnos. Somos Thorne y Vane. Somos invencibles.

Susan bajó la vista hacia su vientre, todavía plano bajo el terciopelo verde. Invencibles. La palabra sonaba a ironía cruel. Quiso decírselo, quiso gritar que la grieta ya estaba allí, creciendo dentro de ella, pero el miedo a ver la reacción de Jasper —el hombre que amaba su libertad por encima de todo— la amordazó.

La cena quedó casi intacta sobre la mesa de caoba. Susan fingió dar unos sorbos al consomé bajo la mirada atenta de Jasper, pero cada bocado se sentía como ceniza. Él, convencido de que se trataba de un agotamiento extremo, no insistió. La guio hacia la inmensa cama con dosel, donde las sábanas de seda negra esperaban como un abismo acogedor.

—Descansa, Susan —murmuró Jasper, desabrochando con delicadeza los ganchos de su vestido verde—. Mañana el mundo seguirá ahí fuera, pero esta noche no tiene permiso para entrar.

Se acostaron en una penumbra rota solo por el resplandor de las farolas de la Rue du Faubourg Saint-Honoré. Jasper la rodeó con sus brazos, pegando su espalda a su pecho, y Susan sintió el calor de su piel, ese fuego que siempre la había salvado del frío de su propia ambición. Pronto, la respiración de él se volvió lenta y rítmica, sumiéndose en el sueño profundo del guerrero que ha ganado su batalla.

Pero Susan permaneció con los ojos abiertos, fijos en las molduras del techo.

Llevó una mano a su vientre, apenas un roce sobre la seda de su camisón. Allí, en ese espacio que siempre había pertenecido exclusivamente a su voluntad, algo ajeno a su control estaba reclamando su lugar. Pensó en las palabras de Victoria: "madre de familia", "defecto de fabricación". Pensó en la mirada de Jasper cuando hablaba de la libertad de París.

¿Qué pasaría cuando el mundo se enterara? La "Emperatriz de Hierro" se convertiría en un titular de prensa rosa. Julian usaría la noticia para cuestionar su capacidad de liderazgo ante el consejo. Y Jasper... ¿se sentiría atrapado en un diseño que no había elegido?

Una lágrima solitaria resbaló por su sien, perdiéndose en la almohada. Por primera vez en su vida, Susan Thorne no tenía un plan de contingencia. No podía despedir a este problema, ni comprarlo, ni rediseñarlo para la pasarela.

Se giró con cuidado para no despertar a Jasper y observó su rostro en la oscuridad. Se veía tan joven, tan ajeno a la tormenta que ella llevaba dentro. Se sintió tentada de despertarlo, de susurrarle la verdad y dejar que él decidiera por ambos. Pero el orgullo, ese viejo aliado que la había llevado a la cima, le prohibió mostrar su miedo.

—Lo siento, Jasper —susurró para nadie, mientras cerraba los ojos intentando conciliar un sueño que no llegaría—. Pero este es un desfile que voy a tener que caminar sola durante un tiempo.

Afuera, París celebraba el nacimiento de un nuevo imperio gastronómico y de moda. Dentro, Susan empezaba a comprender que el precio del cielo era mucho más alto de lo que cualquier factura de hotel o contrato de exclusividad podría reflejar jamás.

CAPÍTULO 21

Nueva York en diciembre era un monstruo de cristal envuelto en escarcha. Susan Thorne observaba el tráfico de la Quinta Avenida desde su ventanal, sintiendo que el cristal blindado era lo único que la separaba de un colapso público. Habían pasado tres semanas desde la noche de París. Tres semanas de náuseas matutinas camufladas como "problemas gástricos por el cambio de agua" y de ajustar los patrones de su ropa para que las faldas de talle alto y las chaquetas estructuradas ocultaran lo que su mente aún se negaba a procesar del todo.

—Susan, la junta de inversores para el proyecto de Londres está en la sala de espera —dijo Margot, entrando con un fajo de documentos—. Y Victoria Hearst ha enviado el borrador final de la exclusiva del compromiso. Quiere que confirmes la fecha para la sesión de fotos en el ático.

Susan se giró lentamente. Llevaba un traje sastre en color gris carbón, con hombreras tan marcadas que parecían una armadura. Su palidez ya no era aristocrática; era casi traslúcida.

—Dile a Victoria que espere. Y dile a los inversores que hoy no habrá café, solo resultados —sentenció Susan, aunque tuvo que agarrarse al borde de su escritorio cuando un mareo repentino la golpeó.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó Margot, bajando la voz—. Jasper ha llamado dos veces. Dice que no has probado bocado en la cena de los últimos tres días y que si no te presentas hoy en el restaurante para probar el nuevo menú, vendrá a buscarte con un médico.

—Jasper se preocupa demasiado por los ingredientes y poco por los plazos —respondió Susan con dureza, intentando ocultar el

nudo en su garganta—. Dile que estoy ocupada con Londres.

Lo que Susan no sabía era que Julian Vane, herido y humillado en París, no se había retirado a lamerse las heridas. Estaba sentado en un despacho oscuro del Downtown, frente a un detective privado que le entregaba un sobre con un sello de una farmacia francesa y un informe de laboratorio obtenido de forma ilícita.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Julian, con una sonrisa que era puro veneno.

—Los residuos encontrados en la papelera de la suite del Crillon no mienten, señor Vane —respondió el hombre—. La señora Thorne está esperando un heredero. O, como dirían sus accionistas, un "riesgo biológico no declarado".

Julian se reclinó en su silla de cuero, sintiendo el calor de la venganza recorrer sus venas. Susan Thorne se creía la dueña de la narrativa, la mujer de acero que no podía ser tocada. Pero ahora tenía un punto débil, una grieta en su seda que él pensaba ensanchar hasta que todo su imperio se desmoronara.

—No vamos a ir a la prensa todavía —murmuró Julian—. Vamos a esperar a la firma del contrato de Londres. Quiero que el golpe sea tan público que ni siquiera Jean-Luc Moreau pueda salvarla. La Emperatriz va a caer, y esta vez, el Chef no podrá cocinar nada para salvarla del hambre.

En ese mismo instante, en la cocina de L'Artiste, Jasper contemplaba una salsa de frambuesa con una sospecha creciente. Susan había cambiado. Su paladar, antes infalible, parecía haberle dado la espalda. Evitaba los sabores fuertes, rechazaba el vino y sus ojos tenían un brillo de secreto que él conocía demasiado bien. Jasper no era un hombre de negocios, pero era un hombre de sentidos, y sus sentidos le decían que Susan le estaba ocultando la receta más importante de su vida.

La reunión con los inversores de Londres fue un ejercicio de equilibrismo extremo. Susan Thorne desgranaba proyecciones de ventas y costes logísticos con la precisión de un relojero, pero cada vez que el aroma del café recién hecho de la sala inundaba sus fosas nasales, el mundo se tambaleaba.

—¿Señora Thorne? —preguntó uno de los banqueros ingleses —. ¿Se encuentra bien? Ha dejado de hablar en mitad de la previsión del margen bruto.

Susan apretó los bordes de la mesa de caoba hasta que sus nudillos perdieron todo rastro de color. El sudor frío perleaba su nuca bajo el moño impecable.

—Solo... un momento de reflexión, caballero. Como decía, el mercado del lujo en Mayfair exige...

No pudo terminar. La habitación dio un giro violento de trescientos sesenta grados. Susan cerró los ojos, sintiendo que la gravedad la abandonaba. El murmullo de los inversores se convirtió en un zumbido sordo.

De repente, la puerta de la sala de juntas se abrió de golpe. No fue una apertura protocolaria; fue el estruendo de alguien que no pensaba esperar a ser anunciado. Jasper Vane entró en la sala, todavía con su chaqueta de cuero negra y el aroma a lluvia de Manhattan pegado a la piel. Su mirada ignoró a los hombres de traje y se clavó directamente en el rostro ceniciento de Susan.

—Se acabó la reunión —sentenció Jasper, caminando hacia la cabecera con una autoridad que no admitía réplica.

—¡Vane, no puedes entrar así! —intentó protestar Arthur, poniéndose en pie—. Estamos cerrando Londres.

—A la mierda Londres —gruñó Jasper. Llegó al lado de Susan justo cuando ella se desplomaba hacia un lado. La atrapó en sus brazos antes de que su cabeza golpeara el cristal de la mesa—. ¡Margot, fuera todo el mundo! ¡Llama a un médico privado, ahora!

Los inversores, escandalizados y confundidos, abandonaron la sala bajo la mirada asesina de Jasper. Cuando la puerta se cerró, él depositó a Susan en la silla, arrodillándose frente a ella. Le tomó el rostro entre las manos, obligándola a centrar la vista. [1]

—Susan, mírame. Respira. —Jasper le desabrochó el primer botón del traje gris, el que parecía estar asfixiándola—. Se acabó el juego de las escondidas. Llevas dos semanas comportándote como una desconocida. No comes, no duermes y ahora te desmayas en mitad de una junta. ¿Qué está pasando? ¿Es Julian? ¿Es el estrés de París?

Susan recuperó el aliento poco a poco, pero las lágrimas que había estado conteniendo durante semanas finalmente desbordaron sus ojos gélidos. No era la Emperatriz la que lloraba; era la mujer que se sentía aterrada por primera vez en su vida.

—No es Julian, Jasper —susurró ella, con la voz rota—. Ojalá fuera él. Ojalá fuera algo que pudiera solucionar con un abogado o un desfile.

Jasper le apartó un mechón de pelo de la frente con una ternura que la hizo sollozar.

—Entonces, ¿qué es? Dímelo. Lo que sea, lo arreglaremos.

Susan tomó aire, llevó la mano de Jasper hacia su vientre, presionándola contra el tejido rígido de su traje sastre. El contacto quemaba.

—Es un diseño que no elegí, Jasper. Estoy embarazada.

El silencio que siguió fue absoluto. Jasper se quedó inmóvil, con la mano sobre ella, mirando a Susan como si acabara de decirle que el sol no volvería a salir. El chef, el hombre de las reacciones rápidas y el fuego constante, se quedó sin palabras.

Jasper no retiró la mano. Sus dedos, callosos por el trabajo en la cocina, se cerraron levemente sobre el vientre de Susan a través de la lana del traje. Sus ojos recorrieron el rostro de ella,

buscando una señal de que era una broma, de que era una de sus frías tácticas de negociación. Pero solo encontró una vulnerabilidad tan pura que le dio miedo tocarla por si se rompía.

—Embarazada —repitió Jasper, y su voz no sonó a pánico, sino a una extraña forma de asombro—. ¿En París? ¿Aquella noche después de la aduana?

Susan asintió, apartando la mirada hacia los rascacielos que empezaban a encender sus luces de advertencia para los aviones.

—Lo supe la noche de la inauguración. Mientras tú brindabas por el éxito, yo estaba en un baño de mármol descubriendo que mi carrera tal como la conozco se había terminado.

—¿Terminado? —Jasper se puso de pie, pero no se alejó. La levantó con suavidad para que ella también se pusiera en pie, manteniéndola sujeta por los hombros—. ¿De qué estás hablando, Susan? Esto no es una quiebra.

—Para Victoria Hearst lo es. Para el consejo de administración, también —replicó ella, recuperando un destello de su acidez—. Victoria me dijo que el mundo espera una "Emperatriz de Hierro", no una madre. Si se enteran, Julian usará la cláusula de incapacidad temporal para arrebatarme la dirección durante la expansión de Londres. Dirán que mis hormonas nublan mi juicio. Dirán que he perdido el filo.

Jasper soltó una carcajada ronca, una que no tenía nada de gracia.

—Que lo intenten. Que intenten decirle a la mujer que salvó una colección del humo y una cena de un sabotaje de gas que "ha perdido el filo". Susan, a la mierda Victoria y a la mierda Julian.

—No es tan fácil, Jasper —dijo ella, acercándose al ventanal —. He pasado años construyendo una imagen de perfección absoluta. No hay espacio para un niño en la pasarela de Thorne & Mode. He tenido miedo de decírtelo porque... porque tú siempre has

sido libre. No quería que te sintieras atado a un diseño que no pediste.

Jasper caminó hacia ella y la rodeó por detrás, envolviéndola en un abrazo que era como una fortaleza. Apoyó la barbilla en su hombro, mirando el mismo horizonte que ella.

—He pasado toda mi vida huyendo de las ataduras, es verdad. Pero contigo... contigo aprendí que la libertad no es estar solo, sino elegir quién te acompaña en el incendio. Susan, no estás sola en esto. Y si el mundo quiere un escándalo, les daremos un escándalo tan grande que se olvidarán de respirar. Pero no voy a dejar que te escondas como si hubieras cometido un crimen.

—Julian lo sabe —soltó Susan, el miedo volviendo a su voz—. O sospecha algo. Ha estado husmeando en París. Si él tiene pruebas antes de que nosotros controlemos la noticia...

—Entonces dejaremos de jugar a la defensa —sentenció Jasper, dándole la vuelta para mirarla a los ojos—. Vamos a adelantar la exclusiva de Victoria, pero no como ella quiere. Vamos a anunciar el compromiso y el heredero bajo nuestros propios términos. Hoy mismo.

El ático de la Quinta Avenida se sentía diferente esa noche. Ya no era solo un escaparate de minimalismo y éxito; era el búnker donde se estaba fraguando la mayor ofensiva de sus vidas. Jasper no se había separado de Susan desde que salieron de la oficina. Él mismo le preparó una cena ligera, ignorando las llamadas incesantes de Victoria Hearst que Susan había decidido silenciar.

—Tienes que comer, Susan —dijo Jasper, dejando un plato de pasta fresca con limón y albahaca frente a ella—. No es solo por ti ahora. Es por el "pequeño socio" que ha decidido boicotear nuestras reuniones de inversores.

Susan sonrió débilmente, tomando el tenedor. La náusea había remitido, sustituida por una extraña calma. Miró a Jasper, que

la observaba con una mezcla de orgullo y una protección feroz que nunca le había visto antes.

—Si Julian tiene esas pruebas, las filtrará mañana —comentó Susan, volviendo al modo estratégico—. Esperará a que el mercado abra para maximizar el daño.

—Pues que las filtre —replicó Jasper, sentándose a su lado y tomando su mano—. Pero para cuando lo haga, nosotros ya habremos contado nuestra versión. He hablado con Alistair Vance. Le debo una por la crítica de París, y él nos debe otra por el soplo del sabotaje. Va a publicar una pieza corta en su blog personal esta noche. No será un reportaje de moda, será una declaración de principios.

Susan arqueó una ceja.

—¿Qué tipo de declaración?

—Una que dice que la Emperatriz y el Artista no solo están conquistando ciudades, sino que están construyendo un legado — Jasper se levantó y la guio hacia el ventanal, donde la nieve empezaba a caer con suavidad sobre Central Park—. Victoria quería un compromiso de marketing. Julian quería un escándalo de debilidad. Les vamos a dar la verdad: que estamos juntos, que vamos a tener un hijo y que quien intente usar eso en nuestra contra se enfrentará a todo el peso de Thorne & Vane.

Susan se apoyó en él, sintiendo por primera vez que el peso de su imperio ya no la aplastaba.

—Va a ser un terremoto, Vane. Mañana todo el mundo hablará de nosotros.

—Que hablen —susurró él, rodeándola con sus brazos y apoyando la mano, con una reverencia casi sagrada, sobre su vientre—. Mientras nosotros tengamos el control de la cocina y de la pasarela, que se queden con los titulares.

Esa noche, bajo las sábanas de seda que tantas batallas habían presenciado, no hubo estrategias ni planes de expansión. Solo hubo dos personas descubriéndose en una nueva dimensión de su amor, aceptando que el diseño de sus vidas había cambiado para siempre y que, por primera vez, el resultado final no dependía de un patrón o de una receta, sino de la fuerza de lo que habían creado juntos.

Jasper apagó la luz, y en la oscuridad del ático, Susan se permitió llorar de nuevo, pero esta vez fue de alivio. La guerra seguía ahí fuera, pero dentro, el fuego estaba más vivo que nunca.

CAPÍTULO 22

El martes amaneció con el cielo de Nueva York teñido de un rosa violento, como si la atmósfera misma presagiara el escándalo. A las ocho de la mañana, el blog de Alistair Vance ya había colapsado los servidores debido al tráfico. La noticia no era un rumor; era un manifiesto. Susan Thorne y Jasper Vane anunciaban su unión y la llegada de un heredero para el imperio Thorne & Vane.

Pero Julian Vane no iba a permitir que su derrota fuera silenciosa.

Susan entró en el edificio de la Madison Avenue a las nueve en punto. No llevaba su habitual traje gris de batalla; vestía un abrigo largo de cachemira color crema y caminaba con una calma que inquietaba a todos a su paso. Jasper iba a su lado, con el rostro serio y una mano apoyada en la base de la espalda de Susan, como un guardaespaldas que no necesitaba armas porque él mismo era el peligro.

—Están todos en la sala de juntas, Susan —susurró Margot en el vestíbulo, con los ojos rojos de no dormir—. Julian ha traído a un notario y a un representante de los accionistas minoritarios. Dice que tu estado es una "negligencia de información" y que pone en duda la viabilidad de la expansión de Londres.

—Dile al notario que espero que traiga papel suficiente para escribir su propia carta de despido —replicó Susan, sin detenerse.

Al entrar en la sala de juntas, el ambiente era tóxico. Julian estaba de pie al final de la mesa, rodeado de carpetas legales. Arthur y el resto del consejo —los que aún quedaban tras la purga de París— miraban el suelo, evitando el contacto visual.

—¡Aquí está! —exclamó Julian con una voz que rozaba la histeria—. La mujer que oculta información vital al mercado. Susan, el contrato de Londres tiene una cláusula de transparencia. Al no informar de tu... "condición", has invalidado las garantías de los inversores. Una directora ejecutiva que pronto estará de baja por maternidad no puede liderar una apertura en Mayfair.

Jasper dio un paso al frente, pero Susan levantó la mano, deteniéndolo. Se quitó el abrigo con lentitud, revelando un vestido de punto de seda que, por primera vez, no intentaba comprimir su silueta. Se sentó en la cabecera, cruzando las manos sobre la mesa.

—Julian, tu fijación con mi útero empieza a ser un problema psiquiátrico —dijo Susan, su voz resonando con una autoridad que hizo que Arthur se enderezara en su asiento—. Mi "condición", como tú la llamas, no es una negligencia. Es la garantía de que esta empresa tiene un futuro que va más allá de vuestros dividendos trimestrales.

—¡Es un riesgo operativo! —gritó Julian, golpeando la mesa —. ¡Exigimos una votación de censura inmediata!

—¿Una votación? —Susan arqueó una ceja—. Arthur, ¿es eso lo que el consejo desea? ¿Queréis votar por la destitución de la mujer que ha duplicado vuestro capital en seis meses porque ha decidido tener una vida fuera de estos muros?

Arthur carraspeó, mirando de reojo a Jasper, que lo observaba con una mirada depredadora.

—Susan, el problema es que Julian tiene razón sobre la cláusula de Londres. Los británicos son muy estrictos con la estabilidad del liderazgo durante el primer año.

—Entonces es una suerte que no vaya a liderar Londres sola —intervino Jasper, inclinándose sobre la mesa—. Como socio paritario de Thorne & Vane Experiences, yo asumiré la dirección operativa en el terreno durante los meses en que Susan necesite estar fuera de la primera línea. He firmado los poderes esta mañana.

El liderazgo es estable, Julian. Solo que ahora tiene dos cabezas... y un corazón.

Julian se quedó lívido ante la mención de los poderes firmados por Jasper. El aire en la sala de juntas se volvió denso, cargado con el olor del miedo de un hombre que ve cómo su última trampa se cierra sobre sus propios dedos.

—¡Eso no es válido! —chilló Julian, señalando a Jasper con un dedo tembloroso—. Jasper Vane es un cocinero, no un ejecutivo. No tiene la formación ni la experiencia para gestionar una apertura de este calibre. El mercado se reirá en nuestra cara si un hombre que se gana la vida con un delantal intenta dirigir una operación financiera en la City.

Susan se levantó lentamente. No necesitó gritar; su presencia llenó la habitación con una fuerza que hizo que el notario retrocediera un paso.

—Ese "cocinero", Julian, ha gestionado una crisis de gas en mitad de una cena con Moreau, ha salvado una colección de seda del humo y ha conquistado París en una noche de asedio legal —Susan caminó alrededor de la mesa hasta quedar frente a él—. Tiene más instinto para la supervivencia y el éxito del que tú tendrás en diez vidas de litigios mediocres. Pero lo más importante es que él entiende algo que tú nunca comprenderás: la lealtad.

Susan miró a Arthur y al resto de los consejeros.

—Habláis de riesgos. ¿Queréis saber cuál es el verdadero riesgo? El riesgo es dejar esta empresa en manos de hombres que intentan sabotearla desde dentro. Julian no está aquí para proteger a los accionistas. Está aquí porque odia que su hermano sea libre y que yo sea poderosa.

—Susan, las formas... —intentó decir Arthur.

—¡Las formas se acabaron! —sentenció ella—. Julian, tengo en mi poder los registros de las transferencias que hiciste a la cuenta

puente de "Spider", el fotógrafo de Queens. Y tengo el testimonio firmado de Elena Roche, que ha decidido colaborar con nosotros a cambio de que no presentemos cargos criminales por el incendio del muelle.

Julian palideció. El nombre de Elena fue el golpe de gracia.

—Ella no hablaría... ella me odia tanto como a vosotros.

—Elena ama su libertad, Julian. Y yo le ofrecí un trato que tú no podías igualar —Jasper se acercó, colocándose al lado de Susan. Los dos hermanos se miraron, y por primera vez, Julian bajó la vista —. Estás acabado. No solo en este consejo, sino en Nueva York. He hablado con los socios de tu bufete. Ya no eres bienvenido en Vane & Associates. Te han comprado tu parte por una fracción de su valor para evitar que el nombre del despacho se hunda contigo.

Julian se desplomó en una silla, el maletín de cuero cayendo al suelo con un sonido seco. El silencio en la sala era el de un funeral.

—Arthur —dijo Susan, volviendo a su asiento con una elegancia letal—, quiero la votación ahora. Pero no para mi destitución. Quiero una votación para la expulsión permanente de Julian Vane como consultor y para la ratificación de Jasper como director ejecutivo de operaciones para Londres. ¿Hay alguien que se oponga?

Miró a cada uno de los hombres de la sala. Nadie levantó la mano. El poder de Julian se había evaporado como el vapor de una olla mal cerrada.

—Bien —dijo Susan—. Notario, tome acta. Julian, tienes cinco minutos para recoger tus cosas y salir de este edificio. Si después de ese tiempo sigues aquí, seguridad te escoltará hasta la acera... y me aseguraré de que haya fotógrafos esperando para captar tu "salida triunfal".

Susan no esperó a ver cómo Julian recogía sus papeles con manos temblorosas. Salió de la sala de juntas con la cabeza alta, ignorando los murmullos de los accionistas que ahora se deshacían en felicitaciones. Jasper la siguió de cerca, pero no se detuvieron en el despacho. Él la guio hacia la escalera de caracol que conducía a la terraza privada del ático del edificio, un lugar donde el ruido de la Madison Avenue era solo un zumbido lejano.

Al salir al aire libre, el frío de diciembre les golpeó la cara, pero Susan no retrocedió. Se acercó a la barandilla de cristal, contemplando el Empire State que se alzaba orgulloso entre la niebla.

—Se ha acabado, Vane —susurró ella, dejando que sus hombros cayeran por fin—. Julian es historia. El consejo está atado de pies y manos. Ya no hay más secretos que puedan usar contra nosotros.

Jasper se colocó detrás de ella, envolviéndola en su abrigo de lana para protegerla del viento. Sus manos se entrelazaron sobre el vientre de Susan, un gesto que en ese lugar, bajo el cielo de Nueva York, se sentía como la toma de posesión del mundo entero.

—Ya no eres la "Emperatriz de Hierro", Susan —dijo él, apoyando la barbilla en su hombro—. Ahora eres algo mucho más peligroso. Eres una mujer que lo tiene todo: el imperio, el hombre y el futuro.

Susan soltó una risa suave, una que no tenía nada de gélida.

—Me asusta, Jasper. Por primera vez en mi vida, no tengo un plan de cinco años detallado al milímetro. No sé cómo voy a compaginar Londres con pañales de seda, ni cómo voy a evitar que nuestro hijo herede tu temperamento imposible.

—Aprenderemos sobre la marcha —respondió él, girándola para que lo mirara—. Tú diseñarás el mundo y yo le daré sabor. Y si nuestro hijo hereda mi temperamento, al menos sabrá cocinar una tortilla decente antes de cumplir los cinco años.

Susan lo miró a los ojos, descubriendo en ellos una paz que nunca creyó encontrar en un hombre tan volátil. Se dio cuenta de que la verdadera victoria no era haber humillado a Julian, sino haber construido un espacio donde podía ser ella misma sin miedo a perder su corona.

—Victoria Hearst va a odiar que el reportaje de Bazaar ya no sea una exclusiva de compromiso, sino una de "familia imperial" —comentó ella con una chispa de travesura.

—Que se aguante. Le cobraremos el doble por las fotos del bebé —Jasper la atrajo para un beso largo, cargado de promesas y de la adrenalina de la victoria—. Nueva York nos pertenece, Susan. De arriba abajo.

Se quedaron allí, abrazados sobre la ciudad que habían conquistado, sintiendo que el frío del invierno era incapaz de apagar el fuego que habían encendido. Ya no eran dos enemigos jugando al amor; eran dos socios, dos amantes y, pronto, dos padres que habían aprendido que la única regla que importa es la que escribes tú mismo sobre la marcha.

Esa noche, L'Artiste no abrió sus puertas al público. Por una vez, el cartel de la entrada no indicaba "Reserva Completa", sino "Cerrado por Celebración Privada". Dentro, el ambiente era una explosión de alivio y júbilo. Jasper había ordenado abrir las botellas de champán que guardaba para la tercera estrella Michelin, y Susan, por primera vez, había permitido que Margot y el resto del equipo del taller se mezclaran con los cocineros y camareros en una bacanal de alta cocina y camaradería.

Susan estaba sentada en la barra de mármol, observando la escena con una copa de zumo de granada que Jasper había decorado con una flor de cristal para que pareciera el cóctel más exclusivo de la ciudad.

—Míralos —dijo Jasper, acercándose con un trapo al hombro, recuperando su esencia de chef—. Parecen una colección de moda

que ha cobrado vida y ha decidido asaltar una despensa.

—Es el caos más hermoso que he visto nunca —admitió Susan.

Jasper dejó el trapo y se apoyó en la barra, mirándola con una seriedad que detuvo el tiempo.

—Susan, hemos pasado por el fuego, por la aduana, por Julian y por Elena. Hemos ganado en las portadas y en las cocinas. Pero esta noche, quiero que el mundo se detenga un segundo.

Se metió la mano en el bolsillo del delantal y sacó una pequeña caja de terciopelo azul marino. No era una caja de joyería convencional. Al abrirla, Susan no vio un diamante de diez quilates sacado de un catálogo de la Quinta Avenida.

Era un anillo de platino cuya forma imitaba la curva de una aguja de coser entrelazada con una rama de olivo. En el centro, un diamante de color ámbar brillaba con la misma luz que el fuego de una cocina.

—Lo he diseñado yo —dijo Jasper, su voz perdiendo su habitual arrogancia—. Quería que fuera como nosotros. Único, un poco afilado y capaz de resistir cualquier temperatura. No es para la exclusiva de Victoria, Susan. Es para la mujer que me encontró en un callejón lluvioso y decidió que yo era el ingrediente que le faltaba a su vida.

Susan sintió que su máscara de hierro se desintegraba por completo. Tomó el anillo con dedos trémulos.

—Es el diseño más perfecto que he visto en mi vida, Vane.

—¿Entonces? —preguntó él, con una sonrisa de lado—. ¿Te casarás con este cocinero y me ayudarás a gobernar el mundo desde una cocina de Londres?

—Solo si me prometes que el menú de la boda lo elijo yo —respondió ella, dejando que él deslizara el anillo en su dedo—. Sí,

Jasper. Mil veces sí.

Se besaron en mitad del restaurante, rodeados por los vítores de su gente, por el aroma de la victoria y por la promesa de un futuro que ya no les daba miedo. Nueva York, fuera de los cristales, seguía rugiendo, pero dentro de L'Artiste, la Emperatriz y el Artista habían encontrado su hogar definitivo.

CAPÍTULO 23

Londres en primavera tiene una luz plateada que Susan Thorne siempre había considerado perfecta para el satén. Pero hoy, mientras caminaba por el flamante local de Bond Street, su atención no estaba en los reflejos de las vitrinas. Llevaba una túnica de seda azul cobalto que caía con una elegancia arquitectónica, ocultando con orgullo la curva de sus siete meses de embarazo.

Ya no era la mujer que ocultaba su estado; era la mujer que había redefinido el concepto de poder maternal en la industria del lujo.

—Susan, las puertas abren en una hora —dijo Margot, que ahora dirigía la oficina de Londres con una eficiencia británica impecable—. Jean-Luc Moreau está en el salón VIP con los críticos de la Guía Michelin. Dicen que hoy es el día, Susan. Los rumores sobre la tercera estrella para Jasper son ensordecedores.

Susan se detuvo frente a un inmenso espejo con marco de bronce. Se tocó el vientre, sintiendo una pequeña patada que la hizo sonreír.

—Él no necesita una estrella para saber que es el mejor, Margot. Pero reconozco que ver la cara de los críticos cuando prueben el menú de hoy será el mejor postre de mi vida. ¿Cómo está la cocina?

—Es una zona de guerra organizada —rio Margot—. Jasper ha prohibido la entrada a todo el mundo que no lleve un termómetro láser. Dice que el "Sabor de Londres" tiene que ser tan preciso como un Big Ben.

Susan bajó a las cocinas, un espacio que era una maravilla de ingeniería y diseño. Al cruzar el umbral, el calor y el aroma a enebro

y cordero lechal la envolvieron. Allí, en el centro de la acción, estaba Jasper. Se veía más maduro, con el cabello un poco más corto y una concentración que imponía silencio a su alrededor.

Al verla, Jasper dejó las pinzas y se acercó, rompiendo el protocolo de su brigada. Le puso una mano suave en el vientre y luego le dio un beso rápido en los labios que sabía a pimienta y éxito.

—Estás increíble, Susan —murmuró él—. ¿Cómo está nuestro socio minoritario?

—Pateando —respondió ella con una chispa de travesura—. Creo que no le gusta el olor al romero que estás usando.

—Es un crítico duro, como su madre —Jasper sonrió de esa forma que todavía hacía que a Susan se le olvidaran todos sus balances—. Susan, hoy es el cierre del círculo. Londres es el final del mapa que trazamos en aquel ático. A partir de mañana, ya no habrá más conquistas. Solo habrá nosotros.

—No te creo, Vane —replicó ella, ajustándole el cuello de la chaquetilla—. Tú y yo siempre buscaremos un nuevo incendio. Pero esta noche... esta noche quiero que el mundo entero sepa que ganamos. Sin trampas, sin Julian, sin sombras.

En ese momento, el primer invitado entró en el restaurante superior. El desfile de la colección "Maternidad Imperial" estaba a punto de comenzar simultáneamente con el servicio de cena. Era la fusión total: la moda que se adaptaba a la vida y la comida que alimentaba el alma.

Pero mientras los flashes empezaban a dispararse arriba, un hombre con un traje gris impecable y un sobre lacrado en la mano entró por la puerta principal. No era un inversor, ni un crítico. Era un representante de la Corona Británica con una invitación personal para una cena privada en el Palacio de Buckingham.

La Emperatriz y el Artista habían dejado de ser tendencia para convertirse en institución.

El desfile comenzó con una sutil variación: no había una pasarela elevada. Las modelos caminaban entre las mesas de los comensales, creando una coreografía de seda y gastronomía que eliminaba cualquier barrera entre el espectador y el arte. Las prendas de Susan, diseñadas para celebrar el cuerpo en todas sus fases, fluían con una libertad que Nueva York nunca se habría atrevido a imaginar.

Cada plato que salía de la cocina de Jasper era una respuesta visual y sensorial al vestido que cruzaba la sala en ese momento.

—Es el maridaje absoluto —comentó una influyente crítica de moda, saboreando una vieira con esencia de violeta mientras una modelo pasaba luciendo una capa de organza del mismo tono—. Susan Thorne ha dejado de vender ropa; está vendiendo una forma de existir.

Susan observaba desde un rincón discreto, sintiendo una plenitud que nada tenía que ver con las cifras de ventas. Se sentía ligera, a pesar de su estado, conectada a la energía de la sala y al hombre que, un piso más abajo, estaba realizando su obra maestra.

De repente, un silencio reverencial recorrió la cocina. Jasper estaba terminando el emplatado del plato principal cuando Marcus entró sosteniendo un teléfono con una expresión que rozaba la parálisis.

—Chef... es para usted —susurró Marcus—. Es Gwendal Poullennec. El director internacional de la Guía Michelin.

Jasper se detuvo. Sus manos, que habían manejado el fuego y el acero con una precisión quirúrgica toda la noche, temblaron apenas un milímetro. Tomó el teléfono con el mismo cuidado con el que se trata una especia milenaria.

—¿Sí? —fue lo único que dijo Jasper.

Susan bajó a la cocina justo a tiempo para ver la reacción de Jasper. Vio cómo sus hombros se relajaban, cómo cerraba los ojos y cómo una sonrisa lenta y profunda, despojada de su habitual arrogancia, iluminaba su rostro.

—Gracias —dijo Jasper al teléfono—. Es un honor para todo mi equipo. Y para mi socia.

Colgó y miró a Susan. No necesitó decir nada. La mirada de Jasper era suficiente: la tercera estrella ya no era un sueño, era una realidad grabada en el firmamento de la gastronomía mundial. Había alcanzado la cima en la ciudad más difícil, superando el bloqueo de su propio nombre.

—Tres estrellas, Susan —murmuró él, acercándose a ella mientras la brigada de cocina estallaba en vítores y aplausos—. Tres estrellas y un imperio.

—Y un hijo que va a pensar que cenar caviar es lo normal —rio ella, abrazándolo con todas sus fuerzas—. Lo has hecho, Jasper. Ya no hay más sombras de París, ni de Julian, ni de nadie. Eres el mejor del mundo.

—Somos los mejores —corrigió él, besándola frente a todos, sin importarle que las cámaras de seguridad o el personal los vieran —. Porque sin tu diseño del mundo, mi comida solo sería sabor. Contigo, es historia.

Pero la noche aún guardaba un último secreto. Entre los invitados de la sala VIP, un hombre de aspecto severo se levantó y pidió hablar con la pareja. No era un crítico, sino el enviado del Palacio que Susan había visto antes.

El enviado real, un hombre de hombros rectos y modales que parecían heredados de la época victoriana, se cuadró ante Susan y Jasper en el reservado del restaurante. El bullicio de la celebración exterior se filtraba como un murmullo lejano, pero dentro del pequeño salón, el peso de la tradición británica era casi tangible.

—Señora Thorne, Señor Vane —dijo el hombre, entregándoles un sobre con el sello de la Corona—. Su Majestad ha seguido con gran interés la apertura de este local y, especialmente, la forma en que han fusionado la artesanía británica con su visión internacional. Se me ha pedido que les extienda una invitación para supervisar la dirección creativa y gastronómica de la próxima Cena de Estado en el Palacio de Buckingham.

Susan sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de Londres. Era el sello definitivo. No eran solo empresarios exitosos; eran los nuevos guardianes del gusto europeo.

—Es un honor que aceptamos con humildad —respondió Susan, recuperando su tono de "Emperatriz", pero con una calidez que solo el embarazo y el éxito real le habían otorgado—. Londres nos ha dado un hogar y nosotros le daremos una noche inolvidable.

Cuando el enviado se retiró, Jasper soltó una carcajada limpia y sonora, abrazando a Susan por la cintura.

—De un callejón lluvioso en el Village a Buckingham, Susan. Si esto fuera una de tus películas clásicas, nadie se creería el guion.

—El guion lo hemos escrito nosotros, Vane —dijo ella, apoyando la cabeza en su pecho—. Y creo que el final de este acto es perfecto.

Salieron juntos al salón principal para el cierre del evento. Los invitados se pusieron en pie para una ovación que duró minutos. Susan, con su túnica azul cobalto y el anillo de platino brillando en su mano, y Jasper, con su chaquetilla blanca y la mirada de quien ha encontrado su lugar en el mundo, saludaron a la ciudad que acababan de conquistar.

Alistair Vance, en una mesa cercana, levantó su copa con un guiño de aprobación. Incluso Jean-Luc Moreau, el hombre que una vez dudó de ellos, asentía con una satisfacción casi paternal.

Sin embargo, en mitad del triunfo, Susan sintió un tirón familiar en su vientre. No fue una patada juguetona; fue un recordatorio de que su cuerpo estaba listo para el siguiente capítulo, uno que no tendría lugar en una pasarela ni en una cocina profesional.

—Jasper —susurró ella, apretando su brazo con fuerza—. Creo que el "pequeño socio" tiene prisa por ver el final del desfile.

Jasper palideció, su instinto de chef acostumbrado a las emergencias activándose al instante.

—¿Ahora? ¿Aquí, entre la flor y nata de Londres?

—Parece que tiene el sentido del espectáculo de su madre —sonrió Susan, a pesar del dolor que empezaba a crecer—. Sácame de aquí, Vane. Tenemos una cita más importante que cualquier cena de Estado.

La salida de L'Artiste de Thorne fue tan dramática como su inauguración. Jasper, olvidando por completo el protocolo y las tres estrellas Michelin que acababa de ganar, cargó a Susan en brazos a través del salón principal. Los invitados, confundidos al principio, estallaron en un aplauso espontáneo cuando comprendieron que el imperio estaba a punto de expandirse de la forma más literal posible.

—¡Abran paso! —rugía Jasper, mientras Marcus corría delante para abrir las puertas y Margot pedía a gritos que el coche estuviera listo.

Una vez dentro del vehículo, el ruido de Bond Street se desvaneció, sustituido por la respiración agitada de Susan y el ronroneo del motor. El trayecto hacia el hospital de St. Mary fue un borrón de luces rojas y blancas bajo la lluvia londinense. Jasper sostenía la mano de Susan con una fuerza que ella agradecía, mientras sus labios murmuraban palabras de aliento que él mismo necesitaba creer.

—Todo está bien, Susan. Solo un poco de presión, como un servicio de cena complicado —decía él, aunque estaba más pálido que la seda de la túnica de ella.

—Cállate y conduce, Vane —respondió ella entre dientes, con esa chispa de mando que ni siquiera el parto podía arrebatarle—. No me hables de cocina ahora.

Al llegar al hospital, el caos de la fama intentó seguirlos, pero las puertas del ala privada se cerraron con una contundencia clínica. Susan fue llevada en una camilla, y Jasper no soltó su mano ni un segundo. Por primera vez en su vida, el Chef no tenía el control de la temperatura ni de los tiempos; la "Emperatriz" estaba dictando el ritmo de un desfile que nadie podía ensayar.

Horas más tarde, cuando el primer rayo de sol de la mañana se filtraba por la ventana de la habitación, el silencio más profundo y hermoso del mundo se instaló entre ellos.

Susan descansaba en la cama, exhausta pero con una expresión de paz que borraba años de rigidez corporativa. En sus brazos, envuelto en una mantita de algodón blanco, dormía un bebé de cabello oscuro y nariz decidida. Jasper estaba sentado al borde de la cama, contemplando a los dos con una devoción que ninguna crítica gastronómica podría describir jamás.

—Es perfecto, Susan —susurró Jasper, acariciando con el meñique la mano diminuta de su hijo—. Tiene tu mirada. Ya me está juzgando y ni siquiera ha abierto los ojos.

—Tiene tus manos, Jasper —sonrió ella, con la voz debilitada por el esfuerzo—. Manos que van a crear cosas hermosas.

Se quedaron así, en la quietud de la mañana londinense. Fuera, los periódicos ya estaban imprimiendo las fotos de su salida del restaurante y la noticia de la tercera estrella. El mundo hablaba de su éxito, de su poder y de su fortuna. Pero allí dentro, entre el olor a vida nueva y el calor del otro, Susan Thorne y Jasper Vane

sabían que habían encontrado el único diseño que no necesitaba ser rediseñado.

El hilo de oro que los unía, el que empezó en un callejón lluvioso de Nueva York, se había convertido finalmente en un lazo que ni el tiempo ni la ambición podrían romper.

EPÍLOGO

Valle del Hudson, Nueva York.

Un año después.

El otoño había teñido los bosques del norte del estado con la misma paleta de colores que Susan había utilizado para su última colección: ocres profundos, naranjas quemados y un rojo carmesí que ya era marca registrada. En la granja de madera roja, el silencio no era un vacío, sino una sinfonía de hojas secas y el crepitar de una chimenea que nunca se apagaba.

Susan Thorne estaba sentada en el porche, envuelta en una manta de lana gruesa. En su regazo, un iPad mostraba las cifras de ventas de la nueva sede en Tokio, pero sus ojos no estaban en la pantalla. Observaba a Jasper, que estaba a unos metros, en el pequeño huerto orgánico que habían construido juntos.

Jasper no estaba solo. Llevaba en una mochila de porteo a Leo, un niño de un año con los ojos gélidos de su madre y la sonrisa traviesa de su padre. Jasper le explicaba, con una seriedad cómica, la diferencia entre el tomillo silvestre y el romero, mientras el pequeño intentaba atrapar una hoja al vuelo.

—La logística de Tokio dice que necesitamos más inventario para Navidad, Vane —dijo Susan, alzando la voz con un tono que pretendía ser autoritario, pero que terminaba en una sonrisa—. Y Jean-Luc Moreau ha llamado tres veces. Quiere que diseñes el menú para la gala de aniversario en el Louvre.

Jasper se enderezó, ajustando a Leo, que soltó un grito de alegría al ver a su madre.

—Dile a Jean-Luc que el Chef está ocupado con una investigación crítica sobre el sabor de las calabazas locales. Y dile a Tokio que la seda puede esperar; la paciencia es la tendencia de esta temporada.

Jasper caminó hacia el porche y se sentó en los escalones a los pies de Susan. Ella le acarició el cabello, notando que ya no había tensión en sus hombros. La "Emperatriz" y el "Artista" habían aprendido a delegar su imperio para proteger su reino.

—¿Te arrepientes? —preguntó ella, mirando el anillo de platino y diamante ámbar que seguía brillando en su dedo—. De haber dejado atrás las luces de la Quinta Avenida por este silencio.

Jasper tomó su mano y la besó.

—Nueva York sigue ahí, Susan. Y Londres. Y París. Somos dueños de las portadas de los periódicos, pero aquí... aquí somos dueños de nuestro tiempo. Nunca he cocinado mejor que desde que no tengo que impresionar a nadie más que a ti y a este pequeño crítico de aquí.

Susan cerró el iPad y lo dejó a un lado. Se inclinó para besar a Leo y luego a Jasper. Habían pasado por el fuego de la envidia, las trampas legales de Julian —quien ahora vivía en un exilio corporativo en algún lugar de la costa oeste— y la presión asfixiante de la fama. Pero al final, el diseño más difícil de ejecutar había resultado ser el más sencillo: una vida compartida.

—Mañana volvemos a la ciudad para la inauguración de la Fundación —recordó Susan—. Victoria Hearst espera que lleves el esmoquin de seda que te diseñé.

—Lo llevaré —sonrió Jasper, levantándose y ofreciéndole la mano—. Pero solo si me prometes que después de la fiesta nos escaparemos al callejón de L’Artiste a comer pizza barata bajo la lluvia.

—Es un trato, Vane.

Entraron en la casa mientras el sol se ponía tras las montañas, tiñendo el cielo de un color oro viejo. El hilo que los unía, el que se había tejido entre alfileres y fogones, era ahora un tejido indestructible. La historia de Susan Thorne y Jasper Vane no terminaba con un desfile o una estrella Michelin; terminaba cada noche en el calor de un hogar donde el éxito ya no se medía por lo que el mundo decía de ellos, sino por la paz que encontraban el uno en el otro.

La Emperatriz y el Chef habían encontrado, finalmente, la receta perfecta.

FIN